Memoria de Ballenas

Marta Blanco





NOVELA

uqbar
EDITORES

Memoria de ballenas

Marta Blanco



Blanco, Marta
Memoria de ballenas / Marta Blanco
Santiago de Chile: Uqbar Editores, 2009
156 p. 15,5 x 22,5
ISBN: 978-956-8601-58-4
Materia: literatura - literatura chilena - novela

Memoria de ballenas

www.uqbareditores.cl
Teléfono 2247239
Santiago de Chile

ISBN N° 978-956-8601-58-4

Diseño colección: Caterina di Girolamo
Diagramación: Salgó Ltda.

Impresión: Salesianos Impresores
Esta edición consta de 1.000 ejemplares

Nuestro especial agradecimiento a Isabel Sáa por la generosidad de otorgar la imagen de portada “Yubarta” (técnica mixta). isabel_saa@yahoo.com

dirección de colección literatura: Isabel M. Buzeta
Page

Índice

Para mis hijas Isabel y Elena,
imprescindibles compañeras de viaje

«Te hablan por mí las olas de pájaros sin cielo»

Vicente Huidobro

«Yo nací un día que Dios estaba enfermo grave»

César Vallejo

«Una ballena blanca traslada a los muertos a la isla Mocha, donde los espera el barquero que los lleva al otro lado del sol. Si llevan a su perro, el barquero cobra más llancas, pero si quieren llevar a su caballo, hay que pagar mucho más».

Tradición mapuche de los hombres azules

Capítulo 1

Caminaba despacio por la senda trazada entre las rocas. Un pie, luego el otro. Llegaré, pensaba. Voy a llegar al final del camino aunque se haga de noche. El sol se había hundido en el mar y esta vez tampoco hubo rayo verde. No lo vería nunca más. Solo lo ven los mansos de corazón, decía la Malvina. ¿Y tú lo viste alguna vez, abuela Malvina? Y la vieja sonreía con su boca chueca, desdentada, y movía los pies, los arrastraba por las baldosas con sus zapatillas de fieltro casi sin ruido. Todos lo ven una vez, respondía. ¿Y nunca más? Nunca más, niña, el corazón no es manso sino alborotado como el mar. El corazón, respondía Bella Aurora, no se roba a los hombres. Es el único que se los roba, respondía la anciana, el amor no es lo que tú crees, Bella Aurora. Con ese nombre que te puso tu padre no es raro que salieras poética. No soy poética, respondió, sabiendo que mentía de alguna extraña manera, tú eres medio poeta, abuela, siempre escondida en tu rincón, recordando quizás qué cosas que nunca cuentas. Menos cuentas, más vives, respondía la vieja, envuelta en un chal y encorvada de frío.

Bella Aurora sentía un raro temor al frío de los viejos. Era un estado permanente, una entrega a la muerte, se decía. Malvina rehusaba ponerse al sol, no quería entibiarse, había acatado impasible esa era glacial de sus huesos, debe ser como vivir en un témpano, pensaba su nieta, el frío no la alteraba; había llegado a amar ese hielo interior, no había rogativa que consiguiera ponerla al sol, que le hacía daño, que la arrebataba, que le venía infarto al intestino; además, niña, a los viejos, si nos agarra débiles, nos provoca la enfermedad del sudor y mejor llamar altiro al cura porque en cumpliendo tres días de calentura y escalofríos, llega la muerte y si te he visto no me acuerdo. Así llega la vida, así se va, susurraba casi como un rezongo. No diga eso, abuela, Dios nos cuida. Ay, niña, Dios se esconde igualito que el sol.

Su nieta pensaba que ella tenía miedo, los viejos muy viejos no quieren morir; pero vuelve a salir, abuela, nunca se olvida de nosotros. Eso dices tú, cogollito de alhelí, pero yo estoy tan vieja que no lo veo ni lo siento. No te hagas la sorda, abuela, Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Así será, decía la Malvina, pero a mí se me hundió en el mar junto con tu abuelo Godofredo y como él, nunca más apareció. Entonces, Bella Aurora le preparaba un mate bien caliente, tome abuela, le puse harta azúcar y una hoja de cedrón para espantar las penas. Las penas nunca se espantan, niña, se clavan en el corazón, respondía la vieja acercando la bombilla a su boca hueca.
Un pie. Y luego el otro. Las Tres Marías aparecieron de pronto en el cielo y la luna subía y subía por detrás de los cerros, pero solo se perfilaba esa difusa luminosidad previa que anunciaba su aparición. Ella seguía caminando en medio de la oscuridad húmeda del invierno. Tenía que llegar a la caleta. Si llego, me salvo. Si me salvo, iré a la iglesia a hablar con Dios, a nadie más que a Dios se lo diré. Y es que no había a quién decirle las cosas que había visto, ese como hibisco rojo junto al mar, una flor líquida esparciéndose, hundiéndose con lentitud en la arena, pegándose como uno se pega después de bañarse en el mar y dejar que la ola te empujara, te llevara y trajera hasta que de pronto te agarraba la peor, la más grande, el toro, que te revolcaba y salías enarenada como una escalopa.

No. No era un hibisco lo que vio en la playa solitaria cuando regresaba de la casa de la señora María de los Ángeles y pensó qué raro, pescan de noche, pero nunca pescan de noche cuando hay luna llena y entonces, ¿qué es esa sombra larga justo donde revienta la ola? Siguió avanzando por la playa grande casi a la rastra antes de meterse entre las rocas del Mar Bravo y fue alejándose de la orilla cuando lo vio nítido contra la luz de la casi noche. Es él, pensó. Sí. Es él. Grande y maceteado, todos lo conocían en el pueblo porque había hecho buena plata quizás en qué. Y se reían, malévolos, es conocido por bueno para los puñetes y las cuchilladas, contaba Emeterio, el viejo pescador, y además…, pero no terminaba la frase y los que estaban junto a él se reían y pedían otra vuelta de cerveza y nunca faltaba el hablador de más diciendo que siempre andaba en roscas en la disco o en El Calambrito, un bar que no cerraba en toda la noche. Y a veces se agarra con los de la pensión de Aquiles, donde vive.

Rigoberto tenía mala fama.

Se rumoreaba que toda la droga que se vendía en el pueblo la manejaba el Rigo, así le decían, Rigo. Que se entendía con los de la policía civil de La Ligua y salía con los detectives a tomar, se iban de juerga y llegaban al amanecer donde las Mandiola, dos hermanas rucias que tenían una disco en La Laguna, qué van a ser rucias, son más teñidas y movidas, ahí es donde se arman los jaleos y llega gente

de todas partes, bailan y beben y a veces terminan con los pacos echándolos a todos y se van a la playa y ahí duermen la mona. Su madre desconfiaba de Rigo. Y otros se van a esconder en las piezas del fondo, donde reciben a los que pagan bien, comentó su madre una noche.

Esas son las putas, dijo la abuela desde su rincón junto a la estufa. Y la hija la callaba con una mirada seca, no se meta a escuchar conversaciones ajenas, madre, ya sabe que en el pueblo hablan infundios y serán de mala vida, no digo que sí no digo que no, pero no basta con los puros rumores. La vieja enmudeció, pero siguió moviendo los labios y echando un leño al fuego de vez en cuando.

¡Y no se te ocurra meterte con Rigoberto Monsalves!, le gritó a Bella Aurora, destemplada y hosca la madre, es un tipo peligroso y anda rondándote, lo he visto echarte encima esa mirada de hambriento y bruto que tiene, tarde o temprano te va a hacer los puntos, no hay virgen que se la pierda el desvergonzado. ¡Pobre de ti si algún día te veo con él!

Sí, madre. Bella Aurora ni pestañeó.

No valía la pena hablarle y menos contarle lo que pensaba y menos aún lo que creía que iba a ser su destino. Su madre se había olvidado de vivir más de quince años antes, como que se secó la pobre. Como que se le entumeció el corazón cuando su padre se mandó a cambiar, ¿se mandaría a cambiar el marinero de los ojos verdes?

Ella presentía cosas oscuras y agoreras, desavenencias antiguas. Recordaba los gritos en su casa, las largas ausencias de su padre hasta que nunca más apareció. Pero Bella Aurora siempre supo que era más feliz cuando él vivía con ellas y llegaba de la pesca al amanecer y la casa se llenaba con su presencia. El ruido de sus pasos entrando con las bolsas de pescado al hombro inauguraba un olor a pez moribundo, medio muertos los traía con el anzuelo colgando de las bocas abiertas, pero en cuanto los lanzaba encima de la mesa de la cocina les daba un mazazo en la cabeza y la mano diestra de su madre los abría en dos. De inmediato la casa se impregnaba con el olor de las ristras de intestinos de los peces muertos que su madre arrancaba de la entraña de los peces plateados, rosados, iridiscentes o ásperos y otros tan negros como si se hubieran tragado toda la luz del universo, la plata de sus ropajes, el rojo y el oro, desaparecían en esa autopsia certera y ahí quedaban, tirados sobre la mesa los cuerpos yertos que iba descamando con el cuchillo de mango azul hasta dejarlos fileteados, listos para la venta, ¡listo!, anda a venderlos antes de que se les opaquen los ojos, le ordenaba a su marido y él corría a la caleta e iba saludando «para servirla, casera» a las señoras que llegaban temprano en busca de los pescados frescos, cogidos en esa larga noche de mar, gruesa la mar

o lisa como un espejo, y los hombres helándose en la quietud forzosa, silenciosos pescadores viejos y jóvenes solitarios en medio del mar, bebiendo del gollete de una botella de pisco, pasándola de mano en mano cuando la humedad y la niebla les calaban los huesos o la garúa del amanecer los traspasaba, esperando que los peces picaran fuerte. Noches de largas horas. Noche tras noche. De pronto sentían el tirón de la lienza y recogían redes henchidas que los alegraban sin quebrarles el mutismo. Algunas noches los congrios y las corvinas desaparecían en sus escondrijos. Entonces ellos recorrían los secretos recodos costeros en busca de los porfiados peces en sus madrigueras marinas, obligados a meterse en calas peligrosas, a hacerle el quite a las corrientes turbulentas, arriesgando la vida en el Mar Bravo y en las corrientes submarinas cerca del cementerio.

La suerte del pescador es muy variable, decía Dítimo, soñando, pensaba Bella Aurora, con su vida de marinero entre las islas del Adriático, cuando en las noches se sentaba en la proa de su goleta, era mía propia, afirmaba con orgullo, mirando las estrellas y tocando ajenas melodías en su acordeón. Insistía en descamarlos en su casa, su mujer era experta y él despreciaba ese trabajo. Arrogante, su padre. Se iba a la caleta a buen tranco y atendía con buenos modales.

Pero en la casa era otro.

Igual, con él la vida había sido diferente. Les tenían respeto a las mujeres que vivían con un hombre. A la madre, a la esposa, a la hija no las tocan ni con el pétalo de una flor, decía misia Zarina, la partera del pueblo; no hay mejor guardián que un hombre por malo que sea para la virginidad de las niñas y la fidelidad de las esposas, argumentaba. Sonrió imaginando a Rigoberto echándole encima un pétalo de rosa, ese sí que no respetaba a las mujeres. Bella Aurora tenía bien guardado su secreto. Desde que la agarró la primera vez y escapó de sus brazos macizos y duros, entendió que se le iba la vida si se iba de lengua.

Rigoberto era violento. Así y todo, no le costó mucho esquivarlo. Su madre ni sospechaba que la perseguía desde hacía más de dos años, que la arrinconaba en las noches en cualquier calle, que la seguía con ese aire de Elvis que tenía, hablándole al oído con un susurro tibio y atemorizante, ven a las rocas conmigo, Bella Aurora, vamos a la poza de las perdices o subamos el cerro hasta la cruz y te llevaré a los caletones. Te mostraré muchas cosas si vienes conmigo. Insistía, ven, mira el coral que encontré en las tripas de un róbalo, es para ti, y estiraba una mano áspera y fuerte con la piedra en la palma, te haré un pendiente y lo colgarás de tu cuello, te enseñaré a cruzar los caletones de un tranco, pero guardarás el secreto. Ven conmigo, Bella Aurora, tú eres mía, me casaré contigo, niña, te haré mujer, y una noche llegó a morderla en la intención del beso furibundo con que

parecía querer comérsela. La agarró el día de la procesión de la Virgen, ¡mocosa de mierda!, gritó o más bien aulló con el dolor del rodillazo que le pegó con toda su fuerza entre las piernas, en las mismas compañonas se lo dio.

Porque Bella Aurora sabía defenderse.

Desde que un violador anónimo rondaba la caleta y el balneario, en la municipalidad daban clases de defensa propia a las mujeres por orden del alcalde. O sea, desde que agarró a una de las veraneantes más encumbradas que ni quince tendría, a la misma hija del senador Arestizábal dicen que la agarró cuando ya oscurecía, cerca de la Isla Seca. La madre se la llevó a escondidas esa misma noche al hospital de Valparaíso y nunca más se vieron en la caleta. Vendieron la casa. Pero igual el desgraciado agarraba a las muchachas jóvenes en cualquier recodo, a la sombra de los viejos castillos o en las escaleras que por uno y otro lado bajaban desde la calle principal hasta la playa. Las espiaba. A ella la acorraló en la plaza esa vez. Salió por detrás de las palmeras y la abrazó tan fuerte que le dejó moreteadas las costillas, la besó y la restregó aprovechando la hora del mes de María. Bella Aurora recordaría como en un sueño los cánticos y las letanías que llegaban desde la iglesia en medio del ataque. Fue en ese momento cuando le plantó otro rodillazo y le embutió el dedo índice directo a la garganta, por debajo de la manzana de Adán, ¡con fuerza!, gritaba el maestro de *kung fu* que venía desde Quillota dos veces por semana a enseñarles cómo librarse de un asaltante. Esa tarde lo obligó a salir a escape, corría como una liebre entre las matas de boldo el desgraciado, pero no logró que la dejara en paz.

¡Habla y te abro el güergüero de aquí a aquí!, le gritó, haciendo en el aire el tajo imaginario de oreja a oreja. ¡Ni un minuto quedai viva, cabra botada a chora! ¡Qué te hai creído, me las vai a pagar!

Y salió rengueando por la calle de arriba hasta meterse en el bosque de pinos y arrastrarse entre los matorrales, huyendo de los fieles que comenzaban a salir de la iglesia. Pero cada vez que la encontró sola, cada vez que logró encajonarla entre un muro y un arbusto, en el bosque de pinos de la quebrada o en alguna calle solitaria y ella lograba escaparse con ardides y maniobras de ingenio, él, escondiéndose entre los autos y las enredaderas, repetía el tajo imaginario en el aire mientras corría enfierecido gritándole con esa voz de agua mala que se le ponía, ¡cualquier día te agarro, Bella Aurora, cualquier día!

Y ella corría a guarecerse en el almacén Zapallar, en la tienda del Boni o en la del Polo, a veces corría hasta la esquina de moda, donde se juntaban los veraneantes recién llegados y los nietos de los nietos decía la Malvina, su abuela, ay, madre, así es la cosa, ahí se junta la juventud, ponen mesas en la vereda que se llenan de muchachas tan

tostadas y bonitas, de muchachos que se les nota a la legua que estudian en la universidad. Entraba haciéndose la que buscaba a alguien, recorría las mesas, se iba donde Rosa, la cajera, le metía conversación y así espantaba su miedo dejando pasar la hora. A veces convencía a la Rosa de que se fueran juntas. Y se iba salvando día a día, semana a semana, mi papá me cuida desde arriba; porque Bella Aurora sabía que su padre estaba muerto en el fondo del mar aunque nadie mencionaba el hecho, y mucho menos su madre. Pero también sabía que no la abandonaría nunca, estuviera donde estuviera.

¡Está muerto y córtala de preguntar!, le gritaba esa madre suya con la voz angosta y filuda que se le había puesto, de cuchillo la voz de su madre sin la presencia de Dítimo, el eclipsado marinero pescador, su padre. Porque nunca hubo entierro. Ni misa. Ni rogativas. Nada. Su padre se hizo humo, pero no se había hecho humo. ¿Qué pasó en esos días en que su madre iba y venía desde La Ligua llevando papeles, llorando a veces con esos ojos de naftalina, ácidos, fieros, quebrados? Durante quince horribles días no hubo luto en su casa. Ni visitas. Todos en la caleta evitaron mirarla. Su madre envejeció de pronto, se le cayó el tungo a tu madre, decía la abuela Malvina, arrebujándose más en el chal de colores desteñido y lacio. Y era verdad. Su madre se encorvó y nunca más se puso el vestido rosado para las fiestas patrias del dieciocho, nunca volvió a participar en la procesión a la Virgen ni en la kermés, pasaba el día lavando, cuidando la huerta o se sentaba a mirar el mar por la ventana, pero detrás de los visillos, a mí nadie me va a ver así, murmuraba. Y nadie nunca pudo decir que estaba triste o avergonzada. Lloró lo que lloró a escondidas, debajo de su almohada o en un pañuelo arrugado que siempre llevaba en la mano. Ni una lágrima le quedó después de esos días en que no paraba de sollozar a escondidas.

Seguro que ese griego sinvergüenza se arrancó, le dijo Malvina a su nieta, no porque sea tu padre te voy a engañar. Y no se te ocurra preguntarle a tu madre. Está avergonzada, una mujer a la que se le escapa un hombre no es nunca la misma, Bella Aurora. Cállate y aguarda. La vida da muchas vueltas. Pasaron los días, quizás cuántos, y de pronto su madre emergió desde el fondo de esa mujer alegre y cadenciosa, detrás de sus ojos apareció la otra, la seca y desconfiada, la silenciosa y hosca, y de ahí en adelante no se quejó más.

Bella Aurora añoraba a su padre pero aceptó su ausencia sin perder su fuerza, sus sueños; las ansias de vivir no se le fueron. Creía que su destino no se le había revelado aún. Un día se marcharía a Santiago, donde la esperaban el amor y su vida. Así tenía que ser. Ella no iba a quedarse en la caleta años y años como la que era.

Tenía claro que el porvenir la haría otra, una mujer diferente de su madre y su abuela, ¡no seas rebelde, Bella Aurora!, le advertía Malvina, somos gente decente y trabajadora y eso es lo que has de ser, métete en la cabeza que aquí está tu lugar. Pero no iba a ser así, ella no lo permitiría. Por eso trabajaba todos los veranos haciendo aseo en los departamentos, cuidando casas en el invierno, manteniendo los jardines en medio del frío y la lluvia, de la neblina y los vientos que llegaban en julio y duraban lo que el mismo invierno. En la temporada de verano cocinaba a pedido, entregaba pastel de choclo, empanadas, hojuelas, carne mechada en vino tinto; se ganaba sus buenos pesos y los guardaba en el banco. Ya casi tenía lo suficiente. Se iría a Santiago en cuanto juntara algo más de plata. Y estudiaría para no ser una ignorante.

Y es que el mundo había cambiado desde que la Malvina llegó con el abuelo Godofredo a la caleta, trayendo al primer pelícano muy sentado en la chumacera de bronce del bote pescador. Godofredo se reía diciendo: mira, Malvina, lo que ha hecho este pájaro. Se ha venido con nosotros y se va a quedar solo el tonto, no hay una pelícana en doscientos kilómetros de costa, y se reía para adentro, así reía su abuelo, del que recordaba unos ojos oscuros, pequeños y penetrantes, unas manos toscas, fuertes, era como de madera ese abuelo suyo. Un hombre pequeño, no pasaba del metro cincuenta y cinco, no aleguen chiquillas, les decía en las tardes, sentado a la puerta de su casa mirando hundirse el sol en el horizonte, no aleguen porque sé muy bien que me dicen el tacuaco, pero Napoleón era de mi misma altura. La única diferencia entre él y yo, decía, es que él nació en una isla y murió en otra, mientras que yo nací en una pero voy a morir en tierra firme…

Qué sabe uno dónde y cómo va a morir, le respondió una tarde esa nieta de pelo crespo y mirada penetrante. Él la miró serio, sin asomo de broma en sus ojos inquisitivos: Bella Aurora, a los siete años te pasas de lista, pero ten cuidado que te coma el león. Y ella, intrigada, ¿qué león, abuelo? Él la miró serio, luego esbozó una sonrisa casi imaginaria por su brevedad, la miró largamente, sin pestañear. Pero no respondió a su pregunta.

Un paso. Y otro. Tengo que llegar, ya es de noche. Pudo reconocer a Rigoberto contra la última luz del sol que se hundía en el mar horizontal, y apuró el paso hacia las dunas, mejor esconderse, que no la viera. Corrió a meterse entre los chañales y las dunas, ahí podría avanzar agazapada hasta encontrar el camino entre las rocas.

Todo eso iba a contárselo a Dios, sentada en la última banca de la iglesia. Porque lo que es a mi madre…

Su madre, con el pelo agarrado en una cola de caballo, las manos en la masa, la masa sobre el tablón de la cocina, el horno encendido,

su madre perpetuamente trabajando, moviéndose de la cocina a la artesa, de la artesa a la plancha, de la plancha al pedazo de huerta que le había arrancado a porfía al cerro. Después de años de empeño, de traer tierra de litre al hombro en sacos desde los cerros, de plantar verduras y hierbas de olor, de regar noche a noche con la poca agua que juntaban, el huerto dio resultado. Tenía melgas de espinacas, de papas, de porotos verdes y porotos pallares. Los pallares eran muy solicitados. Hasta frutillas tenía. Y las frambuesas se daban tan bien que se las peleaban. Su madre vivía en permanente movimiento, sin descanso ni cavilaciones, haciendo lo que estaba haciendo como si no hubiera un mañana ni quedara esperanza, ya no tenía ni un sueño que soñar. Su vida era el minuto mismo, el instante afanoso, lo inmediato.

Y es que su madre se había convertido en una mujer ajena hasta para sí misma, corría de una ocupación a otra y cumplía su obligación de madre y de hija a regañadientes y malhumorada. Se quejaba sin hablar. Un gesto, una caída de las comisuras, un ceño fruncido, los ojos de águila traspasando a las personas. No era feliz y con la lentitud del estropicio la casa se fue cubriendo con ese descontento mezquino y triste que le impedía querer como quería antes de que el misterio reptara casa adentro impregnándola de una amargura viscosa que se fue tomando una a una las piezas, la cocina, el patio, hasta el floripondio no echó perfume ese año fatal del desaparecimiento de Dítimo, el mismo en que Malvina se agarró por primera vez el pelo en una cola de caballo que nunca más abandonó. A veces se hacía un moño. Nunca más el pelo suelto, los tacos con que hacía temblar las veredas; el ritmo que tenía su madre se disolvió en una pena negra y odiosa, pensaba Bella Aurora. Era una extraña mujer de ojos ácidos y manos fértiles que había borrado la memoria de sus recuerdos. A veces, en medio de la noche, Bella Aurora creía escuchar un leve llanto traspasando las tablas de las habitaciones. Pero de ese llanto jamás se habló. Bella y su abuela comprendieron sin necesidad de palabras que su madre ya no era su madre, que la hija ya no era la hija, que esa mujer fuerte y alegre, de andar insinuante, se había disuelto en el dolor y aunque ese dolor novicio y trágico se fue apagando contra su voluntad, como todos los dolores, como todas las memorias se ocultan de quien las carga, vivas quedaron las pavesas del amor evaporado y una amargura enteca y ruda, de animal moribundo, se le clavó en el corazón. Malvina dejó de ser Malvina y la abuela dejó de ser la abuela, mientras Bella Aurora luchaba contra la disolución inevitable en ese hondo pozo de amargura en que se convirtió su casa. Luchaba contra la oscuridad y la pesadumbre, buscaba algo que vivía en ella sin que pudiera definirlo, una semilla rara le crecía adentro, le ardía en el estómago y a veces le quemaba

el pecho como una luz ardiente y su madre la miraba, tienes fiebre, andas agripada, niña, tómate un agua de boldo y tilo caliente, tienes los ojos brillantes, lo que falta es que te enfermes ahora, cuando hay más trabajo. Y ella sonreía, no, madre, no estoy con fiebre, es que tengo ganas de bailar o cantar, de correr hasta la caleta y volver, es una fuerza rara que me viene, madre, no estoy enferma, solo estoy contenta y a veces es como si fuera a echarme a volar. Qué tonterías hablas, niña, y eso que ya no eres una niña, ¿has visto a Rigoberto?, ¿tienes un novio secreto? Y Bella Aurora pensaba que su madre tenía miedo, miedo de ella, su propia hija, pero también de algo más. ¿De qué tenía miedo, tanto miedo su madre?

No tengo novio ni padre ni perro que me ladre, le contestó una tarde, cuando la mujer sacó la huasca y le dio en las piernas y le habría seguido pegando si la abuela no se hubiera interpuesto. ¡Estás loca, Malvina! ¿Qué te pasa? ¡Deja a la niña en paz, no son maneras!

La letra y la razón con sangre entran, madre, yo educo a mi hija como me da la gana, ¡no se meta!

Y la abuela se encogía en su rincón y ella pensaba que el rayo verde no existía, que la casa estaba maldita, que su madre y su abuela eran dos sombras de vida, secas, rugosas, atormentadas por algún designio misterioso.

Ay, qué sabes tú, madre, de los miedos pegados al cuerpo, metidos en el alma, en el hígado y los pies, un miedo como no hay otro, uno de esos miedos que te dan carne de gallina hasta cuando estás dormida, qué sabes tú lo que yo siento. Nunca te ha importado mucho qué pasó conmigo en estos años, nunca pensaste que mi padre también desapareció cuando desapareció tu marido, ¿cómo no te das cuenta que a mí también se me nubló la vida? No hubo más risas en la casa, y eso que él no era un ángel, madre, pero ya sé lo que dirías si te hablara de lo que me ocurre. Ya sé que te pegaba, que te obligaba a hacerlo, decías, yo sé, madre, que te daba de correazos y un día te partió la cara con un vaso quebrado. ¿Y tú crees que no lo vi, que no escuchaba tus gemidos, sus gritos guturales, esas azotainas que te daba cuando llegaba borracho? Yo siempre estaba mirando por la puerta entreabierta, y además estas casas de madera no guardan ni un secreto. Nada de lo que fue la vida con él se me olvida, pero qué voy a hacer si se mete en mi sueño, si lo echo de menos. Mi padre era bueno cuando no era malo. Como tú, madre. Como yo.

Anda, mete los panes al horno mejor, le ordenaba sin levantar la vista, jamás la miraba a los ojos, ni la miraba ni la tocaba. Aunque sea un roce, madre. Solo para saber si eres tibia como la gente que me da la mano o me abraza, si hasta me dan un beso en la mejilla mi madrina y la señora de don Matías, tan calientita que es y se ríe detrás del mesón atendiendo a la clientela, madre, y eso que se le murió su

único hijo, ya van tres años que no regresó con los botes en la madrugada y nunca se encontró ni un rastro, se hundió quizás dónde. Pero no anda con aire de que la vida es un castigo o un miedo como caerse a un hoyo sin fin, un miedo que rebalsa el cuerpo y se desparrama por dentro como la sangre y a veces salta como una rana en el estómago. Ese miedo que tuviste, madre, y que yo tengo… A los hombres, ¿cómo se hace para amansarlos?, córtala de murmurar leseras, ya estás en la luna, Bella Aurora, y más encima es viernes, apúrate. La playa se llenará y mañana venderé lo que alcance a hornear, niña. Todo el día llegaron autos, era una fila interminable por la carretera, parecían saliendo de un hormiguero. Los veraneantes van y vienen como hormigas los fines de semana. Hasta en invierno vienen. Apúrate, Bella, y siguió amasando con fuerza. Con rabia, pensó la hija.

Anda, niña, no pajarees, mete los panes al horno o no valdrá la pena tanto esfuerzo.

Y ella los metía al fondo del horno de barro con la paleta, allí donde los tizones ardían sin humo, rojos ojos rojos los tizones. Son de sangre las brasas.

¿Qué es eso de la sangre, niña?

Nada, madre, nada.

¡Cómo que nada! Ya estás hablando sola, ¿qué sangre? ¡Explícate, siempre soltando medias palabras, medias frases, murmurando por los rincones, es para volverse loca y una con tanto qué hacer!

Un pie delante del otro. Un paso más. Cuidado con resbalar. Había dado una larga vuelta y de nuevo cogió el camino de las rocas. Era el más corto. Le llegaba la salpicadura del mar que había comenzado a gruñir, a roncar; la marea estaba subiendo. Comenzaba a escucharse el ulular de las lechuzas escondidas entre los pinos. Aún no divisaba la caleta y las casas del pueblo se encendían de a poco a medida que las mujeres regresaban después del trabajo. Los hombres aguardaban fumando, de pie junto a las puertas o sentados de a dos o tres. Parecían estrellas tantas casas iluminadas colgando del cerro. El balneario, ¿qué parecía?, un balneario no más, qué afán buscarle parecidos a las cosas.

Iría a la iglesia a preguntarle a Dios cómo dejar la vida en su sitio. La memoria. Y es que las cosas que se meten al fondo del ojo no se quedan jamás quietas. Uno las ve y las vuelve a ver, señor Dios. Eso le iba a decir, no que Él no lo supiera, claro. Pero igual se lo iba a decir. Tenía que contárselo a alguien inmenso como una montaña, más ancho que el horizonte, alguien que lo supiera todo y lo comprendiera todo y lo perdonara todo. Dios, seguro.

Ya divisaba la caleta con su playa de conchas. Apareció la luna y el mar dio un aletazo contra la arena, en la caleta se perfilaron los botes,

meciéndose amarrados a las boyas y de pronto los pelícanos abrieron las alas y despegaron en un vuelo pesado, lento, rumbo a quizás dónde.

Yo no sabía que volaban de noche pensó. ¡Pero nunca vuelan de noche, nunca jamás han volado de noche!

Y echó a correr a la caleta como alma que lleva el diablo, subió por los cerros rumbo al pueblo evitando las calles, corrió a su casa atravesando las lomas rojizas, esquivando los espinos y los cardos, haciéndole el quite a los arbustos de litre. Corría con el miedo metido en el cuerpo, el maldito miedo, sintiendo los pasos quizás imaginados persiguiéndola.

¡Los pelícanos se fueron de la caleta!, gritó al abrir la puerta.

Su abuela abrió tamaños ojos y la miró fijo como si hubiera visto un ánima. O es terremoto o es muerte lo que se nos viene encima, declaró.

Afuera se escucharon pisadas sigilosas.

Alguien viene, dijo la madre.

Bella Aurora cerró la puerta de un golpazo, no, madre, alguien se va.

Primer derrotero

Comenzaré por la abuela de todas las abuelas, Bella Aurora. No sé cómo llegó a la isla donde comienza la historia familiar, solo sé lo que me contó mi abuela, a la que se lo contó su abuela y a ella su propia abuela. Ya vamos muchas contando quiénes somos y de dónde venimos. Lo que tú quieres saber, Bella Aurora, es de dónde vienes, de quién sacaste tus ojos y tus preguntas, eres muy preguntona, niña. No me mires así, nadie es como cree ser, ya lo irás entendiendo.

A mí se me hace que lo principal, lo anterior a toda la bolina de amores y muertes, mucho antes de llegar a esta caleta, es la historia del marino brujo, así lo mentaron en tiempo de virreyes. A veces una se confunde, pero a ese lo tenemos todas metido en el cerebro, aunque quizás sea en el corazón. No sé la diferencia, la verdad sea dicha.

La historia comenzó, niña, en una isla del Océano Pacífico situada en medio del mar, ni tan cerca ni tan lejos de Chile, que en esos tiempos no se llamaba así y era tierra española mandada por españoles. Tu abuelo del que te hablo era español de nacimiento, marinero de espíritu y soldado del rey. Después se hizo piloto de naves y traía y llevaba las cosas de que viven los hombres. Se me hace que papas y maíz, trigo llevaba al Callao y de allá traía herramientas y monturas, telas con que hacerse ropa. Nosotros les mandábamos zurrones de grasa, maíz y al final, trigo. Un poco de oro todavía sacaban de los lavaderos de Marga Marga. Duele el oro, decía Godofredo. Esos españoles mataron muchos indios por pura avaricia. Y había poco, este no es país de oro. El Perú era muy rico. Oro y muchas minas de plata de un color y pureza tan especial que la llamaban plata perulera, te digo que era de un color muy señalado. De esa tienen los ricos sus colecciones de mates y soperas, de mancerinas, si hasta lavatorios donde se lavan la cara y las manos, dime tú….

Pero Chile era más pobre que una rata. Nadie quería venirse a estas miserias. Un tal Almagro le hizo mala fama. Tomaba meses cruzar el desierto, ni un pozo en el desierto de Atacama, hasta hoy día encuentran cuerpos secos de viajeros perdidos que murieron de sed y ahí están, como si se hubieran muerto ayer no más, secos y tiesos a puro sol, a uno lo encontraron vestido con su terno, sus zapatos, los calcetines aún guardaban su color. Si hasta la corbata tenía puesta. Más de cuarenta años estuvo tirado ahí y no hubo animal ni alimaña que se lo comiera. Ha de haber sido flaco a mi entender. Si ahora es así, cómo sería en tiempo de conquistadores…

En esos tiempos de que te hablo no quedaba otra que venirse por mar. Tomaba meses la navegación desde El Callao, o sea el virreinato del Perú; los vientos veleidosos así como llegaban, desaparecían. De pronto sobrevenía una calma chicha, los barcos quedaban a la deriva, llevados de aquí para allá en ese mar recién descubierto del que solo sabían que era el fin del mundo. Pasaban meses antes de avistar Valparaíso. De pronto y sin aviso un viento sur endemoniado los agarraba y el barco las emprendía a contracorriente en una violenta navegación torcida, había que izar las velas y luego arriarlas para contrarrestar tanto impulso, parecían volar sobre las olas y terminaban la travesía con los mástiles desarbolados y el barco destrozado contra las rompientes a que los arrastraba el mar furioso.

Un tal Fernández llamado Juan, el primero de nosotros dicen que era, piloto de las naves que hacían el viaje de Callao a Valparaíso, muy avisado sin duda, entendido en estrellas y corrientes marinas, conocedor de los vientos, cansado del largo viaje hacia abajo, que así llamaban lo que nosotros entendemos por sur, decidió intentar un nuevo rumbo desprendiéndose de la costa que nunca perdían de vista. Por el desconocimiento de la mar y los arrecifes o escollos, estaban obligados a amarrar noche a noche en cualquier recodo y así el viaje tomaba de tres meses hasta seis, bueno, ese Juan de nosotros decidió salir a mar abierto, sabiendo como sabía que los vientos amainarían en dejando de ver la tierra. Había navegado con marinos muy instruidos, estuvo en el Perú metido en muchas guerras de esos tiempos, las guerras de la conquista las llamaba y siendo, como era, amigo de Pizarro según contaba la Gran, ¿qué quién es esa?, ay, niña, la gran abuela, o sea la primera que le contó a sus hijas y a sus nietas lo que te estoy contando, la Gran, así le decimos, ya somos muchas y se enreda el tiempo en las abuelas o las abuelas en el tiempo. Pero la primera es la primera y conviene respetarla como lo que fue. Tengo unos papeles que acreditan a Fernández como dueño de la isla, dijo la Gran hasta el día de su muerte.

Juan era parlanchín, le gustaba contar sus aventuras del descubrimiento, y siguió a Pizarro en la búsqueda del misterioso reino del oro. Yo presencié la muerte de Atahualpa, decía, ¿de quién, abuela? Del rey de esas tierras que se iban metiendo en la cordillera tan alta que les faltaba el aire. La Gran nunca le creyó hasta que un nieto que fue a la escuela le contó la muerte de ese Inca.

Eso me contaba Fernández, dijo la última vez que habló, mirándose la punta de los zapatos, y que Dios me perdone pero nunca le creí, contaba que los indios llegaron en una inagotable hilera uno tras otro por días desde las más lejanas tierras. Llegaban con tazones y platos y vasijas, el tesoro del Inca, lo llamaba. Pizarro lo tomó preso en Caxamarca y él ofreció una pieza llena de oro hasta donde llegaba su

mano cuando estaba de pie, ¿quién ofreció tanto oro, abuela?, Atahualpa, niña, en qué estás pensando, el Inca que recibió a los españoles, Fernández era parte de ese grupo de aventureros y caballos que ascendió hasta más allá del aire, relataba Juan con solemnidad, agregando: yo estuve ahí, yo vi con mis propios ojos cómo le trajeron de todos los rincones de su reino platillos y cuencos de oro puro, animales copiados del natural en plata pura, lagartos y serpientes con ojos de piedras brillantes y uno de esos venados americanos que llamaban oveja de la tierra, parecía viva y era metal puro. También llevaron un disco como un sol, un banquillo de oro puro, donde él apoyaba la cabeza para dormir y aunque llenaron la pieza y mucho más, contaba Juan, al final lo asesinaron en medio de la plaza, la cancha la llamaban los quechuas en su lengua; te fuiste a otro cuento, abuela Malvina, ¿era pariente nuestro ese Inca?; no, niña, qué iba a ser pariente, es que me distraigo con tantas historias metidas en el seso, ¿en qué estaba?, acércame la memoria que se me arranca de su sola voluntad; ¡ya me acordé! ese huinca…, ¡Inca, abuela!; bueno, a ése lo mataron dándole garrote vil,¿dándole qué?, una muerte terrible, ya no se usa, ahora los fusilan no más, les torcían el cogote como a un pavo y al rey lo dejaron tirado en medio de la plaza, destornillado del cuello y al aire para que se lo comieran los buitres, o sea los jotes más negros que el carbón que les comen a los cadáveres las tripas y los ojos, los despellejan y se les tiran encima hasta dejar el puro esqueleto. Ahí fue cuando Fernández decidió volver a los barcos, ese era su asunto, navegar.

Pero estabas en otro cuento, abuela, ese cuando navegaba hacia Chile…

En eso iba… La cosa es que llegamos a esta tierra antes de nacer, él nos traía metidos en sus ojos, en sus botas, veníamos adentro de él como sus tripas, era marino de sangre, ha de ser por eso que todos no podemos vivir lejos del mar.

El asunto es que de tanto navegar ese largo tramo de mar con vientos huracanados, teniendo que atracar noche a noche y amarrar el barco a un árbol, el viaje era largo y tedioso. Y ahí fue que discurrió poner en práctica lo que muy bien sabía y ya como piloto del virreinato se lanzó rumbo al horizonte, sabiendo que en aguas abiertas esos vientos no soplaban con la misma fuerza. Y así no más fue. En cuanto amainó el frenético viento de abajo, que así mentaban el sur, el que le impedía avanzar, navegó en calma hasta Valparaíso sin percance ni muertes, cubriendo en treinta días lo que tomaba ciento ochenta. La cosa es que el asombro fue menor que la incredulidad de los gobernantes. Primero lo acusaron de mentiroso y agravó el asunto cuando informó que había avistado tres islas despobladas y estériles. Tu abuelo cometió un desliz al pensar y discurrir lo que discurrió. Los

curas lo creyeron un hombre si no diabólico, al menos endiablado y lo metieron a las mazmorras y lo acusaron de brujo, contaba Malvina, la anteabuela, la chozna viene a ser, y fue a dar al tribunal de la inquisición. ¿Que qué es eso?, qué sé yo de las cosas antiguas, era un tribunal de curas que lo acusaron de haber cometido un acto imposible sin el concurso del demonio, y que esa fuerza desatada lo llevó con propiedades diabólicas desde el Callao a Valparaíso en treinta días y que era un acto de brujería.

O sea, abuela, que el primer descubrimiento de la isla donde tantos parientes vivieron lo hizo un brujo que no lo fue.

Eso te estoy diciendo, niña, que lo iban a condenar a la hoguera.

Y lo quemaron vivo, Malvina.

No seas entrometida, la que cuenta soy yo o se acabó la historia.

No, abuela, no es para tanto, ¿lo quemaron?

No, niña, Fernández era hombre listo y muy sagaz. Argumentó que en perdiendo de vista la costa, los vientos alisios hacían propicio el viaje hacia abajo, pero los frailes insistieron que semejante patraña era inverosímil: volando fue, dijeron.

Juan Fernández desbarató la acusación con las palabras de un buen piloto, explicando que era cuestión de tomar altura favorecido por los vientos alisios y que doblando enseguida al sur, describiendo un ángulo de muchas leguas, había llegado a Valparaíso en un mes, y así fue, lo juro por mi madre, Excelentísimo Señor Obispo. Soy cristiano viejo, bautizado y creyente. Con el debido respeto, digo a este tribunal que es un hecho científico y comprobable que todo barco que baja, puede y debe hacer el viaje de esta manera para evitar los vientos sures que corren a lo largo de la costa, a más de una corriente marina que corre de sur a norte y es la que impide avanzar, costándole al imperio y a Su Majestad muchas vidas y percances.

Sea porque el Espíritu Santo vino en su ayuda, sea que el obispo era ilustrado, con una mente moderna, salió libre y siguió navegando muchos años hasta que un día decidió irse a vivir a la más hermosa de sus islas, como la llamaba. Y regresó a Chile pobre como la rata que siempre fue, pero se las ingenió en trabajos varios, juntó plata y partió a la isla que llamaba de Juan Fernández, yo la descubrí y me la dieron, declaraba. Lo que probó ser cierto, según la Gran, por eso de los papeles que tenía para comprobarlo que se perdieron en medio de la vida que se cambia o nos muda de una cosa a la otra. Seguro se habrán apolillado o los agarró un pillo, yo nunca los conocí.

El asunto es que partimos con Fernández rumbo a la isla y la verdad es que nunca me expliqué el afán de llevar cabras a sitio tan solitario como lo era. Compró una goleta desvencijada y en llegando a una bahía hermosa, más hermosa que la caleta, te digo, las echó a pastar entre los valles, donde se multiplicaron en un santiamén. Era

una isla engañosa. De lejos parecía puros picachos altos, cumbres terribles, pero en llegando apareció su verdadera naturaleza, muy plana cerca del mar y encumbrándose hasta las nubes al interior. Ahí se daban plantas muy extrañas. Juan me fue mostrando el naranjillo y la chonta, una como palmera, hasta membrillos silvestres se daban. Y eran muy sabrosos, nunca he comido membrillos como esos criados en la soledad. Nos levantó una choza de paja y barro y me dejó sola con sus cabras en una bahía muy ancha y tormentosa, eso no lo supe hasta que no llegó el invierno con el agua y los vientos y un aullido marino que venía desde lejos levantando olas tan grandes como una casa y arrasando con la playa con la fuerza de un maremoto. Pero las tormentas no eran más de dos o tres en el invierno. Y luego comenzaba la primavera y llegaban una cantidad de animales del mar. O sea peces, pero sobre todo focas, aunque me dijo que eran lobos de mar, lobo fino, los llamaba, y de dos pelos, mujer, nos darán buen dinero. Yo no me fié mucho de sus palabras, los hombres exageran, se pasan en sueños de riqueza y éramos pobres, tan pobres que te lo juro por la Virgen de las Mercedes, no le creí.

Los lobos eran sedosos y mansos. Se echaban en las rocas y se quedaban días y días sin moverse, apenas giraban la cabeza. De pronto se lanzaban al mar a coger peces que engullían por cantidades. Y luego, quietos. Trabajo no me faltaba porque Juan no era hombre tranquilo, siempre inventando industrias, ingeniando artefactos. Así armó la industria del aceite de lobo. Era tanto el aceite que daba uno solo que se nos hacían pocos los toneles que construía de la madera del árbol de la luma. Es dura la luma, había que doblarla con fuego metida en el agua, tuvo que inventar un sistema, inventó una tina de barro cocido, la llenaba de agua dulce y debajo encendía fuego. La hacía hervir por horas, un día y una noche completa dejaban la madera dócil y con ella formaba unos toneles de boca ancha, y encima colgaba un pedazo de lobo al sol que estilaba aceite por sí mismo. Llenábamos tonel tras tonel. Cuando ya no cabían en la bodega, con la goleta cargada hasta las masas, ¡abuela!, las masas son de las carretas, la línea de flotación sería, ¡ay niña, y a mí qué!, nunca hablé con palabras del mar, yo me crié en el campo, niña.

¡Tú, abuela Malvina!, ¡no, niña!, la abuela de mi abuela, o la abuela de esa abuela, no seas tonta, Bella Aurora. Cada historia es una abuela, nunca la misma, y una es todas las abuelas cuando entra en la memoria y va contando. Hablo por ellas, muertas hace cien años o doscientos, quinientos años, qué sé yo. Nunca pude decir las vidas que vivieron como si fueran ajenas, el secreto para guardar en la memoria las vidas antiguas es hablar con el yo, lo que importa es que vivan en sus historias tal como las vivieron y si alguna vez quieres contar lo que te iré contando, tendrás que hablar desde ellas, con ellas

más que por ellas. Si nos metemos en sus riñones, si hacemos de sus manos las nuestras, si parimos y lechamos y nos emparejamos y nos morimos en sus historias ellas no mueren, Bella Aurora. Siguen viviendo para sus hijos y nietos, sus bisnietos y qué sé yo cuántos más habrán nacido. Así será hasta siempre. Y ahora sigo…

Vivimos más de seis años en la isla que se pobló de una cantidad insospechada de cabras. Era como su paraíso. Se apoderaron de los riscos y los valles, se escondieron en las cuevas y en los montes boscosos, corrían y saltaban y nos daban su leche y sus crías, salieron muy paridoras. Seis años vivimos en la isla y Juan hasta llegó a comprarse una goleta nueva, harta plata juntó entre las cabras, el aceite, las pieles. Trajo a unos indios entendidos en animales y a otros muy pescadores. Sacaban tollo, anguilas, morenas. Y nos encaprichamos con las langostas. Para mí que los indios, a los que trajo del puerto de Talcahuano, trajeron a la Mocha. Sabían de pesca por ser mochanos, ¿qué eran, abuela? Mochanos, nacidos en una isla remota del sur, vivían vidas pacíficas y un día llegaron los piratas holandeses a hacer aguada. Les compraron gallinas y papas y verduras, también alguna vaquilla y unos corderos y les pagaron con espejos, alguna azada, un gran sombrero del capitán del que se prendó el cacique. Y esto fue aterrador para el gobernador. Dio orden de desalojar la isla, se sabía que los luteranos querían hacerse de Valdivia, situada un poco más al norte, y los piratas, porque eran piratas, dijeron entonces, se las arreglaron para cruzar el estrecho o se vinieron por el Cabo de Hornos, la cosa es que en Santiago y Concepción los españoles, siempre pobres en elementos de guerra, en doblones para pagar a los soldados, una colonia miserable era Chile y dependía de Lima, tomaron la decisión de evacuar la isla, abandonarla y convertirla en un fuerte que los defendiera de futuros ataques de herejes.

Y así no más fue como sacaron a ochocientos indios de la isla Mocha. Un capitán, el famoso Jerónimo de Quiroga, que vivió muchos años en el reino, antes lo llamaban así, los sacó a todos y los instaló en el continente, a pocas leguas de Concepción. A la fuerza hubo de sacarlos, los naturales no saben desprenderse del amor por la tierra. Y los hizo cruzar el mar en balsas de mimbre. ¡En canastos los echó a la mar! Solo un tipo muy audaz hace algo así. Y es de no creerlo, pero cruzaron esas aguas tormentosas y no se ahogó ninguno. Se los llevó a toditos y los españoles contaban maravillas en cartas al rey. Hasta que llegó el padre Valdivia y fue a cristianizarlos a su nueva población y descubrió que vivían en la miseria, que los españoles dueños de encomiendas los tenían a todos trabajando en sus tierras, en sus minas, los llevaban a sus casas para el servicio doméstico, eran indios de servicio, habían perdido su libertad. Pero estábamos muy lejos de

España, ahí no más los dejaron. Cuando Juan escuchó en Santiago o en Concepción la historia, fue a verlos de sus propios ojos y se avivó, esta es la mía, se dijo. Y partió con su goleta a buscarlos.

Cuando regresó traía ocho familias que sabían pescar y salar el pescado, que tejían al telar y con el mimbre. También eran labradores; gracias a ellos la isla comenzó a darnos resultados y juntamos muchos patacones. No abusó, cada familia tenía su casa y su pedazo de tierra, recibían sus pagos y estaban contentos dentro de lo hoscos que son. Pero al menos, decían, esta es una isla y podemos ver el mar y navegarlo. Eran diestros, sacaban mariscos y langostas y de todo lo que el mar nos prodigaba. Tejieron unas jaulas de ramas y las tiraban al mar con sebo adentro. Pedazos de peces muertos, aletas, cabezas, lo que sobraba. Y salían en dos horas repletas de langostas que hervíamos en agua dulce de la vertiente y a comer se ha dicho. Hasta que me empaché y nunca más pude probarlas. Esos fueron tiempos felices porque nunca nos preguntamos si éramos felices.

Yo pensaba morirme en la isla con mis hijos y Juan cuando anunció que nos volvíamos al continente, quería navegar de nuevo, hacer la carrera entre el Callao y Valparaíso, Penco, hasta en Coquimbo atracaban los barcos del Perú. Nos volvimos y él comenzó a navegar, y eso que no era joven. Pero era un piloto reputado y muy luego por su prestigio le dieron una goleta al mando. Se iba meses enteros y la plata que habíamos juntado desapareció no más. Yo vivía estrecheces y un día supe por una comadre que tenía otra mujer, que hasta un hijo tenía. Volvió unas semanas después y le dije mejor te vas, Fernández, ya sé que tienes otra casa y otra mujer que te dio un hijo y a mí no me gustan ni los zapatos ni los hombres usados. Lo eché con viento fresco y salió como si nada. No se llevó sino unas herramientas y un gato regalón que habíamos criado en la isla para defendernos de los ratones. Vivió muchos años en el valle de La Ligua, cerquita de aquí. Nunca volvió a la isla. La abandonó igual que a mí. Entonces fue cuando se volvió salvaje y deshabitada, los indios poco a poco regresaron a sus tierras, perdieron interés al verse botados en medio del mar. Solo las cabras permanecieron y hasta hoy siguen ahí.

Los hombres, Bella Aurora, siempre están dispuestos a empezar de nuevo y a olvidar. Nunca entendí esa manía por cambiarlo todo y empezar de nuevo, como si la vida se fuera quedando botada en un rincón. Se me hace que es miedo a la muerte, ¿sabes?, que no olvidan ni un minuto que se van a morir. Entonces les baja una impaciencia, una desesperación de hacer cosas, y de esa forma de ser y hacer que tienen, salen los reyes y los asesinos, los militares y los aventureros, los piratas y los santos, todos andan cambiando el mundo, distrayendo a Dios para que no se los lleve. Corren mares y tierras desconocidas y van cambiando de mujeres, echando hijos al

mundo de los que ni se acuerdan. Son no más. Por eso, cuando un hombre te agarra el corazón, hay que aprender a llorar lo justo y necesario. Eso le faltó a tu madre. Lloró hasta el hipo cuando la abandonó tu padre, pero mi padre murió, abuela Malvina, qué iba a morirse ese empedernido, salió a escape y ella se puso seca y terca como la ves. Por eso trabaja como enferma de la cabeza, no puede detenerse a pensar, ya no puede ni querernos, menos puede ser feliz.

Y ya basta de historias, las cosas pasan porque pasan y sanseacabó. Se me llegó a secar la lengua con tanta habladuría. Ándate a tus quehaceres, ya me cansé de tanto cuento.

Capítulo 2

Esa noche los perros aullaron sin descanso. Parecen lobos, dijo la más joven de las Malvinas. La abuela respondió es por la luna, acaso no sabes que hay luna llena, dónde has visto lobos aquí. De verlos, los he visto, madre, no me venga con esas delicadezas, hay lobos que parecen hombres y hombres que semejan lobos, bien sé yo cómo era su vida cuando llegaron a la caleta.

Y yo sé muchas cosas pero me callo, mejor que hicieras lo mismo, ese griego se las mandó y habrá que decirlo algún día.

¡No te metas conmigo!, gritó Malvina de la cola de caballo, ¡no se te ocurra hablarme ni una palabra de lo que crees saber pero no sabes!

De saberlo, lo sé, rezongó por lo bajo, arrebolada y tan vieja, pensó la joven Malvina que no era ya tan joven. No lo sabes, y además anda por ahí Bella Aurora, de nuevo quieres empezar el cuento, eres porfiada y testaruda, eso es lo que eres, qué tiene que ver la niña en trifulcas añejas.

Tiene que ver, madre, y usted lo sabe muy bien, dijo empacada y dándole la espalda, alguna vez tendrá que saberlo y si ahora es la hora, mejor que se aclare todo de una vez.

¡Cállate!, ordenó la vieja, levantándose con ímpetu juvenil de la silla junto al fuego, mal puedes saber tú de amores y desamores; de rencores sí que sabes, los tienes metidos en la cabeza, se te incrustó un odio que te roe como un pericote el corazón, ay, madre, siéntese mejor y déjeme terminar con estos panes, ¿usted cree que por callada me volví ciega?, ciega no has sido nunca, pero nadie en su sano juicio es capaz de guardar tanto encono en la cabeza.

Póngale la palabra que se le antoje, lo que es yo, siento lo que siento, dijo Malvina la chica, y eso no se guarda en la cabeza sino en el corazón.

Mucho peor entonces, replicó la vieja, porque se te secó de puro

empacada que eres. Ese es asunto mío, madre, respondió la hija, yo a usted la respeto y callo. ¡Más te vale!, dijo la abuela Malvina, Dítimo se metió en el medio lío y tú no lo hiciste mal… Y en cuanto al respeto, no me lo parece. Es para tenerte miedo, primero armas un manso enredo y después te haces la mosca muerta.

¡No me venga con esas, madre!, gritó su hija. Usted sabe muy bien a lo que me refiero y ya está bueno de hacerse la mártir.

Mire quién habla, dijo la abuela Malvina, lleva quince años haciéndose la víctima y ahora resulta que soy yo.

No me hable de víctimas, madre, al menos yo nunca tuve un vestido de gasa transparente que se volara con el viento y armara las trifulcas en que se metió mi padre. ¿Te olvidaste del vestido azul que te trajo don José Alfonso desde la China?, ¡cállate, insolente, bien sabes que me lo dio su esposa, porque no le cupo de puro gorda que estaba!

Las cosas no se cuentan como son, dijo Malvina de la cola de caballo, recuerdo las cosas que vi, y al viejo verde subiendo por la única calle del pueblo con el paquete envuelto en un papel que nunca habíamos visto en los almacenes de la zona. Medio escándalo que dio, madre.

¿Y qué?, gritó la abuela, ¿acaso no es sabido que doña Ofelia tenía al marido para los mandados?

¿Y a ti, de qué te tenía, madre, de costurera o masajista del viejo, de bailarina o solo de cocinera?

De ama de llaves, nada menos, yo corría con el castillo, lo cuidaba y en los veranos atendía a los patrones.

Manerita de atenderlos, madre.

¡La cortas con tu insolencia!, a mí no me vienes con esa, nadie me falta al respeto, yo trabajaba por necesidad, como tú, como Bella Aurora. ¿De cuándo acá los pescadores han sobrevivido con sus puros pescados? Ahí están todas las vecinas del pueblo que se sacan la mugre en los veranos. Y no precisamente por gusto.

No como usted, madre, que se dio el gusto.

Malvina dio un brinco y agarró un palo de espino grueso como un muslo, ¡te voy a enseñar respeto, malpensada!, y se lanzó sobre su hija y en eso entró Bella Aurora, intrigada por la discusión. En su casa poco se hablaba. ¿Qué pasa?, preguntó. Nada, dijo su madre, anda a acostarte. La abuela metió el palo de arrayán en la cocina y el fuego creció anaranjado y violento.

Los perros seguían aullando. La luna sobre los cerros parecía una inmensa bola de plata. Círculo en la luna, novedad ninguna, dijo Bella Aurora, que no entendía lo que pasaba entre su madre y su abuela. Círculo en la luna, muerte en la laguna, dijo su madre y la voz parecía salida de la entraña, una voz ronca, despiadada. Pero, madre ¿qué

ocurre?, preguntó, asustada por la insensatez de la violencia entre las dos mujeres.

Lo que pasa, Bella Aurora, dijo la vieja Malvina, es que tu madre escucha lobos cuando son perros.

Seguro, respondió la hija, y recuerdo cosas que no han pasado, y cuento cuentos que no son ciertos, y escondo muertos y…

¡Cállate de una vez, mujer, cierra esa boca desgraciada!

Usted dirá, madre, usted dirá.

¿Pero qué tiene que decir la abuela, madre?, preguntó Bella Aurora, sintiendo el corazón golpeándole el pecho como un martillo.

Que te lo diga ella, capaz que me haga quizás qué si abro la boca.

¿Qué te va a hacer la abuela, madre?

Capaz que te enrede la cabeza y diga que soy loca y te cuente cosas incontables… pero enmudeció y dándose vuelta, continuó echando panes al horno.

¡Córtela de meter panes al horno cuando le hago una pregunta!, gritó Bella Aurora. ¿Es que se ha vuelto loca?

Más que seguro, respondió su madre.

De pronto la abuela se dobló como una rama rota en su silla de paja, se enroscó sobre sí misma y se hubiera caído al suelo de no ser porque Bella Aurora corrió a sujetarla. ¡Madre, la abuela se desmayó, venga a ayudarme! Entre las dos la tomaron como a un bulto y la llevaron a su cama. Malvina tenía los ojos abiertos y la boca medio caída de un lado. La abrigaron con una manta, le prepararon una infusión de cedrón con vino añejo, pero la vieja no tragaba ni cerraba los ojos. Estaba dura como una piedra, tiesa en su cama. De pronto la estremeció un temblor espasmódico y comenzó a castañetear y a toser mientras murmuraba palabras ininteligibles, agitándose de un lado a otro. Era imposible sujetarla, se había puesto pesada como un leño y una espuma blanquecina y espesa salía de su boca. Anda a buscar a Valdebenito, el practicante, Bella Aurora, dile que es una emergencia, que a la abuela le vino el ataque. ¡Corre, niña, corre!

Bella Aurora salió disparada cerro abajo por la calle central, cruzó la calle grande, dio vuelta en el retén, siguió bajando por el camino del tenis y golpeó en la puerta de la casa vieja, pintada de verde. ¡Valdebenito, Valdebenito, ábrame rápido que la abuela se muere! El practicante se puso un abrigo sobre el piyama listado, tomó su maletín y salió a escape sin preguntar qué le había ocurrido a la vieja Malvina. Subieron de regreso a la casa con la luna a sus espaldas, trotando y acezando en la última subida. Entraron a la casa casi corriendo.

Valdebenito entró en acción: A ver, a ver, Malvina chica, déjeme acercarme, hágame hueco, no ve que su madre tuvo otro ataque. Tomó a la anciana entre sus brazos, la tendió en la cama a pesar de las contorsiones y los espasmos. Tranquila, tranquila, decía

Valdebenito, yo la voy a mejorar, misia Malvina, déjeme escucharle el corazón. La vieja, poco a poco, fue aflojando. Cerró los ojos y pareció dormir. El pulso está bueno, firme, ¿qué le pasó?

Tuvimos una discusión, dijo Malvina, y se desmayó.

Qué se iba a desmayar, dijo Bella Aurora, asustada de su voz, tan parecida a la que había escuchado salir de las entrañas de su madre. Lo que pasó es que ella, y apuntó a su madre con la barbilla, dijo que la abuela me iba a contar cosas y que ella estaba loca y ahí perdió el conocimiento y quedó tiesa, con la boca chueca y los ojos abiertos.

Valdebenito levantó la cabeza y miró a la Malvina de la cola de caballo, ¿cómo es eso?, vamos a empezar de nuevo, veo. Y yo creía que todo estaba olvidado y enterrado. Enterrado está, dijo ella, seca y con la mirada turbulenta de los que guardan secretos inconfesables, pero hay cosas que no se olvidan y usted, Valdebenito, la conoce mejor que yo y sabe muy bien que no es primera vez que le viene el ataque. De venirle, Malvina, le ha venido, pero hace más de quince años no ha tenido ninguno. Ya era hora, entonces, dijo Malvina y se atareó en enrollarse la cola de caballo en un moño que sujetó con un palillo. Parece una japonesa, pensó Bella Aurora, que temblaba entera por lo que estaba sucediendo.

Valdebenito sacó de su maletín una jeringa, una ampolla de líquido opaco, y le puso una inyección a la anciana que lo miraba muda. Señora Malvina, quédese tranquila, ya pasó todo, duerma tranquila y mañana amanecerá como nueva. Fue uno de esos desmayos que le vienen. Pero tiene el corazón fuerte y la presión perfecta, dictaminó, después de examinarla y enrollarle al brazo la cinta negra, con una especie de termómetro que subía y bajaba ante los ojos atónitos de Bella Aurora.

Doña Malvina se hizo de pronto un ovillo en su cama, trató de cubrirse los hombros con la manta y cerrando los ojos pareció quedarse dormida. Voy a esperar un rato, dijo el practicante, convídeme una taza de café, Malvinita, y dejémosla tranquila. Vamos a la cocina.

Sentados alrededor de la mesa, los tres guardaban un silencio intolerable. Ninguno hablaba. Su madre le sirvió un café a Valdebenito sin mirarla y ella se sirvió otro por su cuenta.

Mejor voy a echarle una mirada, dijo de pronto la hija.

No, Malvina, usted no. Déjeme a mí, mejor. Valdebenito fue al dormitorio y regresó anunciando que dormía tranquila, que la inyección la iba a hacer dormir casi todo el día siguiente, que él pasaría en la mañana después de atender a los pacientes del dispensario de las monjas. Malvina asintió con la cabeza. El practicante terminó su café, se despidió y salió en silencio, cerrando la puerta con cuidado.

Ahora cuéntame lo que pasó, dijo Bella Aurora.

No pasó nada, hija, tómate tu café y anda a dormir.

No pienso dormir hasta que no me digas qué le pasó a la abuela. Y me voy a quedar despierta toda la noche, no creerás que dormiría tranquila con ella como está. Y si no me cuentas tú, ella me lo dirá.

Ella no te lo dirá, dijo la madre.

O sea que es un secreto, exclamó Bella Aurora, con una extraña voz de autoridad.

Es un secreto, dijo la madre, y no es tuyo y no es ni siquiera un secreto. Son cosas que pasan y por algo pasaron. A veces la gente grita cosas que no debió decir. Es como una explosión adentro de la cabeza. Pero ya pasó todo.

A mí me parece que no ha pasado nada, dijo Bella Aurora. O sea, nada de lo que tiene que ocurrir. O tú me cuentas o me voy por la calle grande preguntándole a todo el pueblo qué pasó aquí. Descubriré qué mierdas esconden.

No son palabras, señorita, dijo la madre.

¡No son palabras, no son palabras! Atrévase a decirme eso después de lo que vi. Ya sé que esto tiene que ver con el abuelo Godofredo. O con mi padre. Me parece que en esta familia los hombres desaparecen con demasiada facilidad

Me voy a acostar, dijo de pronto la madre. Total, si estás dispuesta a velar toda la noche no veo para qué me quedo yo. Y desapareció en su dormitorio.

Los perros seguían ladrando inquietos. Bella Aurora fue a mirar a la abuela. Continuaba dormida. Está bordada de vejez, pensó, nada le queda de lo que fue. ¿Qué sabía la abuela, qué escondía tras su manto de arrugas? ¿Qué provocaba el rencor insensato de su madre? ¿Quién guardaba el secreto? ¿Cuál de ellas cometió lo indecible?

La luna estaba alta, vertical sobre la caleta. El mar se estrellaba con fuerza contra las rocas. La luna lo encabrita, pensó. Igual que a nosotras. La luna nos pone lunáticos, decía el abuelo. Muy pronto se escucharían los primeros cantos de los pájaros. Y aunque nadie se lo había dicho y quizás nunca lo supiera, Bella Aurora comprendió que en su casa rondaba la muerte. Pero no cualquier muerte.

Afuera los perros continuaban ladrando.

Segundo derrotero

Bueno, bueno, niña, te contaré más sobre la isla de Fernández, aunque ahora me serviré de los cuadernos de tu tío Diego, que no es tu tío en realidad pero como si lo fuera, bueno, esos cuadernos quedaron botados en la casona de La Ligua cuando él murió cumplidos, me contaron, los cien años. Ese muchachón solitario, Diego Fernández, fue el hijo que tuvo con una tal Francisca Soria, viuda a la que pasó por las bendiciones y la inscribió como su mujer legítima en la parroquia. La Gran no le perdonó la traición, decía, agregando que la tal Francisca era gorda y harto vieja y viuda más encima pero lo más bien que la pasó por el agua bendita y el hijo fue, así, legitimado. Cierto que le fue fiel y tanto, que se murió antes la pobre mujer, dejándole al hijo muy pequeño. La enterró en un jardín que había delineado detrás de la casa de adobe, anunciándole al cura y al alguacil del pueblo que ese sería el lugar donde lo enterrarían llegada la hora de su muerte. Ya no pensaba en Juan Fernández Juan Fernández, cómo que no entiendes, que no pensaba Juan en su isla, la abandonó de cuerpo y alma, es lo que hacen los hombres para seguir vivos; pon atención y no te embebas en tus asuntos si quieres que te cuente lo que debo contarte. No como tu madre, que se hace la de las chacras, es como si hubiera nacido de mí y del Trauco, pero quién es el Trauco, abuela, ¡ay!, niña, no es un quién, es un ser de los bosques que engendra hijos a escondidas y persigue a las niñas, las agarra de noche y las embauca, las embolina como el viento y las pobres tontas creen que el amor llegó para siempre jamás, las mujeres confunden las cosas, el Trauco es una invención de mujeres jóvenes y solitarias, ansiosas de amor y de hombre que se quedan esperando un hijo de cualquiera que les haga unas pocas cosquillas y les diga que son lindas las preciosas. Se joden, no más. Saben que nadie les va a creer porque no son la Virgen María, y por eso esconden la verdad con el asunto del Trauco, un ser imaginario, horrible, que asalta vírgenes y no tanto en los caminos, en los trigales, en los bosques. Hay muchos de esos dando vuelta por las caletas, los puertos y los pueblos chicos, de donde escapan los muchachos ansiosos de irse a la mar a cazar ballenas, a ser marineros. Las muchachas se quedan solas cuidando de los ancianos cada vez más ancianos y caen al primer requiebro de un desconocido que arribó por la mañana y las emprende al amanecer. No vuelven más. De ahí nace el famoso Trauco. Por tontas les pasa, por calientes, andan buscando alivio para sus temblores, sus sueños, sus sudores nocturnos, viven esperando al príncipe, si serán caídas del catre. Un hombre

navegado, solitario, llega a puerto y quiere sexo, ¡abuela!, y qué, ¿crees que acaso tú inventaste la palabra?, los hombres mujeriegos andan rompiendo vírgenes, Bella Aurora, las cazan como tu antepasado Juan Fernández cazaba lobos, las despojan de la virginidad y ya no pueden ni soñar con casarse, los hombres se casan con vírgenes o con las que parecen, lo que no quiere decir que no anden en busca de la divina facilidad en cada una de las que ven paseando por las calles, sentadas en la iglesia o tendidas en la playa. Pero el cuerpo es tentado, niña, cree que se manda solo y siempre hay alguna que se deja besuquear, les meten las manos por la blusa, bajo el vestido, les persiguen el cuerpo, no el corazón, Bella Aurora. Esos tipos no se andan con finuras, persiguen una presa. Y las pobres muchachas tristes, delgadas de talle, los pezones prontos a alborotarse al primer roce, prefieren ese sueño quebradizo y caen como moscas en sus brazos y abrazos y terminan acarreando al hijo de por vida. Me distraes con tanta pregunta, seguiré con la historia de la isla.

Esos cuadernos me llegaron ya ni me acuerdo cómo, ¿o fue a mi abuela?, da lo mismo, siempre hay una abuela en este asunto. La cosa es que el tal Diego salió de su terruño ya muerto el padre y anduvo recogiendo historias de la isla que en realidad le pertenecía. Quiso siempre revalidar los títulos, pero en vez se hizo letrado, y así llegó a la historia de un tal lord Anson, un gringo marino que vino a asaltar barcos españoles y logró doblar el Cabo en su buque el Centurión, un viaje muy peligroso y en fin, que se le comenzó a morir la tripulación de puro andar en esos climas demoníacos aunque el infierno es puro fuego, y el sur es duro en fríos, los vientos de toda la tierra se juntan y son capaces de quebrar un barco en dos, de estrellarlo contra las costas más ásperas del planeta y nadie sobrevive en esas aguas, los marineros no saben nadar. Es mejor, alegan, así uno se ahoga rápido, tres minutos dura un hombre en esas aguas antárticas, ¿qué afán flotar para convertirse igual en hielo?, esas son tierras donde se arremolinan vientos venidos de los cuatro puntos cardinales, mejor morir rápido. Se demoraron cinco meses en capear las rachas del Cabo, que fue por muchos años secreto de los ingleses y los piratas. Francisco Drake, ese era un pirata inglés, corsario lo nombraba tu abuelo pero es lo mismo, ese había encontrado el cabo al final de la tierra, un enorme mar que hoy lleva su nombre, y ya no tuvieron que sufrir más intentando atravesar el Estrecho de Magallanes. Pero Anson había bajado al sur, tanto, que la vuelta resultó muy larga. Mar y mar, interminable mar. Comenzó a escasear el alimento y por la pudrición del agua enfermó toda la tripulación y que en abril de un año que no recuerdo, el Centurión, la nave capitana, echó al agua a treinta tripulantes fallecidos y eso que en

marzo había echado a ochenta.

Parecían condenados a una muerte infame, perdidos entre vientos y hielos cuando en el mes de junio el comandante Anson, uno de los cuatro oficiales vivos a bordo, divisó en el horizonte los altos picos de las montañas de Juan Fernández y llevó el barco hasta una bahía que los españoles mentan San Juan Bautista, pero muchos llaman Cumberland, no me preguntes qué significa, ya te lo diré: es tierra áspera o dificultosa, y ese nombre se lo dio el gringo; bien arrepentido ha de haberse visto después al ver la abundancia de alimento y agua dulce que esa tierra agresiva a la vista les regaló.

Bien sabía Anson que se estaban muriendo de la enfermedad de los barcos, esa que los antiguos llamaban lepra marinera. Se enfermaban por la falta de verduras frescas, eso era lo que mataba a la tripulación, las vitaminas que nosotros llamamos, en esos tiempos la palabra no existía y por lo que yo pienso, quizás tampoco existían las vitaminas. Después de todo y con tanto médico, ¿quién ha visto una vitamina?, el asunto es que necesitaban agua fresca y verduras y al ver la isla decidió echar el ancla y buscar lo que por su carencia los asesinaba. No fue tan fácil. Ya no quedaban marineros hábiles, los pocos que había agonizaban en sus hamacas; en sus camas, abuela, ¡ay, niña!, de dónde saliste que no sabes que los marineros duermen en hamacas, ¡iban a ponerles un catre a cada uno…! Y no me saques de la historia que me pierdo de abuela. En fin, ¿en qué iba?, en que echaron un bote al agua y el único marinero sano remó y remó casi sin fuerzas y logró volver a bordo con manojos de un pasto salvaje que crecía en las quebradas. Esos desgraciados habían subido a gatas desde sus camarotes, arrastrándose como gusanos hasta la cubierta principal para tomar aire y ver con sus propios ojos de agonizantes los árboles y las montañas, el pasto y el cielo. Cuando atracó el marinero enviado y lo subieron a bordo, los moribundos se lanzaron sobre el pasto y lo mascaron y tragaron, eso que casi no podían mover las mandíbulas ni menos tragar por la sequedad de sus bocas estriadas de llagas. Parecían vacas luchando por comer unas briznas de pasto, tanta era la necesidad que sus cuerpos sentían de las verduras y las frutas. Más de una docena murió sobre el puente de mando, desde donde contemplaron las vertientes cayendo desde los cerros al mar, los valles, la arena blanca, las cabras corriendo por los cerros, pero ninguno le hizo el quite a la muerte: estaban en las últimas. Al menos murieron sonriendo, con briznas de pasto pegadas a las comisuras convencidos de haber llegado al Paraíso Terrenal.

Tres meses se quedó el Centurión en la isla. Anson estaba maravillado por las especies que encontraban a medida que sacaban más fuerzas y se adentraban por los valles. Por orden del almirante desembarcaron a la marinería y andando por aquí y por allá fueron

descubriendo que crecían berros deliciosos y se daba el apio salvaje de casi un metro de altura, y aunque los ingleses despotrican contra todo lo de España, no pudieron contra las delicias del ajo español ni menos se privaron de los famosos rábanos de Sicilia. Dicen que las sembró en las laderas un tal padre Rosales, un jesuita viejísimo que fue a la isla cuando la Compañía de Jesús la ocupó años después que tu abuelo la abandonó…

Bueno, seguiré con el gringo, es lo que corresponde. Anson dio la orden de trasladar un horno de cobre a un bosquecillo cercano en el que fabricaban pan fresco todos los días con la harina que llegó en el Gloucester, otro de sus barcos que logró salvarse. Los ingleses son marinos fieros. Y pensar que todo eso sucedió en la isla que abandonó tu abuelo y el pobre de Diego se esmeró toda su vida en recuperar. Anson se hizo un jardín en un bosque de árboles trasparentes, con hojas ralas que dejaban pasar el sol. Se daba vida de sultán, contaban. Armó una carpa de tela encerada, trasladó instrumentos y libros y una mesa de trabajo, una silla y su cama, y estuvo preparándose para asaltar el galeón español que venía por el oro y la plata del Perú una vez al año, el situado, lo llamaban. Era todo lo que producía la Capitanía General y dependíamos del virreinato de Lima. Pero Anson y su tripulación comieron frutillas, se me da que esas las plantó tu abuela, o sea la mía. En fin, hay que cortarla, basta por hoy, niña, pero antes déjame darte un consejo: cuídate de Rigoberto, no se te ocurra ponerle el ojo encima.

Ni lo ubico, mintió Bella Aurora.

No seas tonta y no me creas tonta a mí, dijo la abuela. Sé muy bien que te persigue como un chiflado.

Bella Aurora recapacitó con rapidez y acercándose a Malvina le dio un beso en la frente. Abuela, no se lo cuentes a mi madre.

Tranquila, niña, es un secreto tuyo y mío no más. Pero no te metas con él o vas a tener hijos con seis dedos.

Capítulo 3

Rigoberto andaba por las rocas del Mar Bravo cogiendo pejesapos y viejas, unos peces horribles que bien cocinados son de carne delicada. Los pescadores no se los venden a cualquiera. Mientras bajaba hacia la caleta lo divisaba tirándose al mar donde la ola era más grande, desaparecía en la espuma y aparecía dos metros más allá con un pez cogido a mano limpia. Esos pescados son sabrosos y finos, los dejan para sus casas, solo se los venden a las caseras antiguas, las primeras habitantes del balneario, contaba Atanasio, el fotógrafo de la plaza que conocía a las familias de prosapia, decía, mirando en menos a los recién llegados. Atanasio sabía todo, iría a preguntarle por su padre y su abuelo, por su familia, eso era. Qué será de la Salvadorina, esa hermana rubia que huyó con un caporal de los bailarines chinos que venían a la caleta a celebrar la fiesta de San Pedro. Nunca pensaba en esa hermana hecha humo. De pronto se le presentó entera vestida de rojo, con dos trenzas apretadas y gruesas y unos zapatos de charol con taco. Era una de las mejores bailarinas. Practicaba todo el año y aunque el caporal siempre hablaba con su madre, nunca le dio permiso para ir a recorrer los pueblos del norte, ¿te falla la cabeza, niña?, cómo te vas a mandar cambiar como una atorrante a recorrer esos pueblos pelados, encumbrados en alturas donde hasta el oxígeno anda escaso, cómo se te ocurre que esa es una vida decente para una hija de familia. Y Salvadorina se reía mirándose al espejo, pintándose las mejillas con colorete, los labios de un rojo intenso como el vino tinto, y hasta se ponía rímel en las pestañas. ¿Quién te crees que eres, Salvadorina? Estás pintada como una prostituta, ¡así no sales a la calle! Y ella con su lindo traje de china decía no te pases películas, madre, es un trabajo artístico y yo soy artista, ¿tú crees que voy a quedarme aquí toda la vida? Y además solo me pinto y me pongo mi traje para la fiesta de los chinos,

madre. Solo una vez al año, madre. Si me fuera con ellos te mandaría plata. Esa me la gano yo honradamente, respondía Malvina de la cola de caballo, y no te irás a mendigar monedas por menear las caderas y darte vueltas como un trompo por las plazas y más encima vestida de mamarracho. Ya es suficiente que lo hagas aquí, pero al menos el cura controla la situación y a veces hasta viene el obispo. Eso no me quita la vergüenza, ni te lo sueñes.

Es un baile consagrado a la Virgen, madre, y son disfraces lindos, cofradías todas vestidas igual.

Qué Virgen ni cofre al día; ¡madre, se dice cofradía!, no metas palabras raras en esta conversa, el asunto es la Virgen, no hables así de la santísima Madre; a la pobre doña María la tratan sin miramiento, como si no fuera la santísima Virgen, madre de Jesucristo. Y además la fiesta es de San Pedro.

Sí, madre, pero las chinas sabemos bailes para honrar a la Virgen. Podría ir a Andacollo y La Tirana, a pueblos que ni te imaginas, donde la gente va a adorar a la santísima Virgen, y se gana buen dinero, madre.

Pero tú no irías a eso, contestaba Malvina con menosprecio, tú te vas a ir con el chupasangre del Aurelio.

No lo insultes, madre, es el caporal y es de Arica, el que más sabe de los bailes chinos y conoce la cordillera y todos esos pueblos escondidos y remotos. Y los chinos están organizados, hasta tienen un sindicato, van recorriendo los pueblos según el calendario, en cada pueblo celebran a un santo y uno canta y baila, la banda toca, la gente se arrepiente de sus pecados, paga sus mandas, es muy bonito, madre. Y a mí no me importa lo que pienses, igual me voy a ir con Aurelio. Eso recordaba.

De Salvadorina nunca más se supo hacía más de quince años. Ni una carta ni un mensaje por el programa de radio del Maravilla Reyes, que todas las mañanas conectaba con su voz amable, tan bien pronunciado que era, a la gente que vivía perdida en los territorios más despoblados del país: «De doña Laura de Alto Hospicio para su hija Susana, que la última vez que supo de ella vivía en San Vicente. Que le mande una postal o le escriba una carta, póngase las pilas, Susanita», decía el Maravilla Reyes, «no abandone a su madre». También enviaba recados de urgencia: «que don Fulgencio Machucao se comunique con su hija Selva en el 44321 de Temuco, que falleció doña Tila, su esposa, y que ahora es viudo y la Selva debe vender la casa, pero está a su nombre. Que recibirá la mitad de la venta, y que su hija Selva lo ha perdonado». Y el Maravilla le ponía de su cosecha «ya pues, don Fulgencio, vuelva al redil, ya lo sabe, está libre para casarse con la que tiene ahora. Más encima la Selvita lo perdonó, anímese y vaya a Temuco a la brevedad que su hija está sufriendo y

hasta que no aparezca será una huérfana».

Pero ni en ese programa que escuchaban hasta las ranas, dijo su madre, lograron comunicarse con ella y ahí fue cuando decretó «hasta aquí no más llegamos, para mí se murió». Y Salvadorina pasó a la historia.

Bella Aurora se preguntaba qué haría para desentrañar el lío de su vida y conocer a fondo la historia de su madre y su padre, ya estaba viendo que a la vieja Malvina no le iba a sacar palabra. ¿Qué quería decir con eso de Rigoberto y los hijos de seis dedos? Sapa, la vieja. O sea que la espiaba con el anteojo de mar que tenía escondido debajo de la cama, en un canasto lleno con sus recuerdos. Estos son para ti, Bella Aurora, pero cuando yo esté al otro lado, bien muerta y enterrada en el cementerio del pueblo. Aquí se quedarán mis huesos. Y ella ni le discutía, iba entendiendo que la muerte es algo que va madurando adentro de uno como las peras francesas de la casa de los Ureta, esas peritas enanas, fragantes y dulces. Era el único árbol que las daba. La muerte es como una fruta rara, se dijo, nace con uno y va madurando adentro y la abuela ya se acostumbró, para mí que la muerte se anuncia a los que les toca, ha de ser una fragancia, un pensamiento, un sueño, algo les dice la muerte y se van acostumbrando.

Lo que era ella, ni pensar en morirse. Quería vivir noventa años, irse a la capital, estudiar y ganar mucho dinero. Su madre la tenía amarrada de la pata, como a los gansos que crían para engorda. ¿De qué iba a vivir si no sabía hacer nada? Cierto que terminó el liceo, pero eso era como nada. Todos los veraneantes iban a la universidad. Yo también iré, se dijo. Pero primero iría a hablar con Atanasio y atrincaría a su madre. Ya estaba bueno de hacerse la tonta. Echó una mirada al mar y Rigoberto no se veía. Cierto que le tenía miedo. Pero le intrigaba tanta persecución. Nadie nunca se había preocupado así de ella. Y eso, le tentaba la idea, era como para tomarlo en cuenta.

Tercer derrotero

Cuando el abuelo Godofredo se ponía a hablar de la ballena, la abuela se hundía en un silencio perenne y los nietos salíamos a escape rumbo a los cerros a buscar fresas y membrillos, a correr y escondernos. El abuelo explicaba a algún rezagado o a Javier, que resultó el periodista de la familia, que la Mocha era una ballena y no era una ballena, ¿escuchan ese ruido semejante a la lluvia sobre los techos, esa especie de gemido del viento? Es la voz de las ballenas, trayendo augurios o desastres. Y escuchaba en silencio unos instantes y alguna vez nos dijo ¿escuchan?, es la Mocha que anuncia su visita. Y encendía una pipa blanca de hueso de ballena, aspiraba con lentitud y luego expulsaba por la nariz una nube de humo níveo que se iba disipando en el aire frío, una larga, interminable, columna que se disipaba en perezosa mansedumbre. Y de pronto ahí estaba la ballena, enorme y blanca, flotaba quieta unos minutos y luego desaparecía hacia el fondo del mar y él seguía la huella de las olas encabritadas con los ojos fijos, sin un pestañeo, y continuaba muchas horas contemplando ese pedazo de mar donde la Mocha se había aparecido.

¿La viste, mujer, la viste?

Yo no veo ninguna ballena, decía la tozuda. Solo te veo a ti que se me hace que tienes un tornillo suelto. Y seguía tejiendo en su porfiado silencio.

Bella Aurora descubriría muchos años después que la veía pero no quería verla, que la detestaba, que no entendía cómo el monstruo marino los había seguido desde la isla hasta la caleta, pero lo supo cuando ya era una mujer hecha y derecha, y ella, a su vez, la vio emerger como una isla misteriosa en el fragor espumoso del Mar Bravo. Pero eso iba a ocurrir años después. Cuando la abuela yacía en el cementerio junto a los pinos y su propia madre se sentaba en la silla de paja junto al fogón.

Ven que te voy a contar un secreto, le dijo la abuela poco antes de morir.

Verás de pronto y sin aviso una gran ballena blanca. Sabrás que merodea mucho antes de verla por el mar encrespado que la rodea cuando está a punto de quebrar el agua como un polluelo rompe el cascarón. De pronto saltará un chorro de vapor tan alto como esos edificios modernos de Santiago. Al verla, pensarás en una roca y te cruzará el pensamiento la aparición del buque fantasma: ¡benaiga, Virgen María, es El Caleuche!, ese barco espirituado que navega sin tripulación con todas sus velas desplegadas, más encendido que el

árbol de pascua de la municipalidad. Pero no será un barco, ni menos aparecido, sino la Mocha, la ballena blanca más grande del mundo, flotando entre remolinos y turbulencias a causa de su arremetida inesperada. Un ojo redondo cubrirá el horizonte si emerge cerca del bote. No la verás entera a no ser que estés tan lejos que creerás estar viendo una aparición, y te invadirán el temor y la alegría que a uno la agarran cuando nace un ternero o el cisne coscoroba grazna por primera vez al quebrar el cascarón. Esa ballena arcaica, fijándose en lo primero que ve cuando asoma al aire, te llevará en su memoria eterna, quedarás tatuada en el fondo de su ojo hasta el día de su muerte, que para mí no existe. La Mocha es inmortal. Pero si la llegas a ver, Bella Aurora, será más grande tu miedo porque irradia un esplendor que no cabe en el corazón y te faltará el aliento si estás cerca. La distancia empequeñece, atolondra el seso.

Vendrá envuelta en un oleaje como de maremoto, su ojo es como un sol negro, una pupila redonda y suspicaz que te contempla sin contemplaciones porque ni pestañea la monstruosa; primero es una mancha contra el horizonte y de pronto es el ojo rencoroso, despiadado, de la ballena más blanca y asesina del mundo. Se deslizará junto al bote con el pesado liviano cuerpo que Dios le dio, albo, alforzado, rugoso, medio cuadrada por delante con una tremenda frente. Es su baluarte, decía Godofredo. Y explicaba: es un cachalote hembra, son las ballenas más ballenas, se hunden y se llevan la lienza a una velocidad que ni te sueñas, hay que mojar la bobina, se calienta y echa humo, hasta se incendia a veces de lo rápido que descienden hasta lo más profundo; son como los aviones pero al revés, unos van para arriba, ellas, para abajo.

La Mocha es como la cordillera de Los Andes, aclaraba Godofredo, que de inteligente que era se enredaba contando de la ballena y nunca entendimos eso de que se parecía a la cordillera, pero nos aumentaba aún más la turbación agregando que todos veníamos de ellas, la raza humana desciende de las ballenas, decía con esa voz de profesor que se le ponía de improviso. Y seguía: «no salimos del barro aunque se enojen los curas, somos hijos de las ballenas; mucho antes del diluvio salieron a tierra firme arrastrándose sobre su barriga. ¡Un cetáceo!, gritaba exaltado, ¡un enorme cetáceo que llevaba millones de años viviendo en su verdadera casa, el agua, sale y se pasa un millón o dos o diez millones de años cambiando de naturaleza, como la serpiente bota la piel!». Y lo logró, decía como para sí mismo.

Pero metido en la cama, con las estrellas en el cielo y el mar echándonos su bramido nocturno encima, me susurraba con voz de incertidumbre oye, Malvina, una cosa está clara, el mar es el techo de la ballena, miles viven en el fondo marítimo donde no llega la luz, y en murmurando las últimas palabras se quedaba profunda, tenazmente

dormido.

Un día muy de mañana llegaron los nietos en parvada gritando desesperados ¡abuelo, abuelo, hay una ballena en la playa! Y él saltó de la cama como un niño, bajó corriendo tras ellos y no hubo caso, perdieron la lucha por salvarla. Nunca lo olvidó.

Alguna tarde de invierno se ponía melancólico, echaba de menos el mar fuerte, ese donde no se ven las orillas, decía, y entonces contaba que las ballenas a veces pierden el rumbo y varan en las playas o las costas desconocidas. Es un misterio, en vez de seguir a la Antártida, donde van en busca de su comida, encallan en las costas o aparecen moribundas en las playas y aunque las empujamos y las mojamos para que no se cuarteen al sol mientras nos contemplan con ojos atormentados por la muerte, aunque aumentemos nuestro esfuerzo porque deben llegar al sur, a los hielos eternos, a dar a luz en un lugar remoto e inalcanzable, donde podrán alimentarse. Pero es imposible salvarlas. Cuando encalla un ballenato, por ser más pequeño, a veces logramos empujarlo al agua y luego arrastrarlo a mar abierto, tirándolo con lienzas desde nuestros botes, pero ya la muerte ha hecho nido en ellos y regresan una y otra vez a morir en las arenas. Pero la Mocha no encalla, concluía, jamás pierde su derrotero, nada la llama a tierra y navega con certeza de capitana hacia el sur magnético, ¿que es eso, abuela?, es el misterio mayor del planeta: los polos tienen una fuerza que los sabios llaman magnética y atrae a las brújulas me explicaba Godofredo; y que las ballenas se guían por ella. Pero cuando pierden el norte y se les descompone el instinto, agregaba, nada ni nadie puede salvarlas.

Es una extraña ballena, la Mocha. Aparte que no encalla en playa alguna, ataca cuando algo le recuerda el odio que guarda en su corazón, y manso corazón que tiene, igualito al nuestro, partido en cuatro y en cada una de esas cavernas rojizas cabe un hombre de pie; ¿es más grande que un camión, abuela? Hagan la prueba, aprendan a pensar: párense dos lado a lado, y en sus hombros dos más a ver qué altura les da. Ese es el porte del corazón de una ballena. Me canso de decirles que una ballena no es ni cosa ni máquina, ¡miren que compararla con un camión!

Y ahora seguiré contando o se van a remendar redes, ¡no, abuela, no!, siga contando.

Cuando emerja, la Mocha batirá el agua hasta desarmarle su mentirosa quietud, estremecerá el mar con el peso de su cuerpo abriéndose paso, y en apareciendo y no viendo lo que busca, regresará a las profundidades. No le gusta la luz. Vive en lo más profundo, donde habitan cardúmenes de peces casi invisibles en su pequeñez luminosa. A veces a un cachalote parece que le brillaran las fauces en medio del océano, contaba Godofredo, esas tremendas

fauces rodeadas de luces fosforescentes eran como la boca del infierno. Y agregaba al ver nuestro miedo, no pongan esa cara, tontas, se les pegan las escamas de los peces luminosos que engullen, pero son ballenatos no más.
Pasó un largo tiempo hasta que ya no se la pudo con el arpón y las redes y fuimos a dar a Quintay. Ahí sufrió mucho Godofredo. Luego me explicaba que en las ballenas que cazaban y traían para destazar en la ballenera de Quintay, encontraban cientos de pulpos enteros en sus estómagos. Yo no comprendía que con esos dientes gigantes que Dios les dio ni mordieran siquiera a los pulpos, tan largos como son sus tentáculos, y él sin poner atención continuaba su relato contándonos que a veces sus panzas estaban repletas de pececillos fosforescentes, y no te metas a hablar de sus dientes, qué sabes tú de ballenas, mujer, lo que tú conoces son las costillas con que cercamos la huerta, esos no son dientes. Yo no era joven ya, pero para él nunca crecí. Me clavaba los ojos impacientes, no me discutas, niña, dándome a entender que el mundo era ancho y desconocido, y que él sabía cosas que yo ni sospechaba, no como ustedes los de hoy día, que se lo pasan frente al televisor y creen saberlo todo. Basta ya de interrumpirme, no me dejan ni recordar en paz. Si no se callan, ¡se acabó!

Ya abuela, córtela, cuéntenos el final, eso del corazón como un camión, ¡no he dicho eso!, se enojaba Malvina, no me embrollen el asunto y no hay final, la Mocha es inmortal y el cuento sigue y seguirá por los tiempos de los tiempos, ¿en qué iba?, en el estómago de las ballenas, ¡no!, gritaba otro, en los peces que brillan, ¡no, mejor que cuente más del corazón!; les contaré otro poco de la vida de las ballenas si no me interrumpen y me sirven otro mate caliente con hojas de cedrón. Y uno corría a la tetera, otro acercaba el mate, otro el azúcar, y después de chupar un trago con la bombilla, Malvina reiniciaba su narración.

Es tan inmensa que engulle toneladas de ese enjambre luminoso que desaparece tras las barbas de la gran Mocha; ¡abuela, eso no es un enjambre!, es un cardumen.

¡No discutas todo, niña!, lo importante es que se alimenta de peces diminutos que aspira hasta saciar su hambre, pero no los tritura y se los traga enteros, qué más da la palabra, hacen como las abejas, enjambres digo y así se queda, cómo no entienden que la Mocha necesita alimentar su tremenda humanidad,

Pero una ballena no es humana, abuela Malvina.

¡No discutas todo, niña, es medio humana!, te cuento las cosas como me las contó mi abuela y a ella su abuela y a la anteabuela se lo contó su chozna, qué afán buscarle argumentos a todo, Bella Aurora, eso te viene por la sangre del otro lado, la de tu padre, el griego que

desbarató la familia con su maldito acordeón. Pero ese es otro cuento. No es asunto nuestro discutirles a los antepasados. Y si quieres que siga, ¡quédate callada por el amor de Dios!

Cuando la Mocha se sumerge, un oleaje turbulento se arma a su alrededor y el bote parece a punto de hundirse, tanto se bandea de babor a estribor. A veces el mar se ha llevado algún bote en el tremendo remolino que se arma con su hundimiento rumbo al fondo del océano, siempre regresa a su morada natural cuando ha respirado el oxígeno necesario, se oculta en las profundidades, allí los hombres no pueden perseguirla ni cazarla desde el día condenado en que a su ballenato le clavaron un arpón en el pecho y saltó un chorro de sangre roja que cubrió el mar a su alrededor. La Mocha vio cómo hirieron de muerte al hijo que aún amamantaba. Por eso regresa al abismo donde el arpón no le da alcance. Y nadie, ningún pescador ni marinero la ha visto si no en la hora de su propia muerte. El que ha sobrevivido flotando como un corcho entre los desperdicios de su bote hasta que por designio de Dios algún ballenero lo rescata, te contará tal cual la caza de la ballena.

Pero la Mocha es brava y escurridiza, sigue correteando por el mar, viajando de norte a sur, de sur a norte por el mar infinito, y en los tiempos de la isla el abuelo gritaba ¡hay que avisar en la caleta que no afueren los botes!, si la llegan a ver de cerca, morirán.

Tomás, hijo mío, le dijo la Carmen, una abuela muy antigua, a un niño isleño que no tenía madre conocida al que crió como al hijo que nunca tuvo. Tu padre, que se llamaba igual que tú, partió con los alguaciles de regreso a Lima llevando a los desgraciados que terminaron ardiendo como herejes. Los curas no se cómo lo hacen para juzgar sin ser juzgados, has de cuidarte de ellos, de las ballenas y de los españoles.

Qué iba a hacerme caso, me contaba lloriqueando. No en balde nació hombre. En cuanto su mujer se mandó a cambiar con un capitán inglés, se dedicó a perseguir a la Mocha ya que no podía perseguir al ladrón de su mujer. Al final, la Mocha lo atrapó. Lo obligó a perseguirla días y noches, por años esa fue su única tarea hasta que se lo llevó al fondo del mar, lo arrastró con el arpón que le había clavado entre las aletas; ¡pero esa historia es de un yanqui, abuela!, una ballena blanca de un libro que leí en el liceo cuando me mandaron a estudiar al continente. Mira, niño, hay varios que han contado la historia, el yanqui es uno y también un franchute que navegaba por debajo del mar y lo atacó varias veces, muchos la cuentan, los balleneros llevan sus historias por el mundo, las relatan en bares y tabernas, los periodistas como tú, harto intrusos si me preguntas mi opinión, escuchan las historias más descabelladas y luego las cuentan a su manera, se hacen famosos, hasta les pagan por escribir lo que han

escuchado.

Capaz que sea otra ballena, abuela, la del yanqui se llamaba Moby Dick.

¡No me discutas lo que bien me sé!, le lanzó encima con una voz de furia que guardaba agazapada en su pecho: ¡Escucha bien, mocoso insolente!, la ballena blanca es única, es la Mocha y pocos la ven.

Bueno, abuela, bueno, qué tanto le da…

Lo que me da es impaciencia porque no entienden los misterios y menos los respetan. Esa ballena no es una cualquiera. Ese nombre es una fantasía del yanqui o el franchute. La Mocha es más chilena que los porotos, emergía frente a la isla Mocha, en las costas de Chile, de ahí le viene el nombre. El gringo le puso Moby, vaya uno a saber por qué… Y no enmiendes mis historias. ¡Yo estuve ahí, en el mirador, y la vi bien vista! Yo escuché su canto, es una fuerza que atrae al que la escucha, pero la Mocha jamás ha seducido a una mujer, las ballenas hechizan a los hombres con su extraño lamento, un gemido continuo, es como si tuvieran las palabras encarceladas en ese organismo sólido del que escapa un murmullo trémulo de sufrimiento; recorren distancias interminables advirtiendo a las que vienen más atrás de temporales y catástrofes, anunciando los barcos que las buscan para cazarlas y la ola descomunal que se inicia en el Asia y termina en nuestras costas dejando la tendalada. Esto me lo contó Lin Tao, el cocinero chino que trabajó en el presidio español, de él aprendí a podrir huevos enterrados en la arena, a comer ovas de peces que refuerzan la sangre, bueno, seguiré con la ola: va creciendo como una montaña mientras cruza el océano. Cuando azotó la isla tenía más de doce metros y arrasó con todo lo que estorbó su paso tierra adentro y nos dejó muchos muertos y ahogados, desmoronó cerros, arrancó árboles de raíz, ¡qué catástrofe son los maremotos en la isla!, ¿los mare qué, abuela?, ¡ay, niño, maremotos, dije maremotos!, terremotos de mar cuando se arremolina y se sale del hueco que le dio el Creador, se me hace que esa ordalía submarina revuelca a los peces y los manda a otra parte, los desconcierta y por ese motivo las ballenas mueren varadas o atascadas entre las rocas. Pierden el rumbo, eso es.

Pero muchas se salvan porque son solidarias, cuidan unas de otras. Advierten a las incautas que navegan desde el mar del Norte al del Sur buscando una bahía, un disimulado hueco entre dos istmos, un boquete oculto hacia una cala secreta que les permitirá dar a luz a su ballenato y cuidarlo hasta que pueda defenderse solo. Así han persistido sobre el planeta a pesar de la persecución desatada con que los hombres les dan caza. Eso demuestra que son más antiguas, más resistentes y más sabias que los humanos. Y a pesar de todo,

ríen las ballenas.
Qué se van a reír, abuela.
Y cantan, para que vayas aprendiendo lo que ignoras. Tu abuelo Godofredo siempre oteaba el horizonte esperando a la Mocha, y nos poníamos contentos cuando gritaba cerro abajo
¡No se agiten, no huyan a los cerros, las ballenas vienen cantando, no hay peligro!
Cantando venían.
Las ballenas.
Pero los balleneros no las entienden y menos les importan. Las destruyen de puro miedo, los asustan porque dan a luz, amamantan y protegen al desvalido que salió de su vientre, igualito que las mujeres que van abandonando de puerto en puerto. Se sienten culpables pero lo ignoran, no son aficionados a pensar las cosas que les incomodan. Llevan más de mil años cazando y despiezando ballenas en todos los mares, cortándolas en pedazos que hierven para sacarles su grasa, su aceite y el espermatoceti de los cachalotes, que llevan en la frente, el aceite más grueso del mundo, dicen que vale oro.
Lo que me sé bien sabido es que nosotras, las mujeres, debemos dar gracias al Altísimo por no tener grasa empella en el cuerpo ni aceite del caro en la frente ni costillas tan altas como un hombre —que sirven para resguardar las siembras—, ni menos tanta carne como las ballenas, que abundan en ella y esa es la que se comen los japoneses entre otros. Demos gracias, niña, porque a la de no nos habrían despedazado, nos habrían hervido y encajado en toneles y vendido en todos los puertos donde atracan. Los hombres son codiciosos, aman el oro y se creen dueños del mundo y todo lo que contiene. Ni hablar de las mujeres, salidas de la costilla de Adán, como dice la Biblia. De la costilla… ¡qué se han creído!
Cazar ballenas tiene su riesgo, abuela, dijo Rufino, ya lo sé, niño, ya lo sé, los arrastra al fondo como el tifón del Mar Amarillo, contaba Laurencio, que se hizo marinero y anduvo por los siete mares, dijo que eran siete… Si me lo dijo a mí, que era su madre, no iba a mentir; pero tú no eras su madre, era la Emelina; ¡se te olvida que yo lo crié como una madre!; verdad abuela que no conoció más madre que usted, y en eso se metía Godofredo, y si la Mocha te vuelca el bote y te arrastra, tragarás agua salada y perderás el sentido, no sabrás si estás arriba o abajo, muerto o vivo y más que seguro te ahogarás.
La Mocha es peligrosa. Ataca de cabeza, que es su espolón, si presiente peligro. Nunca intentes acercarte y menos arponearla; ni un movimiento intentes cuando te clave el ojo, le explicaba a los nietos que andaban ansiosos por salir a la mar, por irse a la isla Quiriquina a estudiar de grumetes, por correr las aventuras del mar y las ballenas y ser grandes, con la voz ronca pero armoniosa de Godofredo, con esa

calma engañadora, nadie creía en la caleta que ese pescador buena gente, amable y calmado, había sido alguna vez un formidable cazador de ballenas. Tampoco adivinaron nunca que se sentía en pecado, que estaba arrepentido, nunca entendí muy bien la razón, pero de pronto un día se cansó de la molienda en que convertían la carne de las ballenas, eso fue lo que nos ocurrió en Quintay y hacía varios años que habíamos dejado la isla.

Me voy, dictaminó un día de regreso de un largo y penoso viaje por la Antártida, nos vamos. Hay una caleta más al norte y me venden un bote. Dicen que es la más bonita del litoral. Voy a ser pescador. No se puede matar a las ballenas, son nuestros antepasados más soberbios. Comprendí que había agarrado miedo, pero me equivoqué una vez más. Era respeto el que sentía. Y aturdimiento frente a la crueldad de la matanza.

Y tenía razón. Desde que un arponero mató a su ballenato y lo despedazó frente a ese ojo que no olvida, la Mocha es asesina. No perdona a nada ni nadie que le recuerde el día irreparable. En su ojo se queda, estática y eterna, la figura del asesino. Es como la máquina de fotografías de don Atanasio, el de la plaza, que ha sacado tantas fotos y nunca ha podido explicarme cómo funciona ese aparato.

Son cosas de la ciencia, Malvina, no se afane, me dice, ¿qué más da?, lo mismo que el teléfono, tanto joder por mi máquina pero lo más bien que habla por el celular que le regaló su nieto el periodista, y más encima tiene un televisor y tan tranquila.

Pero el asunto no es tan sencillo, Atanasio. Al televisor también se le fija la imagen, más encima la hace volar por el aire, la traslada de ciudad y hasta de países.

Es un asunto científico, doña Malvina.

Será, Atanasio, usted nació porfiado, terco como una mula desde chico, pero en cuestión de ballenas no sabe nada. Una ballena no es un pez, menos va a ser una máquina. Es medio humana, la ballena. De pronto, Malvina se erguía en su silla de asiento de totora, miraba a su nieta, es parecida a nosotras, niña. Da a luz, amamanta, cría a su cría y no hay que matarla como se hacía, a arponazos que teñían el mar con su sangre mientras pegaba coletazos de muerte nadando como una poseída fondo abajo buscando la salvación. Dan batalla, porque tendrán del pez el cuerpo y las aletas, hasta la cola, pero si les nace el ballenato como a cualquier mujer son medio humanas, eso de cetáceo, tanto que me costó aprenderme la palabra, igual no me la creo por muy científica que sea. Cetáceo. Dónde se ha visto…

Es que es un mamífero, abuela, un mamífero acuático prehistórico, cetáceo las llaman.

Así será, niña, pero yo soy imparcial de la leyenda, a veces entiendo, a veces no. Esas palabras tuyas no las puedo responder.

Son de liceo y las desconozco. No voy a dilatarme en argumentos, nunca fui a la escuela, no soy letrada, niña. A nosotros todo nos entró por el habla. Mi abuela me lo contó y a ella su abuela. Y me tocó a mí contarte la historia de nuestras vidas para que nunca olvides de quienes vienes y así no te equivoques de hombre cuando se te tiren al dulce.

En ese momento, oliendo el peligro, Bella Aurora cambiaba de tema.

¿Y cómo murió el abuelo Godofredo, Malvina?

Se lo llevó una ballena a las profundidades. Por eso no tiene tumba.

Cinco exploraciones en el tiempo

I

La muerte de Juan Fernández

En el valle de La Ligua, donde vivió sus últimos años, Juan Fernández habría de recordar el albatros al que mató de un pistoletazo en medio de un temporal desaforado de vientos alisios que estrelló su barco contra la escollera haciéndolo añicos. Siempre culparía al pájaro agorero del desastre en la bahía de san Juan Bautista, donde solo él quedó tumbado en la arena, único sobreviviente del naufragio en que murieron todos los miembros de su tripulación. La negra Dominga lo encontró medio muerto, desnudo e inconsciente, y se lo llevó a la rastra hasta su casucha en medio del bosque, donde lo obligó a recuperar la vida gracias a las extrañas medicinas que le aplicaba en forma de ungüentos y cataplasmas, entre cantos y saltos, asperjándolo cada vez que él abría los ojos en medio de una fiebre arrebatadora que lo mandaba de las tercianas delirantes a la inconciencia.

La negra no le aflojó a la muerte. Durmió junto a él cuarenta noches seguidas, entibiándolo con su cuerpo, echándole el aliento, rociándolo con un líquido fétido, sobándolo con sus manos largas por todo los rincones de su cuerpo áspero y duro, lavándolo con agua de la vertiente y besándolo con dulzura y detenimiento, hasta que un día nebuloso, el que nunca pudo precisar si existió realmente, se enteró, aún envuelto en las penurias de náufrago desamparado, que le había devuelto la vida y aún la virilidad perdida. Esto sucedió el mismo día en que por primera vez volvió a sentir el latido de su corazón fuerte y acompasado y logró tomarse un plato de caldo de gallinato hirviente donde flotaban algunas patatas dulces y una hierba con olor a anís que le sirvió la mujer de ébano, que iba y venía por la habitación en un silencio de pecera.

Tenía espasmódicas reminiscencias del estrellón contra las rocas, de la oscilación vertiginosa que lo tumbó en el puente de mando bajo una impenetrable neblina y un diluvio de fin de mundo, del viento exterminador que revolvía el mar y la lluvia, el que los marineros y él mismo habían tomado como presagio del desastre inevitable. Al segundo crujido de las viejas maderas comprendió que se iban a pique, el barco escoraba a babor y se desmantelaba, los gritos de los marineros despaturrados de estribor a babor, llevados por el agua y el viento, lo confirmaron. En ese momento la ola gigante que emergió por la proa como un dragón del Mar Amarillo se abalanzó sobre él tragándolo sin dilación. Mientras se hundía en la oscura y estruendosa

turbulencia, alcanzó a divisar al vigía cayendo como un pájaro herido en línea vertical desde la cofa al mar. Una bocanada de agua envilecida de desperdicios lo mandó a la inconsciencia, en la que permaneció cuarenta días con sus noches hasta el día afortunado en que comenzó su segunda vida, como diría siempre que recordara su primer y único naufragio.

Juan Fernández puso los pies sobre la tierra apisonada del rancho y caminó hacia la luz del sol. Descorrió la cortina de lianas que lo separaba de la intemperie y vio a la negra caminando con una botija de agua milagrosamente equilibrada sobre la cabeza, cimbreando el cuerpo sin aspavientos, serena como la mar cuando está en calma. Avanzaba a trancos largos, envuelta en un paño color bermejo con esos ojos de aparecida que vislumbrara en sus delirios, el pelo ensortijado que se escapaba a todo arbitrio, y su memoria exhumó el recuerdo subrepticio de ese cuerpo caliente junto al suyo, las manos recorriéndolo de arriba abajo, y como era hombre de pudor y decencia, la vergüenza lo dejó sudando y una ola caldeada y fría a la vez le recorrió el espinazo, y sintió aquello, el erizamiento de su cabello, de su abundante pelo en pecho, de sus piernas y sobacos, esto es lo que mi abuela llamaba la muerte chiquita, pensó cuando se le puso la carne de gallina y, tambaleante aún sobre sus piernas temblorosas, inseguras, de pie delante de la choza de paja y estiércol, descubrió las dos cosas que ya no olvidaría: se había salvado de la muerte y se había enamorado de la Dominga.

Vivir era una cosa. Enamorarse a los sesenta años, otra muy diferente. Descubrió en esos días de su recuperación que no podía vivir sin ella. Que no quería. Cuando se despertaba, Dominga ya había salido y solía demorarse en regresar. Volvía con un canasto al brazo, donde había juntado hierbas y frutos, unas fresas blanquecinas y sabrosas, y a veces recogía las fragantes manzanas que solo se daban, le dijo alguna vez, en el valle secreto. Algunos días iba al mar, evitando las altas montañas. Regresaba cargada de langostas, de erizos, de mariscos desconocidos forrados en conchas herméticas, que ella abría con los dientes después de darles un hervor rápido en el fogón. ¿Qué haces, mujer? Te quedarás sin dientes. Pero ella no lo escuchaba o si lo escuchaba no parecía importarle, y continuaba en la tarea como si nada. Y él hundía su mano en el cabello ensortijado, le recorría la nuca, descendía hasta los pechos de durazno, tan pequeños y firmes, mientras Dominga continuaba en su faena sin hacer amago de rechazo. De pronto cogía un limón de su canasto, lo partía en dos de una mascada, echaba el jugo ácido en una concha recién abierta a dentelladas y esa carne viva, alba, palpitante, se recogía, se enroscaba, y ella embutía la ostra en su propia boca, la mascaba hasta dejarla macerada y tibia, y entonces le besaba los

labios, se los abría con su lengua de mariscala, de boca a boca le iba dando la pulpa macerada que él recibía como un pájaro, pensó la primera vez, como una mínima ave recién salida del cascarón que solo vive porque su madre lo alimenta Y entonces la besaba desesperado y ardiente como si de ese acto animal de alimentación y cuidado le vinieran la salvación y el gozo, pues su deseo de ella crecía como la raíz del árbol del pan, y en ese momento de su hambre insaciable, de su deseo antropófago de comérsela entera, de saborearla hasta que la muerte nos separe pensó alguna vez, al tumbarla sobre el piso de tierra ella dejaba caer las conchas de su falda y él la cogía por la cintura, la revolcaba, la abrazaba, la mordía y atenazaba entre sus brazos y piernas y entraba en ella con la fuerza redescubierta de la pasión hasta quedar exhausto y soñoliento.

El olor de la Dominga se le quedaría en el seso hasta el día de su muerte a los noventa y seis años, cuando agonizó tumbado en su cama de fierro bajo la mirada perpleja del hijo único que el piloto había de procrear. Resultó un labriego grave y tranquilo, salió parecido a su madre, pensó siempre Juan Fernández, no tenía interés alguno por el mar, la isla le importaba un rábano. El viejo dudaba a veces de su progenitura. Pero luego le apareció la mancha de nacimiento bajo la cabeza, a nivel de la nuca, la antigua marca de los Fernández, y se conformó con el hijo bueno y cándido, trabajador y sensato, perfectamente aburrido. La esposa que se lo dio, porque tuvo una esposa fiel y balsámica, completamente predecible, murió pocos años después en una epidemia de viruelas que se llevó a medio pueblo. ¡Lúcumos, Diego!, murmuró débilmente en un momento de lucidez dentro de su larga agonía, escucha, ¡ya lo sé! Tranquilo, padre, ya viene el cura con los santos óleos; ¡qué óleos ni que cura, hombre!, la Dominga olía a lúcumos, era fragante como la tierra, ¡a lúcumos, Diego! Y en diciéndolo emitió un largo crujido de madera vieja, de barco hundiéndose, y expulsando en una especie de silbido el aire que aún guardaban sus pulmones, expiró sobre su lecho con los ojos abiertos y sólidos, de cristal, pensó el hijo, cerrándole los ojos con piedad y con miedo, pues nunca se había enfrentado a la muerte concreta, jamás había tomado la mano de alguien vivo que un segundo después se había muerto. Obligándose a soportar la evidencia, cuidó de colocar sobre sus órbitas un doblón para que los párpados continuaran cerrados y le dieran un aire de placidez en el viaje que recién comenzaba. Luego le amarró un pañuelo bajo la barbilla, anudándolo en la mollera, no fuera a quedar con la lengua afuera, lo cubrió con la sábana que le haría de sudario, le cruzó las manos sobre el pecho siempre evitando mirar ese cuerpo que iba adquiriendo la palidez cerúlea de los muertos. En ese momento la pregunta se le clavó en su alma de incorruptible sencillez: «¡Lúcumos,

lúcumos!», ¿quién diablos sería la mujer que en medio de su delirio lo obligó recuperar la lucidez, a abrir los ojos opalescentes, solo para recordar que olía a lúcumos en la precisa hora de su muerte?

Pero no era hombre acostumbrado a las disquisiciones y encendiendo una vela que había dejado junto al lecho por precaución, rezó un Dios te salve, siguió con un Padre Nuestro y un Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, rogando a Dios por su padre, piloto antiguo del virreinato de Lima, habitante del valle de Quillota, donde el gobierno de la Capitanía General de Chile le concedió por sus méritos una tierra fértil para que en su ancianidad conociera la paz junto a su familia en los últimos años de su existencia. Luego, juntó los postigos y salió a pie suave de la habitación para esperar al cura y sus santos óleos. Fue al corralón y se puso a recoger leña como un sonámbulo, echó agua fresca en las bateas de los cerdos, forraje en las pesebreras, y en esas estaba cuando lo encaró de pronto un sentimiento de espanto ante la soledad de la muerte que parecía confirmar el destello que es la vida, y pues no había conocido a su madre, muerta cuando era un niño sin dejarle memoria alguna, lo embistió el misterio de la existencia, lo atenazaron la soledad, el miedo al sin sentido, y la tristeza abrumadora del desamparado. Entonces comenzó a gemir con unos guturales espasmos de animal herido. Ahí lo encontró el cura dos horas después, llorando a moco tendido, acurrucado sobre la piedra de amolar, gimoteando como un niño, y procedió a consolarlo en nombre de la santa madre Iglesia: hijo, has de tener valor y conformidad ahora y en la hora de la muerte, pues polvo somos y en polvo nos convertiremos. Ahora muéstrame dónde yace tu padre. Caminaron por el corredor y entraron al dormitorio donde se encontraba el cuerpo. Don Silvestre, cura sabido y algo rudo, procedió a untarlo con el aceite sagrado, a rezar por el alma de ese hombre, a perdonarle los pecados en la hora de su muerte, pues no estaba vivo, pero lo estaba hacía menos de dos horas, y un cura párroco puede remitir los pecados de los que ha poco entregaron el ánima, y así enviar al difunto no al Paraíso directamente, hijo mío, pero con seguridad al Purgatorio, le explicó a un Diego contrito. Ahí es donde el viejo recordará a la Dominga, pensó Diego, aunque guardó un prudente silencio por respeto a la memoria de su progenitor y avergonzado de esa idea tan ajena a la muerte y al dolor.

Tendrás que construir un ataúd firme, dije el padre Silvestre, le diré a Cayetano y al Emeterio que vengan a ayudarte.

No hay necesidad, señor cura, tengo un buen ataúd que construí por orden de mi padre, guardaba las tablas en la bodega para el momento propicio: me llegó la hora, no sea que mis huesos anden rodando por los potreros en las fauces de algún león insaciable. Cava un hoyo profundo de cuatro metros, rellénalo con piedras y me dejarás

junto a tu madre, después de cubrirlo primero con tierra y luego con bolones o peñascos duros, en seguida le vuelves a echar tierra de la roja, que se hace greda con la lluvia y se endurece con el tiempo. El padre, acostumbrado a mandar, no escatimó sus aires de piloto de la mar unánime, pensó el hijo, acostumbrado desde pequeño a obedecer sus órdenes sin necesidad de pensar.

Sí, padre, respondió Diego, y le agradeció en secreto no haberle ordenado lanzarlo al mar, pues siempre supuso que su padre lo obligaría a una peregrinación de locura hasta llegar al Pacífico, cruzando cerros y quebradas con su cuerpo al hombro para lanzarlo a las profundidades de algún mar azotado por corrientes revueltas que hundían al velero más velero y vientos marinos que quebraban mástiles como astillas, rajaban velas de un zarpazo, o lanzaban a los veleros destituidos contra las rompientes y arrecifes, demoliéndolos en medio de un estruendo de artillería. Pero no fue así. Diego comprendió que nunca había conocido a su padre. El cura salió en medio de rezos y bendiciones que le echó al muerto desde la puerta del cuarto a media luz. Luego subió al carro tirado por una mula vieja en que se transportaba de aquí para allá y las emprendió a bautizar al hijo de Melchor Sagredo, que ya va para los seis meses y sigue moro, se despidió. Pero regresaré mañana a las cuatro para el entierro con misa, porque tu padre merece entierro de primera. Acaso hasta el gobernador de la provincia llegue a rendirle homenaje, fue un gran piloto y un hombre correcto, de buen matrimonio, debes recordarlo siempre como al descubridor de la isla que le cedieron cuando se aventuró mar adentro, acortando el viaje desde Callao a Penco en muchísimos días. Meses, se corrigió. Y chicoteando a la mula, emprendió su camino.

Diego estuvo cepillando el féretro horas y horas con una porfía de aturdimiento. Y habría seguido en ello si no hubieran llegado, justo a las tres de la tarde, las mujeres de las casas vecinas, que en un santiamén tomaron el mando. Una se dedicó a cocinar como para un regimiento, pensó Diego, el hijo despojado del mando y aliviado por ello. Las tres hermanas Ralpe fueron las encargadas de meter al difunto al cajón, eso sí que con Diego, pues un hijo entierra a su padre, nadie más, dijo la Eduvigis, y cuando entró al cuarto con cierta resignación aunque con reticencia, ya lo tenían envuelto en el sudario, solo el rostro estaba al descubierto. Diego tuvo que admitir que habían hecho un buen trabajo. Su padre parecía dormir, con los labios y los ojos cerrados, asunto que lo llenó de contentamiento pues se honraba de haber tomado esas medidas antes de que le viniera el rigor cadavérico. Levantó el cuerpo del lecho y lo depositó con suavidad en el ataúd que había adquirido un aire de dignidad y respeto, pues lo recubrieron con un paño de holán, le pusieron una almohada y su

padre, pensó Juan al depositarlo en su último destino, parecía un dignatario del virreinato, un gran señor dueño de esclavos, de grandes tierras y un solar con piso de baldosas. Amén, murmuró, y en eso lo cogió una de las viejas del brazo y lo arrinconó, pues llegaba la hora del rosario y todas las mujeres se hincaron a rezar un rosario completo, las letanías y otras muchas oraciones que él desconocía.

Transcurridas las veinticuatro horas que exigía la ley, embutido en el ataúd de pino forrado en lienzo de Holanda, sellado debidamente con zunchos de tonel, enterraron a Juan Fernández junto a su esposa en el lugar elegido por él mismo, detrás de la casa, bajo un sauce llorón, justo donde comenzaba la plantación de lúcumos, asunto que al hijo le pareció en cierta medida un desatino. Mal que mal, su madre reposaba allí.

El cura había oficiado una misa de muertos y cuatro cirios rodeaban el cajón. El gobernador no llegó. Estaban los hermanos Fredes, los Ralpe, los Avellaneda y los Suárez, a más de algunos vecinos que Juan no conocía. El cura le hizo una señal y cuatro muchachones fornidos lo ayudaron, con lienzas gruesas, a bajar el féretro al hoyo que él mismo había cavado, cuidando de rellenarlo con piedras para que no se inundara cualquier invierno en que el río se saliera de madre, pues era bien sabido que dos años no pasaban sin una inundación que podría las siembras, ahogaba a los animales y dejaba a las familias del valle completamente arruinadas.

Quizás fue el olor de las frutas madurando en los árboles el que le produjo una sensación inevitable de complicidad. En el momento de echar el primer puñado de tierra sobre el ataúd, lanzó adentro una rama de lúcumo con un fruto a punto. Tome, padre, para que huela lo que tanto amó, masculló sin que nadie pudiera descifrar sus palabras.

Luego procedieron a rellenar la fosa, la apisonaron cuidadosamente, cubriéndola de bolones de río para protegerla de los animales que circulaban de noche por los pastizales y chacras y se retiraron a sus tierras en silencio, después de abrazar con fuerza al muchacho solitario.

Así murió Juan Fernández, el descubridor del archipiélago que lleva su nombre, donde vivieron náufragos y desterrados, asesinos y malhechores, presos políticos y forajidos y unos cuantos hombres buenos que aguantaban las idas y venidas del continente, cuando la vieja corbeta Sebastiana traía asaltantes condenados al destierro, presos políticos del gobierno de turno, gendarmes y capitanes crueles, dispuestos a matar al primero que intentara huir. Historias de guerras civiles, niña, de sangre y odios. En esos tiempos vivíamos en constante discordia y desamparo.

II

Miserias de los abandonados en la isla

Por el brujo le dieron el apodo, él descubrió la isla de Robin y de su hijo Robinson, el mulato. Ese era mi tatarabuelo. Aunque se me hace mentira, ese Robinson lo inventó un gringo y escribió un manso libro que nada que ver con nosotros. El abuelo Juan había conocido a Pedro Serrano aunque quizás lo inventó todo. Fue un náufrago muy reputado el tal Pedro, al que Carlos V hizo viajar hasta Alemaña, así le decían en ese tiempo, donde casi siempre residía. Lo mandó ir a su corte con prohibición de cortarse el pelo, el emperador no creía las cosas de oídas y como santo Tomás, practicaba el «ver para creer». Era emperador de España y eso que apenas hablaba español, decía Juan.

A Pedro Serrano se le había llenado de pelos el cuerpo en los años que estuvo en el peñón, se le gastaron las ropas y estaba como Dios lo echó al mundo, tanto sol, tantos aires revueltos, las lluvias interminables, el viento que no para nunca cuando se lanza encima, a más del frío de los inviernos hicieron que se cubriera de pelo. El de la cabeza, contaba Godofredo, le llegaba a los talones. La barba le bajaba hasta las mismas verijas y se envolvía en su propia cabellera para dormir. Cuando llegó a Europa en un buque español que bajó una chalupa con seis marineros para rescatarlo gracias al fuego que encendía cada vez que avistaba una vela en el horizonte, los que no terminaban de convencerse que era humano. Creyeron ver al Diablo cuando Serrano, al verlos acercarse, entró en el mar agitando los brazos alborotado por la próxima salvación. Se echó a nadar rumbo al bote, pero los pobres tipos, aterrorizados ante su espantosa figura, comenzaron a remar hacia atrás gritando ¡vete, Satanás!, ¡regresa, malvado, a los infiernos de donde saliste!, y en la desesperación de quedar abandonado nuevamente lo salvaron el ingenio y la fe, pues al darse cuenta que si no hacía algo muy convincente ahí mismo se quedaba, comenzó sin saber cómo a gritar lo único capaz de convencer a marineros supersticiosos y alzando la voz olvidada, yo había olvidado mi voz, contaba, pero ella no es ingrata, me salvó brotando de mí como un manantial y les grité en medio de las olas, luchando con el viento, lo único que les amainó el miedo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor…», y les habría rezado el Credo completo si los marineros no hubieran comprendido que esa voz gutural era la de un náufrago abandonado en el peñón, destino

que podría ser el propio cualquier día. Gracias al Credo a grito pelado regresaron a buscarlo. Un marinero abandonado por un capitán irascible era cosa corriente en esos tiempos, los echaban del barco en una peña, como fue el caso de este desgraciado. Muchos concibieron la idea antinatural de que lo había engendrado Serrano en una cabra montaraz, tú eres medio hombre, medio cabra, le decían, y Serrano los refutaba, ¡herejes!, ¿venís acaso de un bajel del profeta?, y ellos, eres un resucitado, ¡albricias!, y Serrano los tocaba, pero ellos le hacían el quite por su espantosa suciedad, una costra de sal y tierra reseca, unos pies de uñas curvas y esas manos grandes y duras, callosas, manos de un desesperado, explicaba, y los marineros se admiraban de su espantosa figura y le temían, no tan cerca, bribón, no tan cerca, y él: nunca pensé quedarme, junté huiros y leños viejos para la fogata que encendería en avistando una vela en el horizonte. Viví años esperando que me rescataran y soy salvado, ¡bendito sea Dios!

Así llegaron al barco y el capitán se asombró de su figura y él, que no puedo cortarme el cabello, lo necesito para cubrirme, y así no más se estuvo y todos aprendieron a quererlo porque tenía mil cosas que contar, probó ser buen cristiano aunque nunca pudo dormir bajo cubierta, me acostumbré a mirar las estrellas, decía, déjenme aquí, junto al ancla. Y allí durmió cinco semanas hasta entrar en puerto español.

Ese era el Pedro Serrano de las tortugas y la barba, del que escribió un Garcilaso Inca que se fue a vivir a España, de ése hablaba el abuelo Juan. Contaban en Sevilla que Serrano bebía solo agua de lluvia, la única que había en el islote pelado en que lo abandonaron por rebelde. La juntaba en el caparazón de unas tortugas gigantes que llegaban a la playa noche tras noche a desovar. La primera noche, encaramado en una roca, vio sombras negras saliendo del mar y creyó que era el demonio multiplicándose en monstruos indescriptibles, ya estaba dispuesto a irse al infierno cuando el ojo, acostumbrado poco a poco a la oscuridad de la noche, vio que se trataba de tortugas, los marineros comían mucha tortuga en aguas calientes. Y ahí le bajó el ardimiento por sobrevivir y bajando de la peña se dio maña para tumbarlas patas arriba, así quedan impedidas de moverse, y les fue cortando el cogote una por una. El capitán, caritativo a su manera, le había dejado un cuchillo. De la primera bebió la sangre pues estaba débil y sediento. Luego se dio a la tarea de vaciar los caparazones a cuchillazos y, juntando la sangre, la dejaba coagularse al sol y convertía la carne en tasajo, cortando lonjas finas que tendía sobre las rocas. Muchos caparazones juntó, fue la manera que ingenió para guardar el agua de las lluvias cotidianas. Había recorrido su escueta isla, que carecía de arroyuelos

de agua dulce, y a la segunda noche notó que llovía a raudales en cuanto desaparecía el sol. De ahí en adelante se preocupó de llenar los caparazones con las lluvias y así sobrevivió Pedro Serrano, pero el cuento era muy antiguo y ni la Dominga lo había escuchado, y es harto decir.

Lo que es a mí, se me hace que Serrano nunca vivió en la isla de Fernández porque en sus aguas nunca se vieron tortugas. Una que otra desorientada solía aparecer y la cogíamos de inmediato, venían entumidas, las carey son de aguas calientes. Tuvimos una muchos años por pura diversión, le hicimos un corral y se alimentaba de zapallo y algas. Un día se mandó a cambiar. Nadie se queda en la isla, ni los reptiles.

III

Los desterrados

De pronto la vi en la palidez brumosa del amanecer. Aparecía y desaparecía entre las olas arrebatadas por el viento que no da tregua en alta mar.

Padre, veo una ballena en el horizonte.

Él miró con sus ojos cansados, envuelto en la manta que le entregara doña Leonor Albarrán cuando partían al destierro a bordo de la Sebastiana todos los miembros de la hasta ayer Junta de Gobierno de Chile, arrastrando el peso de los grillos sobre el barro del puerto como forajidos.

Es el mar que inventa visiones, hija, un espejismo de este desierto de agua, me dijo con esa voz casi inaudible salida del hueserío maltrecho en que se había convertido su cuerpo la noche en que los soldados españoles, rompiendo aldabas, portones y rejas entraron a la casa arrasándolo todo hasta dar con su dormitorio para sacarlo a la rastra hacia un destino desconocido.

Pero era material, casi tangible y no una sombra.

No es el mar, padre, es grande y alta, llena de montañas picudas.

Lo que sea, dijo él, cubierto por una capa de sal reseca sobre el rostro. Mi padre se había embutido en su cuerpo viejo de noventa años, pobre y anciano patriota que partía al exilio a una isla desconocida en el Pacífico. No había dejado de tiritar desde que nos embarcamos en Valparaíso.

Es el ojo que inventa, niña, no hay nada que ver.

El que habla es mi padre. Pero ya no es mi padre. Se ha vuelto áspero y débil como un árbol seco. Está conmigo, pero a veces se va por el camino de su desmemoria envuelto en una palidez amarillenta de grasa empella, en un silencio pertinaz y humillado. No vayas, me dijeron, no se dará cuenta que vas con él. Pero no era posible abandonarlo a la incertidumbre de su destino, viejo criollo arrastrado a medianoche por los soldados que se habían pasado al ejército de Osorio en medio de la última guerra por la Independencia.

Los soldados, levantándolo en vilo con gritos destemplados, lo llevaron hasta la carreta y desapareció en la oscuridad hinchada con el galope de los percherones y el viento.

Así comenzaron nuestro destierro y padecimientos.

El 10 de noviembre de 1814, la Plaza de Armas de Santiago estaba llena de curiosos y mirones, de patriotas vencidos y godos altaneros, de mujeres llorosas y perros vagabundos. Un silencio visceral, un

mutismo del alma flotaba sobre la ciudad. Un cordón de soldados españoles, casi olvidados por nosotros en esos cuatro años de libertad, frenaba a la multitud.

En la puerta de la cárcel habían reunido unas cuarenta cabalgaduras de aspecto ruin, algunas mulas, caballos añosos, una recua de animales maltratados, como escribió algún cronista de la época. Esperaban la última fase de la gran desgracia acaecida en Rancagua, cuando la patria cayó en manos de españoles comandados por el brutal Osorio. Caía la tarde. Por la puerta de la cárcel salieron nuestros amados y maltratados patriotas. Forzados a montar los rocines y mulas mal aviados, iniciaban el exilio que nos llevaría a todos al islote de Juan Fernández, del cual poco sabíamos. No llevaban sino lo que vestían y algunos patacones que alcanzaron a reunir luego que fueron prendidos en sus casas. Recuerdo a los señores Rojas, Cienfuegos, Eyzaguirre; ya en el puerto se nos unió el joven Blanco Encalada, apenas de veintidós años, que llegaba desde Ochoa en la misma calidad. Tomó tres días el siniestro viaje. Con Joaquín viajábamos dispuestos a acompañar a nuestro padre, tan anciano. Seguíamos la fila penosa desde lejos y aún recuerdo las bondades de un español, don Pablo Casanova, quien mantuvo de su propio peculio a estos pobres presos los tres días que estuvieron encadenados en el puerto. Al menos, nos informaron que viajaríamos en la corbeta Sebastiana a la isla. La gracia de Dios y la generosidad de don José Villegas, gobernador de Valparaíso, me autorizaron a último momento para acompañar a mi padre. «No por ser mujer no es insurgente», escribió en un papel que me tiró al suelo. Y al capitán le expresó que si la tal señorita Rosario Rosales, hija de insurgente, insistía demasiado, me dejara subir a la barca. Nos acompañaron en esas bodegas fétidas, donde íbamos apretujados y asqueados, los más extraños patriotas y los más valientes. Recuerdo mi temor al conocer a don Pedro Victoriano, cuya fama de alborotador era bien ganada, pero nunca tanto como durante la guerra a muerte, cuando organizó en su comarca un grupo de guerrilleros que asolaron la región tanto o más que los famosos Pincheira. Y al cura Larraín, furibundo patriota que antes de 1810 hizo jurar a sus hermanos sobre un puñal que guerrearían contra España. En el puerto se nos unió el coronel Bueras, el mismo que sableó a cuanto godo se le puso por delante en la batalla de Maipú. Así murió, sableando a los enemigos de la patria.

Se me olvidan muchos, pero los sufrimientos sobrepasaron la resistencia y la imaginación. Nuestros peores enemigos, cuando habitábamos las cuevas que nos dieron al principio, fueron los ratones. Tuve que amarrarme las polleras, rajarlas en dos y amarrarme cada pedazo a una pierna o se me habrían subido hasta

los ojos. Eran ratas gigantes, lo son, es la plaga más horrible de la isla. De manera que el bien más preciado a que aspirábamos era un gato. Pronto descubrimos a los montaraces, unos gatos salvajes que echaron los españoles un siglo antes. Se habían desnaturalizado en la desolación de la isla y eran tan bestiales que mataban a los perros, otro de nuestros males. Los perros de Juan Fernández, descubrimos, no sabían ladrar. No sé cómo explicarlo, algunos dicen que perdieron el instinto, otros, que eran de una raza especial. La cosa es que los perros avanzaban quedos en la noche para robarnos nuestros alimentos y no era fácil deshacerse de ellos, pues mordían feroces al que se les atreviera. Los gatos se aliñaron, eso sí. Al principio los domamos amarrándolos y dándoles parte de nuestra comida, que era harto escasa. Igual rompían las cuerdas y destrozaban los techos de paja de las casuchas que algunos construyeron. Pero los cuidábamos y se aguacharon, convirtiéndose en nuestros decididos defensores. Se armaban trifulcas espantosas de perros, gatos y ratones. Eran peleadores eficaces, pero uno contra la jauría era nada y terminamos por tener a lo menos diez a quince gatos cada uno, solo así estábamos defendidos de los malhadados ratones y los extraños perros mudos. Fue mucha la amargura que nos cogió. Este penal medio derruido estaba convertido en un muladar. Los españoles habían dejado de enviar presos comunes debido al problema de avituallar la isla. Mantuvieron el penal en el olvido y la miseria, eso convirtió a los soldados acantonados en verdaderos bandidos dispuestos a pelearse con los presos un mendrugo de pan, un gato, hasta ratón nos vimos forzados a comer. No dejaron de pasarnos humillaciones humanas tanto como de la naturaleza. Aluviones y lluvias torrenciales, unos inviernos desolados en que el viento rugía entre los valles y echaba a volar los techos, desprendía árboles del mismo suelo y el mar bramaba y se salía en medio de olas turbulentas causando el destrozo permanente de nuestras pocas pertenencias.

Algunos patriotas de gran nobleza espiritual y corrección moral dejaron por escrito aquellas cosas que les fueron regalando en su trayecto al puerto. Don Luis de la Cruz especificó quiénes y qué le dieron en su viaje desde Chillán al Callao: «Don Julián Pinel, 25 pesos y doce bollitos de chocolate, Don Antonio Adriasola, 25 pesos y dos camisas, don Luis Urrejola, una servilletita, doce bollitos de chocolate y dos frascos de vino, doña Manuela Insasi, dos camisas nuevas, doña Rosarito Lantaño me prestó colchón, sábanas, frazadas y colcha, todo lo tomó don Pedro Victoriano, mi compañero, menos la colcha».

Estos prisioneros venidos de Concepción fueron primero a las Casamatas de El Callao porque los embarcaron en la isla Santa María. Allí, continúa su listado: «don Tadeo Viana, chileno, me regaló

un pañuelito de quimón para el cuello, una escobilla para los zapatos y me hizo lavar la ropa tres semanas, cuando pasamos a la Inquisición de Lima el 15 de mayo de 1814, y don Santiago Muñoz me mandó un pavo, dos pañuelos buenos de narices, una señora viuda de un chileno nos dio un real y medio de cigarrillos y un coquimbano me mandó una botella de ginebra, una fuente de aceitunas y unos bizcochos para que nos repartiéramos con Victoriano».

Estas listas son más largas, pero sirva esta de muestra de lo alzado que estaba el continente contra la injusticia de nuestra situación y el ansia de libertad que nuestra independencia había despertado en toda América.

Durante los veintisiete meses que estuvimos presos no conocimos más medicamentos que los que llevábamos, y aunque pocos murieron, los nuestros más cercanos regresaron a Valparaíso con nosotros. Hubo tres gobernadores, dos muy crueles y el último, don Ángel del Cid, capitán de granaderos de Talavera, a quien mandó Marcó del Pont a relevar a José Piquero, fue el más humano y sensato. Decía Juan Egaña que demostró una ruda generosidad. Era ruda, en verdad. Pero era generoso a su manera.

El 24 de marzo de 1817 vimos que había entrado en la bahía de San Juan Bautista un buque del que bajó un solo pasajero. Esto era raro, pues además de no dirigirle la palabra a nadie, se encerró en la oficina del gobernador con él y entonces sospechamos que quizás nos llevarían al virreinato y a la inquisición y solo atinamos a esperar en medio del ansia más angustiosa. Pero el naipe se había dado una vuelta, Chile era otra vez Chile, y quien descendió del barco era el coronel Cacho, prisionero de Chacabuco, que venía a parlamentar con ese último gobernador español informándole de la nueva situación. El coronel aceptó de inmediato dejarnos en libertad y lanzamos tantos gritos de felicidad y saltamos de tal manera, que aún dos días después yo seguía afónica y medio torcida de tanto abrir y cerrar los brazos en uno y otro abrazo, y correr como una loca.

Así volvimos a la patria 152 desterrados y veinte prisioneros comunes. Nadie se quiso quedar. O a nadie quisieron dejar. Y otra vez el peñón quedó solitario en medio del Pacífico, morada de lobos y hermosas aves y el más triste lugar donde jamás pensé vivir y sobrevivir.

IV

Vicente Benavides, montonero

El Representante de la Cuarte Parte del Universo, como se hizo llamar Benavides en sus últimos años, tenía un tajo en el cuello desde la yugular hasta el omóplato, recuerdo del sablazo con que lo mandaron directo al infierno de los traidores el día de las glorias de la patria, metiéndole harta metralla como merece un perro, dijo el general San Martín, que husmeaba el aire del amanecer envuelto en los pliegues de su manta de vicuña y en sus visiones de opio. Lo contempló a través del catalejo que sostenían sus manos inseguras, mientras el hasta entonces soldado del Ejército Libertador, huía con su hermano Timoteo en el llano de Maipo a las once de esa mañana gloriosa y tuvo un gesto de desprecio cuando lo alcanzaron en la quebrada del infiernillo, en medio de la carga de caballería de Freire, cuando el traidor ya había tirado el fusil y la casaca, calculando que las fuerzas del R.E.Y., como escribía, ganaban la batalla.

A Timoteo Benavides se le fue el alma con prisa pero Vicente es perro de muchas pulgas, comentó el teniente Castellón, recién ascendido a capitán. El tal Benavides sirve a muchos, los de aquí y los de allá, ¿me comprende?, pero siempre consigue estar al servicio de los que tienen los patacones o las balas, y como nunca se sabe cuándo un pillo da en el clavo, en recuperándose consiguió entrevistarse con el general San Martín, ya sano y con la cabeza vuelta del revés, lo que le daba unas furias feroces. Benavides le explicó que a causa de su itinerario inconcluso, y no me pregunte qué quiso decir con eso, salvó de la muerte con dos balazos en el cuerpo, «mi madre, la Virgen de Las Mercedes, me protegió en ese trance», y que en cuanto los soldados se fueron, dándolo por cadáver, se hizo unos emplastos de hojas de palqui, se taponó las heridas con los jirones de su camisa y vagó los cadáveres y los heridos gimientes que cubrían el llano, yendo a moribundear en un rancho que asaltó con su cara de renacuajo empapado en sangre y orines, amedrentando con ese aspecto de animal herido al par de mujeres que se escondían de la batalla junto a dos mocosos cetrinos y huesudos. Así logró un camastro donde gemir y sudar sus calenturas hasta juntar las fuerzas para tomar el camino de Santiago, donde vivía Teresa Ferrer, su mujer, a la que amaba.

Esta Teresa no le tenía ni miedo, explicó muchos años después, cuando la guerra a muerte se había olvidado y los chilenos andaban de fiestas por Chañarcillo, lo más le tenía lástima, decía, no fue malo

conmigo, murmuraba, y en llegando hecho unas tripas a medio desangrar ella fue a buscar socorro al convento franciscano. El malhadado venía con esa herida del cuello que le había torcido la cabeza sin decoro ni acierto, como si un demonio lo tirara del pelo hacia el infierno le dijo al padre boticario, sabio en hierbas y emplastos, pero la torcedura vil le provocó la idea de representar oficialmente al universo, que fue lo único que contempló durante cuarenta días cabales, como si la cuenta fuera la de Noé; este hombre no tiene límite, padre Valencia, le he dicho a los vecinos que me lo fusilaron después de la batalla de Maipo, ¿pero qué van a pensar de los botijones de chicha que me obliga a traerle si yo no he tomado nunca?

Entre el amor de Teresa, que lo compadecía por su naturaleza despiadada, y los empeños del fraile fue sanando Benavides, escondido en una bodega ciega, bebiendo como el desalmado que era y mirando el cielo por un agujero que escarbó en el adobe con su índice de horqueta, tirado en un jergón entre las papas. Esperaba la oscuridad con la desazón patética que provoca en los desalmados la luz del sol, ansioso de que llegara la noche, ¡capaz que nunca vuelva, madre mía de las Mercedes! Sentía el amparo del firmamento como la intervención de Dios, convencido que le oscurecía la vida para que nadie contemplara el ojo huero y con esto andaba en aires de contentamiento, convencido de la protección divina hasta aquel día en que una estrella se le fue encima como un cernícalo incautándole el ojo, dejándolo amagado por una nube parda y aviesa que le entorpeció la vista para siempre.

Desde el malhadado día que de ahí en adelante llamó su martes de los despojos le dio por ver la muerte parada entre los sacos o más allá, mujer, entre las cuelgas de cebollas, entre la luz y las trenzas de ajo, ¡putas que eres desprevenida, Teresa!, sácala de aquí, mujer, y ella corría apaleando sombras, tranquilo, Vicente, tranquilo.

La chicha te viró la cabeza, se le ocurrió decirle un día de esos en que la lengua se manda sola, ¡qué le vas encontrando a mi cabeza!, gritó Vicente Benavides, guerrillero, echándose a llorar en su miseria porque además de verla doble casi no la veía. Durante semanas el fraile le ponía unos emplastos fétidos, no es la muerte la que me asusta, no es la muerte, murmuraba, espantándola con chicha baya, putas que la conozco y no le tengo miedo, ¡no te tengo ni un miedo!, yo nací en la cárcel de Quirihue, mi taita era el alcaide y no conservó el puesto con blanduras, colgó a unos treinta al menos y almorzaba su ajiaco picante mirando los cadáveres al viento como banderas Y si me viera ahora, sollozaba; era todo un alcaide su merced, cientos serían los que vi colgando hasta caerse de podridos, ¡no hay que tener compasión!, gritaba mi taita comiéndose su ajiaco a dos carrillos.

¡No hay que tener compasión!, grita Vicente Benavides en su camastro de paja y aunque temía a la muerte, más se avergonzaba de su cuello. Se le iban los días rogando que la cabeza volviera a su posición original, Dios no nos manda nacer para quedar así entrabados, gemía; ¿no ves como el pellejo se me encoge y me la tira para atrás?, pero siguió contando astros de todos los tamaños, porque otro no se me tira encima, no permitas que el cernícalo del demonio me coma el ojo bueno, madre mía de Mercedes, y aunque este favor le fue concedido, no hubo ruego capaz de detener la extraña elipse de la cabeza sobre el cuello, que no cesó en su rotación hasta encallar contra el hombro, donde se instaló, apernada y dura.

Hay más estrellas que árboles le dijo un día a su mujer; eso quiere decir que el Universo necesita un representante legal, concluyó, porque los términos republicanos se le habían metido en la cabeza contra su voluntad durante la batahola de la Independencia, en las batallas de Membrillar y Maipo, donde hizo de recluta aficionado a patriota pero mucho más a fugitivo, en lo que tenía enorme práctica desde que arrancó a perderse a orillas del río Longaví, aprovechando la explosión de una carreta con municiones que él mismo provocó. A pesar de esto, o quizás por lo mismo, le cayó en gracia a San Martín ese desertor de su ejército de los Andes condenado a muerte convertido en un siniestro y mal agestado aventurero con el cuello torcido. El truhán, en una hora de charla disparatada, se convirtió en mensajero oficial de la patria, recibiendo del mismo libertador la misión de convencer al español Sánchez sobre las conveniencias de dejar la lucha y replegarse a Valdivia, ¿entiendes, Benavides, ojitos p'al cielo?, preguntó el general San Martín, y Vicente, ahí mismo, se la juró. Porque una cosa era la patria y otra, muy diferente, el estropicio de su cabeza.

¡Carajo estos hidalgos de ultramar, cómo nos joden!, escribió un general chileno. Sánchez es un estratega, godo de la gran puta, anda azuzando a los indios al sur del río Maule, abasteciéndolos con el oro y las armas que le envía Pezuela, el virrey del Perú, el tontito de Sánchez le lleva el amén y hasta la bacinica, tiene que caerle bien, está recién estrenado de yerno y no ha de ser mal negocio casarse con la hija de un virrey.

Yo puedo convencer a los soldados de línea del rey de pasarse a la patria, le aseguró Vicente Benavides a San Martín. El que nació criollo tiene la patria aquí, y se tocaba el corazón, con lo que al fin partió rumbo al Arauco no domado Vicente Benavides vestido de arriero, el mismo traje que llevaba San Martín en los llanos de Maipo el 5 de abril de 1817, cuando estudiaba las posiciones del ejército enemigo preparando la derrota española en América con láudano y catalejo, a más de cinco mil soldados. Después de la derrota de Maipo,

Benavides partió con dinero y salvoconducto para servir de espía de Balcarce hasta encontrar la manera de pasarse a las filas del enemigo y convencer al coronel español Francisco Sánchez que se replegara a Valdivia, cientos de kilómetros al sur. ¡Lléveselo al infierno o a Chiloé, mándelo a la mierda pero sáquelo de la frontera!, dijo que le dijo el general San Martín.

Y así fue como Vicente Benavides y Llanos, alias el macheteado, investido de poderes por José de San Martín, se unió a Balcarce, el veterano y derruido general argentino que el mismo San Martín impuso a las tropas de la patria, al que ahora Benavides se da maña en convencer de empatar el tiempo hasta que el godo Sánchez conteste a sus ofertas.

En los tiempos de la Guerra a Muerte, que así se llamó la lucha contra el bandolerismo, el rey y los indios alzados; en Concepción, los padres de familia se ahorcaban para no ver morir a los suyos de hambre, las madres asfixiaban a sus recién nacidos, a las niñas con diligente caridad, no fuera que los montoneros las llevaran a sus cuevas de las montañas y las convirtieran en sus compañeras de iniquidad en llegando a una temprana pubertad; no fueran a terminar sus vidas como cautivas de caciques, las que nunca querían regresar si el ejército patriota las encontraba en rucas o caseríos indígenas con sus hijos mestizos, imposibilitadas de volver a sus hogares por el deshonor de sus maridos españoles, así como por el amor a esos hijos de sus entrañas que los araucanos jamás entregaron en el intercambio de los cautivos.

Los montoneros al servicio del rey preparaban el gran asalto a la ciudad de Concepción. Los realistas iban a recobrar la ciudad predilecta del rey de España en Chile, perdida en 1814, cuando tuvieron que abandonarla arrastrando consigo hasta a la docena de monjas trinitarias, «por su modestia, madre superiora», sacándolas de su clausura virginal y mística, de sus maitines y sus jardines, de sus rencillas simples de novias de Dios, encerradas con sus rosarios y sus detentes, sus alfajores y sus ayunos, sus cilicios y gentilicios, que las iban a llevar directamente al cielo nonagenarias y velludas o desecadas y pergaminas, florecillas conservadas en el herbario silencioso de los conventos. Pero ya no pueden permanecer entre sus muros, aquí ya no hay asilo: los patriotas corrían a caballo y en pelo por la patria, amparados por el demonio venían a comerse a los niños, a robar la virginidad de las vírgenes, arrasarían la empobrecida ciudad de adobe y campaniles tendida y exhausta a los pies del cerro Caracol. Y por eso, madre superiora, deben salir rumbo a Valdivia a tomar el buque que las llevará a los conventos de Lima, las urgían los coroneles y el intendente, el gobernador y hasta los mochos.

En Concepción, el intendente Ramón Freire —sobreviviente de una

ola de doce metros en el Estrecho de Magallanes, que lo arrancó de cubierta sumiéndolo en las aguas más heladas del mundo para devolverlo cinco minutos después hasta con las botas puestas al puente de mando— parece que de esta no se salva ni librará a su ciudad y a sus habitantes.

Sus soldados, desnudos y piojosos, se cubren con pedazos de alfombras, se enrollan sacos en los pies para suplir las botas destrozadas por caminos sin huellas, por el limo y las piedras, se comen sus caballos, regresan de noche con las monturas al hombro, rechazando apenas al enemigo, que a veces es español y a veces es indio y a veces son hordas que el montonero Benavides forma con cuatreros, desertores, indios y hasta el demonio.

Ramón Freire pierde con lentitud sureña la esperanza. El ejército recibe la orden de regresar a Santiago y las emprende arrasando con aves de corral y cerdos, una que otra vaca que aún está en pie, despojando a los hombres de sus mujeres, a los que deja además sin zapatos ni ponchos, ni semillas ni papas de guarda. Todo se lo llevan. Furioso le escribe a su compadre O'Higgins: «el general Balcarce no me ha dejado dinero, víveres ni caballos, todo se lo ha llevado. La guerra está en su vigor. Los batallones no tienen medio, ni el más pequeño socorro. Mándeme dinero y lanzas; si no estamos mal», escribe a su apreciado amigo Bernardo el 3 de marzo de 1819, sospechando que en la Expedición Libertadora del Perú se esfumarán los escasos dineros del erario. El ministro Rodríguez Aldea prohibió vender los trigos. Freire autorizó a un magnate pencón para exportar el suyo, que se agusanaba en los silos de Talcahuano, después de escucharlo defender los negocios que a ambos convenían: «no siempre se pierde en la guerra, señor intendente, yo le doy a usted trece mil pesos para el pago de sus tropas y nadie pierde». Ramón Freire aceptó el negocio. Y es que Benavides tienta a sus soldados: sueldo en oro y salteo a destajo, jícaras de mudai, el aguardiente pehuenche, que sus aliados le mandan día a día para barrer la hojarasca de su garganta hinchada con el polvo de Tirúa que se le mete por la nariz y le taladra el seso como un gusano; siempre el polvo por los caminos de la patria que es tantas patrias, la misma tierra se pelean los indios y los españoles, los patriotas, los bandidos y los montoneros, los federalistas y los aristócratas, los pencones y los coquimbanos, siempre peleando entre ellos o contra ellos en nombre de ese sueño que llaman la república.

Pero las cosas no siempre son como parecen ser. El Director Supremo O'Higgins ha establecido en decreto privado que el sistema de gobierno, por el momento, será una dictadura. No son tiempos de discusiones. Es necesario enviar a la Expedición Libertadora, al mando de San Martín, a liquidar el virreinato del Perú. Es necesario

que América se afirme y confirme. El sur puede esperar. Es en el norte donde están el oro y el virrey, es al Perú a donde llegará la escuadra enviada por España desde Cádiz, catorce mil soldados españoles a reconquistar las colonias. Allá hay que dar el golpe. Y O'Higgins sabe lo que hace: decide liberar el continente en hermandad secreta y pacto masónico de la logia lautarina. Harán libre a América. Que Freire se las arregle en Concepción y proteja la línea del Bío Bío con su ingenio y su mal genio, razona o desbarra don Bernardo.

Ramón espera la respuesta de su afectísimo amigo que besa su mano sin un real con qué pagar a sus soldados, sin bayonetas, sin caballos, sin víveres. Hasta el sebo se convierte en un lujo al extremo que el Santísimo se encendía con aceite de lobo de mar y era tan fétido, que el de ballena parecía incienso con regaliz a los feligreses, lo que menguó en muchísimos piadosos la regular asistencia a los servicios religiosos.

Un poco más al norte del río de las discordias, el límite que los naturales convirtieron en infranqueable, el Bío-Bío enorme y espumoso, Benavides incita a Balcarce a regresar a Santiago, y un poco más al sur del mismo río se las arregla para confabular con Sánchez, convenciéndolo de replegarse sobre Valdivia con sus novecientos soldados españoles: váyase, coronel, vaya usted mismo donde el virrey Pezuela que yo me haré firme en Santa Juana, inicio la guerrilla con indios y desertores dispersos, esperando al gran ejército del rey que vendrá pronto bajo su mando, le dice Benavides al coronel Francisco Sánchez cansado de guerrear, agobiado de gusanos y sabandijas, de sanguijuelas que les chupan la sangre al cruzar ríos y ciénagas, de perderse en bosques impenetrables y perder caballos y soldados en las arenas movedizas que se tragan hasta a cuatro animales y ocho hombres en sus temblores traicioneros. Francisco Sánchez ya no da más.

Freire grita ¡yo soy el intendente de los ratones!, tragando trigo tostado porque ni el hollejo han de perder, mientras intenta almorzar un estofado de ratones soñando con una cazuela de osobuco o de gallina gorda, «ya no hay paciencia para sufrir a los indios que por todas partes nos inquietan. Mujeres, hombres, niños, y cuanto encuentran se lo llevan, y de paso devoran granos y gallinas y cerdos como heliogábalos. Cierto que Sánchez se ha retirado, pero no habrá remedio mientras no crucemos el Bío-Bío degollando, robando y quemando, y no es descabellado, porque hay que hacer entrar a los indios en sus deberes. Hablarles por bien es insolentarlos y para que se burlen de nosotros», escribe en sus cartas de la ira, olvidado por su amigo el Director Supremo O’Higgins, mientras continúa encerrado y hambriento de comida y de guerra en la miserable y olvidada capital militar del reyno viejo, Concepción.

Pero en Santiago son otros los sueños que van soñando: San Martín sueña sus sueños de opio y de liberación americana, él y Bolívar acercándose por el continente hasta cruzarse en un abrazo de emperadores del nuevo mundo, la escuadra izando velas en Valparaíso, cuatro mil hombres a bordo,

¡Yo te saludo Simón, libertador del norte!

¡Yo te saludo José, libertador del sur!

Pero el sur es también la frontera, aunque para los estrategas de la emancipación sea apenas la carta de un general hinchado de agua, furioso de hongos y espías, al extremo de hacer ajusticiar a una vieja octogenaria, madre de un realista empedernido que alojaba a los traidores de Cucha-Cucha, la última godería, cuyo capataz de mulas, el villano Zapata de la hacienda de los Urréjola Leclerc, degüella niños como ovejas y hasta dicen que bebe su sangre aún tibia delante de sus madres arrodilladas y suplicantes.

Ramón Freire sueña con atravesar el Bío-Bío, subir la cordillera hasta encontrar las cuevas donde se esconde el enemigo entre lianas y bosques de quillay; entre alerces y robles anda el enemigo, entre matorrales los maturrangos, porque en Santa Juana, corazón de Nahuelbuta, el guerrillero de los mil setecientos rebeldes que defienden la colonia del rey de ultramar, sentado en su casa con huellas de guerra en lo alto del cerro Colo-Colo que domina la bahía, el pueblo devastado y el fuerte invencible, Vicente Benavides, vestido con pantalón y casaca rojos y una especie de gorro frigio aun más encarnado, atemoriza a los caciques disfrazado de coscoroba, aunque prefiere decirles que es el diablo. Ahíto de agua desde que su rostro mira perpetuamente al cielo, carajo, ¡los ojos se me llenan de lluvia, se me llenan de lluvia las narices!

En Santa Juana el Representante de la Cuarta Parte del Universo sueña con incendios voraces que apaguen su hidrofobia mientras la lluvia cae y la patria se jode, clama Ramón Freire, el teniente que en 1814 saltó sobre las tropas enemigas en Rancagua junto a Bernardo O'Higgins, hoy Director Supremo de la patria, quien lo ha encerrado en Concepción sin pertrechos, rodeado de montoneros aleonados y araucanos indómitos y un ejército español que envía dinero y armas a los insurgentes. Está perdido y solo, pero le hará frente a lo que venga. No te olvida el amigo que olvidaste, le escribió a O'Higgins. Pocos años después sería él también Director Supremo. Pero en esas turbulencias y luchas descabaladas por el poder, cuando nadie tenía muy claro qué era ese poder, cómo se obtenía y conservaba, y qué mierdas quería decir la representación del pueblo, Freire ya no era el glorioso general que peleó en cien batallas de la independencia, sino un gobernador abandonado a la inclemencia de una revolución exaltada por la división de sus mismas fuerzas, el odio entre

carrerinos y o’higginistas dividía al país, matándolos por hambre y encono mucho más que de pobreza. Freire intuía lo peor: volverían a ser siervos de España. La patria conquistada con sangre, agonizaba en el odio y las reyertas internas.

V

La sacada de las monjitas

El agua no había dejado de caer en tres días cuando les dieron la orden de partir. Sor Aurelia cogió el cáliz del altar mayor y sor María la Biblia dorada que iba en caja de becerro con forro de seda ultramarina y la joven y piadosa sor Encarnación de los Nidos se llevó en el almofrej los manteles bordados del convento, para que no fueran mancillados por las tropas de criollos que venían a toda marcha hacia el sur, desde Putaendo y Santa Rosa de los Andes, desde Santiago, después de la desastrosa batalla de Maipo.

A la abadesa hubo que llevarla en angarillas. Sufría de reumatismo y piedra al riñón, tenía las piernas hinchadas y fofas, como rellenas de estopa, los tobillos gruesos surcados de venas azules, y ya frisaba los setenta años bajo el largo velo de la orden de las Trinitarias que, por más de cincuenta años, llevaba como un toldo contra los males del mundo.

Había dos mulas, pero estimaron cargarlas con algo de comida, algo de ropa y todo aquello que pudiera servir a los soldados del diablo para humillar a Dios Todopoderoso. No les dejarían los ornamentos ni los paramentos ni los cuerpos sagrados ni el mantel de encaje de Brujas así es que embalaron las sagradas unciones, las hostias sin consagrar, el vino de misa, la patena dorada y la de plata, el cojín bordado por las novicias para que se hincara la señora gobernadora y la alfombra pehuenche de lana pura de cordero, que le servía a la misma y dignísima matrona para sentarse a la manera árabe, con las piernas cruzadas bajo su cuerpo si no fuera costumbre sagrada alabar a Dios de rodillas. Así el destino de las mulas esas que no hubieran sido mala montura para las monjas desventuradas, pero debían cargar el convento sobre sus lomos de manera que las monjitas pasaron a la infantería, cuando el obispo las mandó endilgar por la oscura selva buscando a Benavides, quien cerca de la bahía de Arauco se había hecho dueño y señor del territorio; hacia allá iban las monjas en desconocido y arduo peregrinaje por las selvas de Arauco, desde Concepción a la costa, huyendo de los rebeldes impíos además de borrachos, que luchaban contra España y se decían republicanos.

¡Arre, arre mulitas que persiguen a las monjitas!, gritaba el mocho Francisco empujando a las empacadas, a punto de desbarrancarse por llevar encima los candelabros torneados, mientras el agua caía en persistente caudal sobre sus cuerpos castizos, respetuosos del rey, de Dios y de la patria.

Corría el 24 de septiembre de 1818. El gobernador del obispado de Concepción persuadió a las monjas de claustro y penumbra, ayuno y vigilia, aunque no menos de mazapán y chuño de liuto, yemitas y otros excesos de la repostería de conventos, para echarse al camino y emprender las de Villadiego. Y no era para menos. Los criollos se habían descargado por Putaendo y Chacabuco convirtiéndose en los triunfadores de Maipo, y ahora las emprendían al sur con tropas desenfrenadas y licenciosas, arrastrando consigo sus apetitos voraces y sus carnes destempladas por el aire de la cordillera, que cruzaron arrastrando cañones y hasta acompañados por un cura, un tal Bertrán que se las ingeniaba de ingeniero, cebados como león de las pampas, resultado de las carnicerías en que habían participado en los últimos meses, que ya bien se sabía que su excelencia el presidente Marcó del Pont tuvo que abandonar su calesa en la quebrada de Limache y esconderse entre unas matas mientras aguardaba a sus leales tropas y a sus talaveras, los que nunca llegaron por haberse pasado en número de trescientos a las filas de los chilenos, cuando el mismísimo diablo se apoderó del cuerpo del hacendado Francisco Ramírez tomando prisionero a su excelencia, que corría perdido entre los bosques de quillayes y peumos enfundado en medias de seda y levita francesa, con pañuelo de encaje y botines de charol, sin escatimar el bicornio adornado con plumas de avestruz fueguina ni en tales momentos de peligro de muerte. Se lo llevó preso en el nombre de la patria, vaya usted a saber qué llamarán patria estos criollos insolentados, cuyos motivos y osadías resultan inimaginables. No perdió la dignidad su señoría y exigió un oficial de su mismo nivel para entregar la espada, lo que obligó a trasladarlo a Valparaíso y luego a Santiago, donde el monstruo argentino, el mayor de los vándalos, aquel por nombre San Martín, no sólo se atrevió a aceptar la espada del señor gobernador, como lo manda la ley de la guerra en todo país civilizado, sino que una vez que la tuvo entre sus manos lo trató como a un reo rematado y lo ha enviado a San Luis, la más pestilente y mortífera cárcel de estos territorios, isla de roedores, vinchucas y toda clase de insectos y miasmas insalubres, enclavada en el corazón de las pampas y no escasa en malvados.

A juicio del buen juicio de capellanes y capitanes, las buenas monjas cruzarían la Araucanía hasta llegar a la ciudad de Valdivia para tomar en el puerto de Corral un barco rumbo a Lima, donde el orgullo de España continuaba sin merma y ahí, madre abadesa, como corresponde a Su Beatitud, decía el gobernador, estará a resguardo de las tropelías de guerra. Jamás dio un leve pensamiento siquiera a las posibilidades de esas mujeres para llegar a su destino cruzando esos territorios desconocidos y húmedos, bosques apretados de quila, la misma que ensartaba en sus lanzas de siete metros a los soldados

españoles desde los tiempos de Pedro de Valdivia. Adelanta la cruz, hija, no sea que los indios nos asalten, decía la abadesa y volviéndose al Crucificado lo impetraba con firmeza de madre, más te vale que nos tengas piedad, Jesús de plata pura, concédenos llegar vivas a donde se supone que deberíamos llegar por estas selvas del mal y perdónanos, Señor, el llevarte por estos parajes.

Alta la cruz en medio de la selva.

No te dejaremos, Señor, dicen a coro y lo llevan por turnos, enristrándolo contra todo peligro como sable de hoja templada, Cristo es nuestra espada y nos defiende de los males, Padre nuestro que estás en los cielos, baja a los territorios ensangrentados y terribles y protege la virtud de tus esposas, rezaban las miedosas añejas de claustro y oraciones y las jóvenes novicias y las ancianas reverendas y las que seguían escudando su virtud de pergamino de cordobán asoleado tras el remoto vestigio de un cuerpo que ya no ofrecía tentación.

Salieron de la ciudad de Concepción orando y temiendo, acompañadas por veinte soldados que las llevaron hasta la destruida ciudad de Los Ángeles, un viejo fuerte abandonado donde restauraron sus arañazos y heridas, durmieron en suelo seco y alabaron a Dios por someterlas a prueba semejante pues la tierra se había llenado de guerra, los indios la cruzaban aullando y destripando a los cristianos, robando mujeres, y los montoneros asaltaban al prójimo donde lo encontraran, ávidos de mujeres españolas a las que intercambiaban por caciques o guardaban en sus lagunas para que les dieran hijos de ojos azules, mestizos sólidos que los indios amaban como a hijos de su sola sangre.

Vieja soy, hijas mías, pero no olvido las incursiones de los indios, el mal del odio, cuando la tierra se enrevesa y hasta los loros choroyes andan en pie de guerra, decía la abadesa, mientras seguían en procesión sin gloria bajo el toldo inmenso y oscuro de esa selva sin término.

No hay paciencia de Dios con los hombres, todos iguales: los indios en pie de guerra, los montoneros en pie de guerra, el rey en pie de guerra, y nosotras arrastrándonos entre pantanos y quebradas sin otro destino que comer raíces.

En la boca del río Lebu los soldados construyeron un galpón de barro y ramas, dejándolas sin explicación precisa aunque era posible que un correo hubiera llegado en medio de la noche con órdenes del gobernador. Después de todo, ¿qué somos comparadas con el honor del rey?, pensaba sor Eudosia mirando cómo los soldados se alejaban por el río. Ahí van como alma que lleva el diablo, sentenció, a medio sentar sobre la angarilla, con el cojín de la gobernadora por respaldo y algunos manteles de altar abullonados a su alrededor. Dios tenga

piedad de nosotras, rogó, echando una mirada torva al cielo encapotado y austral.

Sor Encarnación levantó la cruz y las monjas cayeron de rodillas sobre el légamo que se llenó de gorgoritos y extraños ruidos y de un pestilente olor que hizo decir a la joven novicia María Mercedes aquí hay olor a muerte, madre, a lo que la abadesa respondió guarda silencio y reza a Dios y a la Virgen, no es la hora del miedo sino de buscar leña y encender fuego, niña. Y la envió con un índice severo a rastrojear el bosque.

Pero María Mercedes venía de Santiago del Nuevo Extremo, había paseado en la calesa del gobernador con sus hijas y no olvidaba aquel día, mucho antes de que las circunstancias familiares la obligaran a tomar el velo, cuando un capitán de Talaveras le juró amor eterno, que no es lo mismo que el Eterno Amor, se decía en meditaciones regulares a las que la obligaba el rigor conventual: eres una niña, María Mercedes, repetía su director espiritual, ya agradecerás al buen convento la protección que te ha ofrecido contra las tentaciones del mundo. Con el tiempo, a punta de silicios y oraciones el capitán se fue esfumando de sus recuerdos hasta transformarse en un ángel de guerra impreciso y hermoso que creyó ver en el patio de la Virgen o en la celda cetrina cuando fregaba las baldosas y los nudillos se le enrojecían hasta parecer frutillas.

El aire de las mañanas heladas del bosque, el cielo y la libertad llena de miedo, pero libertad al fin se encontró pensando, la devolvió súbita e impensada a los bailes en la capital, el olor de los naranjos y la hierbabuena, las sandías olorosas y rojas del verano, los paseos en carreta a los cerros de Tobalaba, el canto de los grillos y las chicharras en La Dehesa del Rey: es la aventura, Padre, ¡qué va a ser aventura!, se desaforaba el padre en los primeros días, es el grito de las aves, el ruido del agua impía de estos ríos inauditos, es el miedo, María Mercedes, ¿qué otra cosa si no? Pero la risa, padre, me salta en el fondo del pecho, me parte el pecho como un cuchillo, me despierta, soy pecadora, padre.

Y el sol se desplomaba entre los árboles como una hostia, como una margarita de Dios en el océano verde de sus perdiciones y delirios, y a veces se le aparecía el ángel ilusorio envalentonándola, tentándola; y entonces la novicia lloraba.

Los primeros en huir fueron el capellán y los mochos. Uno partió detrás de los soldados en la mejor de las mulas, y herrada más encima. Otro las emprendió días más tarde en busca de caciques amigos, pues la carne seca comenzaba a escasear, la hierba y el azúcar apenas durarían cuatro días y ¿qué harían ahí sino morirse de hambre en medio del frío austral y la soledad impune de sus vidas? Ese tampoco regresó. Luego fray Melchor se las dio de predicador y

salió de amanecida rumbo a la cordillera en busca de indios afables a quienes predicar el evangelio, explicó. El mocho Francisco se quedó con ellas cortando leña y haciendo fuego y cantando viejas canciones andaluzas en los atardeceres. Las monjas se acostumbraron a andar descalzas y friolentas, entumecidas y temblorosas desde que aparecieron los indios ululando y haciendo extrañas morisquetas, aunque contemplándolas desde arriba de sus gruesos caballos de cuello forzado en venas gordas, montados en pelo caracoleando en sus monturas, serán indios pero cabalgan como castellanos, dijo sor Eudosia, viéndolos al otro lado del río y preguntándose cuándo cruzarían. No pasó una semana y decidieron cruzar el vado, acercarse a mirarlas de cerca y luego procedieron a tocarlas, recibiendo especial atención la madre abadesa, a quien le pellizcaron las piernas dejándole obispales cardenales, en gran algazara y aún más impropiedad. Dejadlos, dejadlos, hijas, no son en verdad crueles, sólo curiosos, decía la abadesa, porque no quedaba otra actitud que aceptar sus barbaridades, de manera que las monjas gordas y las monjas flacas y las arrugadas en pliegues denodados como surcos, recibieron el trato de esa curiosidad indígena, aunque la preferida resultó sor Encarnación, misterio inexplicable para los lampiños araucanos a causa de su bigote frondoso de Talavera. El peor miedo entró con el rumor de que habían fabricado canutos con las canillas de fray Melchor, lo que convirtió al huidizo en héroe del tamaño del padre Valdivia, santo varón cuyas tibias hicieron buenas flautas dos siglos antes, se comentaba en los secreteos de la cocina y el refectorio.
En fin, decía la abadesa, con el hábito a media pierna deshilachado por las zarzas, parece que Dios ha mandado a sor Encarnación la mejor defensa de su virtud y nuestros estómagos. Pues aunque un guerrero con aires de jefe se llevó la Biblia bajo la manta cualquier día, los pehuenches dejaban papas y maíz, verduras frescas y frutas desconocidas, que comían frente a ellas para demostrarles sus virtudes alimenticias. Con lo que las monjas trinitarias de la ciudad de Concepción, olvidadas y vagabundas, menesterosas peregrinas de los bosques más australes de la tierra, vivían raídas y trasminadas aunque cada día más sanas y conformes. Esto puede ser tentación del diablo, no es de cristianas conformarse entre bárbaros, pensaba la abadesa entre contriciones y contradicciones; pero una perdiz asada, un cordero debidamente degollado, las frutas y las papas son consuelo de Dios, reflexionaba; y ya no hay hambre.
Es mucho frío para tanto rezo, sentenció un día, está visto que nos vamos a quedar más de lo que quisiéramos, el hombre propone y Dios dispone, madres. Y ordenó a sus monjas desgreñadas que se fueran a bañar al río: parecemos palurdas y no esposas de Cristo, a deshacerse de esos velos que más parecen harapos, nos lavaremos

el cabello con corteza de quillay, como las indias, y dio ejemplo de audacia al sumergirse sin trepidar en un pequeño vado recoleto, ayudada por las novicias que reían ante el fragoroso espectáculo de la abadesa flotante, ceremonia que no trepidó en definir como un bautismo necesario que ofreció como espectáculo para que olvidaran su desventura, y las urgía para que recuperaran su olor de españolas; sin el jagüey del convento estas pobres comienzan a heder, Dios me perdone, pensaba la abadesa. Lo cual no estaba exento de verdad, pues dejó de picarles la cabeza y sus cuerpos adquirieron un brillo y una elasticidad desconocidos.

A la madre abadesa, con tanto ayuno forzado y caminatas al río, le comenzaron a enflaquecer las piernas, le adelgazó el cuerpo privado de azúcares y manjares hispánicos, se le fueron olvidando los confites y las mistelas, y hay testimonio de que se acostumbró a fumar unos cigarros largos que le traía el cacique Trilatuen en sus visitas. Y aunque el obispo no ha confirmado el rumor de un diario escrito por las madres, que le sirvió a la Iglesia para dictaminar si estaban aptas para recogerse al convento y continuar con sus vidas de reglamento, una vez efectuada la sacada de las monjitas, se dice que hay allí confidencias y secretos que no ha estimado prudente dar a conocer, porque una cosa es rescatarlas como las rescataron, pero otro asunto es la novicia perdida, la del ojo zarco, que atrajo las miradas sorprendidas de los mozos pehuenches, a la que se le metió como una espina en el corazón el olor de esos cuerpos tan distintos del suyo.

Cuando la guerra amainó y se pudo entablar conversaciones con los caciques, ahora menos violentos, decidió el gobernador organizar el rescate de las monjas. Cuatro años llevan esas pobres viviendo entre salvajes, dijo en el consistorio regular, y entabló conversaciones y ofreció rescate, sólo para ser informado de que el cacique Trilatuen no canjeaba a las monjas. En todo caso, los cuarenta soldados que salieron a buscarlas una noche, y que lograron huir con ellas al anca, cuentan que no se veían desalentadas, que usaban mantas indias para protegerse del frío, y que algunas llevaban el pelo amarrado con lana tejida por los pehuenches. También, que sor Eudosia se llevó bajo la manta un lío de cigarros que le entregó en medio de la oscuridad del bosque un indio joven que llevaba en el arzón a un niño nada de feo, capitán, aunque con un ojo zarco, dicen que comentó el soldado, agregando que el cacique conversó con la abadesa bajo la lluvia y le entregó el cáliz de la iglesia, el de oro.

Entraron a la ciudad de noche, no iban a exponerlas a la vista de la población pencona, dijo el gobernador. Así llegó a su fin el desventurado peregrinaje de las monjas trinitarias que costó la vida de cuatro, acometidas de la fiebre conocida como chavalongo y otros

males, pues no era poco la desaparición de María Mercedes, la novicia que comenzó el famoso cuaderno de las trinitarias.

El misterioso cuaderno decía, según dicen, cosas asombrosas y temerarias. Pero el mundo está para vivir en él, no todos podemos ofrecernos a Dios en sacrificio así como así, explicaba sor Eudosia, llamada a exponer ante algunos varones santos si era verdad que en esos años adquirieron hábitos de salvajes, y que en los meses cálidos se bañaban en las aguas del río, ¿desnudas, madre?; no exactamente desnudas, señor obispo, pero con menos ropa; ¿y que aprendieron a bracear según la costumbre indígena?; ocurrió de repente, señor obispo, verá usted que es más difícil no flotar que flotar, si usted me perdona, Eminencia, en verdad es un buen ejercicio natural; ¿y es verdad, madre abadesa, que usted resultó muy avezada, nadando con gran libertad y hasta ejercitando sus piernas en el pataleo, y que un día le dijo a sus protegidas, no olvide que eran sus protegidas, madre, que si regresaban a Concepción pediría que se les reconociera como a las «Monjas Flotantes de la Trinidad»?; es cierto como que hay Dios, Eminencia, en verdad flotábamos que era un espectáculo glorioso, señoría; a lo que los rectos hombres de la Iglesia no supieron cómo contestar en doctrina, y remitieron una carta consulta al Vaticano, que aún espera respuesta.

En fin, que el obispo no consideró pertinente dedicar más tiempo a los desmanes de la vida de esas monjas en cautiverio, aunque la abadesa dijo con énfasis que aquello no era cautiverio sino rescate, pues no otros que los españoles las habían dejado en territorio enemigo, y que fueron los mal llamados enemigos quienes las socorrieron. A lo que el obispo contestó enviándola de regreso a España, confiscando el diario y repartiendo a las monjas en diversos conventos, después de imponerles la obligación del silencio respecto del desventurado peregrinaje, la vida entre los indios y la historia de la novicia a la que el ojo zarco le pasó a pardo en un santiamén. En cuanto al cáliz, eso nunca ocurrió, dijo el obispo.

Capítulo 4

Pedro Nogales se embarcó una mañana de marzo de 1950 rumbo a la isla Juan Fernández en la goleta Esperanza. Es un barco pequeño pero cumplidor, señor juez, le explicó el capitán con una sonrisa que solo contaba la mitad de lo que se les venía encima. La bahía de Valparaíso se sumergió en una bruma lechosa y áspera que presagiaba viento norte y los cerros fueron desperfilándose, fundiéndose en la difuminación del sueño con la exactitud sulfatada de una masa gaseosa cada vez más lejana, es una galaxia desintegrándose, dijo Pedro a media voz, y el capitán sintió de súbito el desprecio por los intelectuales que se llenaban la cabeza de palabras y leyes y argumentos ridículos. Qué galaxia ni qué cuerno, dijo el capitán Verdaguer con el desprecio de los rudos hombres del mar o las minas por los que tienen el aspecto macilento, verdiblanco, apuesto que es tímido como un gorrión, viéndolo flaco, si parecía queltehue y desnutrido más encima. Esbozó la sonrisa torcida que el contramaestre conocía bien. A mi capitán no le gusta el señor tallarín, pensó Contardo, guiñándole un ojo a su capitán justo cuando la goleta dio un barquinazo que mandó a Pedro Nogales a la borda contraria. Se agarró como pudo de una gavia que hasta ese momento no había visto ni en pelea de perros y menos le sabía el nombre, pero no le alcanzaron las fuerzas. Salió disparado al aire, voy en caída libre alcanzó a pensar antes de sentir el golpe de su cuerpo contra el agua que lo inundó por dentro, lo atragantó y entonces comprendió que se lo tragaba el mar en medio de una pirueta interminable. Cagué, pensó Nogales.

«¡Hombre al agua!», gritó el capitán y un marinero lanzó el salvavidas al mar en el mismo instante en que el contramaestre saltó al agua y buceó en el mar revuelto hasta dar con algo que parecía Nogales, una pierna, un brazo, un miembro servía igual que otro y lo

tiró con fuerza hasta sacarlo al aire medio morado, «¡respire, respire, ya lo agarré!», le gritó mientras le embutía el salvavidas por la cabeza, le sacaba los brazos por entremedio como si fuera un saco de papas o un atún moribundo. Lo subieron a cubierta como a un ballenato inerme listo para destazarlo en la ballenera de Quintay y el olor repulsivo de su propia sangre y su propia grasa le revolvió el seso. Quedó tirado en la cubierta, atontado, pero se tragó de un sorbo el coñac que le daba a beber el capitán, ¡trague por el amor de Dios o se le van a entumir las tripas!, ¡y entonces es hombre muerto!

Pedro Nogales sintió el alcohol raspándole la garganta, escupió y trató de sentarse, pero dos marineros lo tenían planchado sobre las maderas sacándole la ropa hasta dejarlo en cueros. De inmediato le dieron una friega con el mismo coñac que había bebido, lo envolvieron en una frazada áspera y gris, «menos mal que aguantó el resuello porque a la de no, ahogado lo tenemos que subir al barco», comentó Grajales, el marinero que había ejecutado la maniobra. Pedro Nogales bebió el café caliente que le trajo el cocinero chino en un tazón de hojalata y lentamente comenzó a sentir que la vida se le devolvía al cuerpo.

«Por la cresta, dijo, casi me ahogo», y dio las gracias con cierta ceremonia que presintió ridícula a los hombres que lo circundaban con ojos de sorpresa más teñida de desprecio que de misericordia.

Anímese, señor juez, así es el mar de travesía, el viento viene de sur a norte y nos agarra cruzado, vamos navegando al oeste y habrá uno que otro vaivén brusco. Mire siempre donde se juntan mar y cielo, ese será su punto de referencia hasta que aparezca la isla.

Qué iba a saber para dónde estaba mirando, murmuró. No fue cuestión de mirar, capitán, no me la pude con el tumbo.

Al menos sabía lo del resuello, dijo el capitán. A la de no, no lo cuenta dos veces. El contramaestre se había cambiado la ropa y sorbía su café entre resoplidos. Nogales lo miró sin expresión, lleno aún del gusto salobre y agrio del agua. Esto no amilanó al capitán que siguió explicándole la mitad se ahoga por respirar en el agua, no aguantan la desesperación, y se les va el agua derechito a los pulmones y quedan lelos, señor juez. Entre que un hombre se lance a recogerlos y les lancemos el salvavidas, llegan patitiesos.

El capitán hablaba con cierta petulancia, orgulloso de su explicación. Y agregó, mejor se acostumbra a la mar, una isla es una isla, señor juez; dígame Pedro no más, dijo Nogales, pero ¿no vamos a un archipiélago? Y es que Pedro Nogales odiaba el mar y no lograba comprender qué lo había impulsado a aceptar la designación de juez en lugar tan remoto: una isla es un pedazo de tierra rodeado de agua, repitió recordando la oración que aprendiera en tercero básico.

Muy bien dicho, señor juez, de pronto la verá en el horizonte, lejana

pero acercándose y cuando no resulta una alucinación, un espejismo, entonces es una isla, culminó. Claro que el viento puede hacernos encallar en los roqueríos o quedarnos al pairo, aguantando el ventarrón de los alisios que en esta época del año hacen estragos. Cuando amainan, entramos a barquinazo limpio, pero entramos, echamos el ancla en la bahía, la chalupa al agua y habrá llegado a su nuevo hogar, señor juez.

¡Qué archipiélago ni qué perro muerto!, siguió explicando con entusiasmo excesivo, le molestaba ese flaco color pantruca y su manía de letrado. Los nombres con que bautizan los cartógrafos no andan con la realidad, dijo el capitán hurgándose la nariz. Los otros dos islotes son inaccesibles por causa de las corrientes que los rodean. Sus montañas caen a pique al mar. Así y todo, muchos isleños van a pescar y algunos hasta viven allí.

O sea que no son tan inaccesibles, replicó Pedro Nogales.

Tendrá que ir a verlos si se mueren, pero créame, son unos peñascos de lava prehistórica, no les da ni para isla. Olvídelos mejor y acostumbre su mirada al océano. Le contará muchas cosas el mar si le pone el ojo encima con respeto.

Otro bandazo los inclinó a babor. Esta vez pilló al juez con las piernas abiertas, las manos firmes sobre la baranda. Resistió y hasta contempló el mar que de pronto se tornó oscuro y espeso como un vasto cristal azogado que refleja la lámina de un cielo de zinc, le sopló Rubén el mestizo, y el mar se le metió en los ojos junto con el remezón que lo desarticuló hasta la médula. Algo parecido al miedo, una inquietud sin fondo lo embargó hasta cortarle la respiración.

Fue en ese momento cuando comprendió que siempre estuvo destinado al mar que tranquilo nos baña en la copia feliz del edén se repitió, enojándose consigo mismo porque andaba lleno de frases hechas, de palabras enmohecidas; su cabeza tanteaba a ciegas entre las palabras que lo comenzaban a inundar.

De pronto estaba junto a su padre que le recitaba viejas poesías y jarchas españolas junto al horno de la panadería del cerro Mariposa en Valparaíso. Amasaba desde las cuatro de la mañana la harina y la grasa, la levadura. El secreto, dijo su padre, consiste en que el agua debe ser de mar. Y mientras batía los ingredientes y encendía el fuego del horno con troncos de una brazada de largo, su padre le contaba el viaje inmemorial que emprenderían un día: cruzaremos los océanos en un barco mercante; yo seré el capitán, le decía el panadero Nogales a su hijo mientras echaba paletadas de carbón al fondo del horno para avivar el fuego. Y luego continuaba amasando el pan francés, o sea las marraquetas crujientes y saladas, el pan preferido del pueblo en la ciudad de Valparaíso. Seguía con las hallullas y el pan de molde para los ricos, decía. Y guiñándole un ojo a Pedro,

«pero ellos también prefieren la marraqueta, este lo usan para unos pequeños panes aderezados con pastas de ave o de cerdo, con aceitunas, o de camarones, de pepino, hasta de anchoas los hacen untados en mayonesa o mantequilla, los famosos canapés. No comas nunca de esos, mucho dedo, hijo mío, mucho dedo…»

Así era su padre, don Nicanor del Espíritu Santo Nogales Cavada. Nunca cejó en su conciencia de ser panadero, español e inmigrante, como decía. No olvides nunca que eres hijo de un inmigrante que se sacó la mugre por darte una educación. Serás doctor, serás abogado, serás ingeniero, lo que quieras. Serás el primero de los Nogales que vaya a la universidad, Pedro. Y agarraba a puñetazos la masa, la empujaba con el dorso de una mano tan ancha como alba, estiraba la masa y la recogía en un bollo y luego la tomaba entre sus dos manazas y con una sonrisa se la ofrecía a Pedro: toma, te regalo la luna. Y él la recibía y se la devolvía con sumo cuidado, no fuera a caerse al suelo, admirando a ese padre con manos de luchador japonés que amasaba la mezcla hasta dejarla en el punto preciso. Cuál sería ese punto, se preguntaba Pedro en las mañanas de invierno con la bruma comiéndoles los talones mientras bajaban las escalinatas de los cerros antes de que apareciera el sol.

Don Nicanor del Espíritu Santo formaba los panes con la delicadeza de un artista. Cuando adquirían su forma, metía en el horno los bollos crudos y a los cuarenta minutos precisos, ni uno más ni uno menos, los sacaba del fuego con una pala de madera. Venían transformados en panes crujientes, tostados y fragantes, ¡ay el olor del pan fresco y caliente!

Su padre elegía uno al azar y lo partía, comían cada uno su mitad y después de masticar un trozo, don Nicanor del Espíritu Santo decía con seguridad y orgullo: soy el mejor panadero del puerto de Valparaíso. Y Pedro, de siete años, miraba el sudor que corría por el rostro cárdeno que retrocedía ante esa boca del infierno donde las llamas cambiaban del amarillo al rojo al azulino y él, admirado y temeroso de ese padre gigante, macizo, mudo la mayor parte de los días, que solía llevarlo en el amanecer porteño a encender el horno y medir la harina, a entibiar la levadura cruda en agua sin que hierva, Pedrucho, que no hierva jamás el agua o jode la masa.

Siempre miraba atento y concentrado porque ya había entrado, como decía su abuela Primitiva, en la edad de la razón. Por mucho tiempo se limitó a copiar lo que él hacía, amasando hasta quedar rojo como una betarraga, cansado y soñoliento, pensando que la primera vez que produjera una marraqueta exactamente igual a las que hacía su padre, ese sería el día de su entrada en razón.

Un día, había cumplido ya diecisiete años, descubrió que la vida no era tan simple como la cuentan. Ese jueves escribió en la página de

composición «veo a mi pie navegando en un zapato viejo como un bajel otomano». No supo nunca qué lo obligó a escribirlo, pero el profesor Aristóteles Piedrabuena lo miró diferente desde ese día. Y al otro jueves lo saludó ceremonioso con un «hola, poeta, siga escribiendo como la semana pasada y descubrirá el mundo». Y él, asombrado y avergonzado, pensó con cierta felicidad desconocida: soy un poeta. Y corrió cerro abajo, le dio una moneda al organillero, se compró un paquete de maní tostado y entró a su casa masticando y soñando y no quiso tomar té ni comerse un sándwich de palta ni de mortadela y se echó sobre la cama a mirar las nubes escuchando el viento que hacía sonar las casas de latón o de zinc cuando las embestía anunciando temporal y diluvio.

No le fue fácil aceptar su destino. Su padre quería un profesional con honores, ¿o tú crees que me he sacado la mugre amasando y amasando, que hui de mi país para no volver jamás solo para que tú me vengas con el cuento de que eres un poeta?

Entró a estudiar Derecho y salió con distinción máxima después de siete años de laborioso aburrimiento. Se escurrió por los pasillos de los juzgados, escuchó a jueces y secretarios, delincuentes y hombres inocentes, a mujeres asesinas y a hombres acusados de horribles muertes, vio a niños ladrones hundidos en la violencia y la droga, hijos de la pobreza sin salida, encerrados en un lenguaje escaso, cubiertos por una costra áspera, mezcla de mugre y de pereza. Olió la miseria, el abandono; vio desfilar por los augustos y destartalados pasillos, donde imperaba la justicia, a una masa de acusados y parientes que bramaban para descubrir, sin asombro, que la ley no era justa y que la justicia no era moral. Descubrió, a la vez, que en verdad amaba más que a su pie a los indómitos sobrevivientes que caían presos por cometer delitos que no eran sino su forma de seguir vivos, y recibió una bala en el muslo derecho de un pedófilo impío, un abusador de niños que cogía en las plazas, en el lecho del río Mapocho, en el estero Sausalito, en el Marga Marga y en las carreteras. La insensatez de la justicia le provocó un sobresalto, se ahogó en su condición de hombre, su especie le pesaba en esos años. Tenemos la obligación de mejorar el destino de los sin destino se dijo un día. Y se hizo juez. Decidido a olvidar la poesía, se dedicó a defender a los niños vagos, a los malhechores y a los drogadictos soñando con una sociedad más justa en esos años oscuros cuando Valparaíso perdía población, empleos, importancia. Así se le volaron otros diez años.

Entonces leyó el diario de Paul Gauguin, leyó a Víctor Segalen, leyó a Conrad, a Emilio Salgari, a Julio Verne. Y descubrió que lo único que podía salvar era, a lo mejor, su propia alma. Y las emprendió a la isla, aquel lejano pedazo de Chile donde unas ochocientas personas intentaban vivir en la mansedumbre de la

pobreza y el aislamiento. Y descubrió que lo único que podría soportar toda la vida sería la soledad más absoluta.

Fue el único habitante de la isla que se quedó para siempre. De aquí no me mueve nadie, dijo, intentando convertirse en poeta, dirimiendo peleas entre vecinos, casando a parejas que convivían y comiendo langosta todos los días. No alcanzó a conocer a la negra Dominga, pero una tataranieta nieta mestiza y alborotadora lo acompaña sin regañarlo, mientras él gasta su tiempo y sus lápices en sonetos de métrica perfecta y una melancolía de aguacero.

Cuarto derrotero

La Dominga, que ya andaba por los noventa y no parecía querer aflojarle a la vida, decía que los hombres tienen un basilisco metido en la cabeza, y en esta parte de su perorata se santiguaba y, besando la cruz que colgaba de su cuello, se echaba un diente de ajo a la boca, es el único diente que tiene la abuela, se reían sus nietos mestizos: algunos salieron rubios, otros, morochos, algunos salieron negros como ella y otros, albos como el padre, alguno de los padres.

Y es que había conocido piratas y pilotos, carceleros y espadachines, arponeros y marineros, capitanes de mar y hasta alguaciles; a cada uno le había dado lo que buscaba y cada uno le fue dejando un hijo. Tú eres el peor, Francisco Drake, filibustero inglés, arrogante y rubio que juraste llevarme de regreso a mi tierra pero te fuiste igual que todos, murmuraba, caminando por la estrecha habitación donde vivía, una choza en el cerro escondida entre grandes helechos, protegida de los vientos por una enorme roca. Se daba vueltas buscando lo que nunca hallaba, recordando a los hombres de su vida, cocinando sus antiguas y misteriosas cocciones que devolvían la virilidad, bajaban las fiebres malignas, alimentaban a los náufragos y echaban fuera la mala sangre; alguno, para qué negarlo, la tomó por la fuerza; otros salían del mar hechos una piltrafa como Juan Fernández, al que encontró hecho una huila botado en la playa y lo cuidó con esmero porque había comenzado a amarlo desde el día en que lo encontró tumbado en la arena casi muerto, seguro que es de la tripulación del ballenero que se hundió en el temporal, pensó, y se lo llevó a la rastra a su pieza del bosque donde vivieron largos meses enmarañados en un amor de cometas acompasado con el aire y la lluvia, con el vuelo de los grandes picaflores que aspiraban el néctar de las flores al amanecer; comprendió que no habría otro amor semejante en su vida, este es mi hombre se dijo y las hojas de los abedules temblaban y se urgían de amarillo estridente en el otoño de besos y abrazos, de silencios eléctricos y concluyentes, la Dominga temía más a las palabras, desgastan el amor, se decía, el beso habla mejor. Y así vivía, irradiando una luz que le acentuaba el cimbreo de las caderas en la suave sordina que habitan los amantes para amarse mejor.

Una mañana, antes que despuntara el sol, Juan dio vuelta la cabeza mientras emitía un bostezo semejante a un maullido, algo de gato tenía Juan, y le echó al mar la mirada matutina que le daba día tras día.

Y ahí estaba, flotando como una gran isla pálida en el primer sol de

la mañana, la ballena blanca más grande del mundo. Juan la miró con una añoranza que de pronto se trocó en desazón. Cómo la miró Juan, tan silencioso. Yo lo creía mío cuando se presentó la pécora envuelta en una espuma temeraria y dejó tiradas en la playa las piedras de ámbar gris tan escasas y por lo mismo muy cotizadas. La sola presencia del enorme cetáceo bañó la isla del aroma balsámico y volátil que siempre traía consigo.

Estas cosas recordaba la Dominga cuando recordaba, yendo y viniendo al antojo por su cabeza, deslizándose en la memoria hasta detenerse en cualquier detalle que afloraba sin aviso en su mollera, abuela, te cambiaste de cuento, ahora le metiste eso del ámbar y el olor; así es la vida, caramba, les respondió con esa voz cascada que se le había puesto con la edad, la vida está entera guardada dentro de uno, es una casa llena de ventanas con los postigos cerrados. De pronto se abre uno y hay que meterse por ahí, yo me asomo por donde se me frunce y encuentro lo que se me había perdido, ¡así es la vida!, se pasea por nosotros, nunca se detiene ni envejece, nosotros envejecemos y ella huye, se esconde y se queda a la vez pero la tenemos entera en la memoria, como la nuez almacenada en su cáscara.

Ya entendimos, abuela, pero ¿y la ballena?

Qué es eso de decir la ballena como si fuera una cualquiera, se dice la Mocha y es menester llamarla por su nombre, que le fue dado porque los capitanes de los barcos; los marineros apostados en la cofa de sus barcos balleneros frente a la isla Mocha la avistaban siempre a la altura de sus costas.

¿Una isla más grande que esta, Dominga?, ¿y dónde queda?

Más al sur. ¡Y no me desvíen a cada rato!, qué cuento les voy a contar si siempre hay que explicarles una y otra cosa, mañana me preguntarán qué es un bote, un hombre, una estrella, otro día les contaré de la isla. Hoy quiero hablar de la Mocha, esa ballena inmortal, y de su abuelo Juan. Y hasta ahí no más llegaré.

Frente a nuestra cabaña flotaba en mansedumbre, toda cubierta de conchas incrustadas en su cuerpo, enormes conchas cenicientas; se dejaba mecer por la marejada creciente en su presencia soberana, la pleamar la hacía ondular como si fuera de aire, miren que iba a ser de aire esa masa de carne marina columpiándose como si nada en el mar encrespado; ante mis ojos se paseaba la ballena peligrosamente cerca de la orilla, pero no se movía de su sitio. Iba y venía al compás de las olas y Juan, en cuanto la vio, se lanzó cerro abajo, dejándose caer por las quebradas, resbalando en las hojas podridas de los helechos pasados de lluvia, corriendo enardecido; atravesó de un salto la cascada que rugía en su caída colosal desde la punta más alta del cerro, pero le importó un bledo y aunque se lanzó a todo impulso,

no le alcanzó el salto: fue a dar justo en medio del agua que lo arrastró, azotándolo contra las piedras hasta que cayó envuelto en la catarata que caía veinte metros directo al mar. Desapareció unos minutos, ya lo daba por muerto, cuando salió a flote nadó hacia la ballena, trepó sobre su lomo y comenzó a abrazarla y se dio maña en limpiarla como a un niño herido, le arrancaba las conchas adheridas al cuerpo en una lucha que le llevó más de cinco horas, la limpiaba con un frenesí desbocado y salvaje, desclavando de su cuerpo unos peces duros, no eran conchas me di cuenta, esos peces medían hasta dos cuartas de largo y eran anchos de media mano y plomizos, sí, plomizos; una aleta repugnante les nacía en la mitad del cuerpo y los cruzaba hasta la cola; Juan estaba fuera de sí, las manos se le rompieron y chorreaban sangre, pero él, montado en la ballena, le pegaba con los talones como quien espolea un caballo, tratando de despegar los peces del cuerpo de la Mocha que ni intentó hundirse ni soltó su chorro de vapor y se dejó raspar, pegar, patear por Juan, mansa como una oveja mientras él luchaba por despegarle esos peces malévolos que tienen una cabeza más mortal que una daga, encontré uno tirado entre las algas días después, era una cabeza coronada por un disco ovalado de láminas que se enquistaban en el cuerpo de la ballena, así se pegan y se mantienen agarrados a ese cuerpo para siempre, alimentándose de él como si fuera una madre de mil pezones. Juan los tiraba con toda la fuerza de su cuerpo, echándose hacia atrás hasta lograr despegarlos y luego los lanzaba lejos, estrellándolos contra las rocas hasta pulverizarlos. Y todas esas horas estuvo la Mocha dócil y sumisa sin amago alguno de regresar a las profundidades. Cuando la hubo limpiado ya no podía más de agotamiento; yo escuchaba desde arriba el jadeo de esa lucha con los dragones, para mí eran dragones, y ahí fue cuando comprendí que había corrido a salvarla, aunque en realidad fue la ballena la que lo fue a buscar. Terminada la faena, agotado por el esfuerzo, ya limpia de sus hambrientos chupadores, ella seguía quieta y él le dio unos palmotazos en la cabeza como despidiéndose, le sobó el lomo libre de las rémoras y la Mocha se arqueó levemente, para luego hundirse con la suavidad de una medusa en el mar. No quería llevárselo con ella, le dio tiempo para lanzarse al agua y esperó hasta verlo nadando hacia la playa, y en viéndolo alejarse, la Mocha alzó la cola y se hundió sin aspavientos, desapareciendo sin agitar el mar, lo que jamás hacía.

Y esa es la historia de hoy. A su abuelo Juan la Mocha no lo atacó y él la limpió de las rémoras que la hacían sufrir y la dejó limpia como la patena del cura y ya no más, ¡se acabó el cuento!, es hora de que vayan a recoger las redes, capaz que alguno de ustedes, haraganes, la vea si anda merodeando, nunca se sabe.

La Dominga jamás contó a persona alguna lo que ocurrió frente a

sus ojos. Hay cosas que no se dicen. Un hombre no entra al mar a salvar a una ballena y una ballena no va en busca de un hombre si no se quieren bien. Y ese misterio de la naturaleza, el peculiar amor de dos seres tan demasiado diferentes, ese era un asunto para no contarlo jamás.

Cuando Juan regresó a la cabaña dejó que le lavara las manos y los pies con agua de palo santo para curarle las heridas y arrancarle las púas que se le habían enquistado, pero no aceptó venda alguna.

Deja, mujer, ya estoy bien.

Luego tomó sus pocas pertenencias y sin siquiera mirarla a los ojos, envolvió todo en un viejo jubón y salió de la choza caminando a paso firme por el sendero que llevaba a la caleta entre los árboles de sándalo que en ese tiempo todavía abundaban en la isla, bajando con agilidad, sin volver la cabeza ni una vez.

Así comprendí que me había abandonado.

Tenía sus ideas, la negra. No perdonaba ni olvidaba el rapto, la esclavitud, el desacato que sufrieron tantos de su raza. Y en alguna reunión de isleños, en esas tardes de invierno en que la lluvia y el viento los aislaban por cuatro meses en medio del Océano Pacífico, cuando la población se reunía a charlar, sobre todo las mujeres, antes de la huida de la población al continente, la Dominga contaba de los años lejanos si le daban buen mate al que le añadían una dosis de alcohol del fuerte.

Entonces todos guardaban silencio. Se consumían las velas hasta los cabos, la noche empedernida rodeaba al grupo y la voz de la Dominga seguía retumbando en esos niños y esas mujeres, en esos hombres ásperos, el grupo de seres solitarios y silenciosos se abría al espacio del recuerdo, es que cuando la Dominga habla, echan el ancla en su propio corazón, decía Godofredo. Eso ocurre en los inviernos, cuando se nos olvida lo que hemos visto y vivido y el presente se come al pasado es hora de llamar a la Dominga para que nos restriegue la memoria, nos abra los ojos, nos cante los cantos de su niñez y que cada uno entienda lo que tiene que entender.

Alguien subía a buscarla hasta su choza de paja y adobe, le llevaban una estrella de mar, una langosta con sus patas moviéndose como una gran araña. Venga, abuela, la necesitan en el pueblo, y ella se envolvía en su chal de color impreciso, se arropaba la cabeza con el pañolón de lana y decía vamos, niño, ya se dieron cuenta que se les había dormido de nuevo el corazón, y en llegando comenzaba a hablar, aunque nunca se sabía por dónde iba a comenzar la retahíla de historias y memorias.

Yo sé muy bien las cosas de los hombres antiguos. Una vez que se cansaron de conquistar tierras, les vino la idea de traernos del otro lado del mar. Llenaban de hombres y mujeres las bodegas de los

barcos negreros, así los llamaban, negreros, robaban niños en África, yo era una niña cuando me agarraron, eso era lo más trágico, traían niños pequeños y muchos morían durante el viaje. Nunca traían viejos, no se los compraban en los mercados de esclavos, ¿seguirá en pie el de La Ligua?, hasta hace unos años aún se podían ver los restos del pilón donde nos ponían en oferta, me contó Diego cuando vino a buscar unos papeles de su padre, porque Fernández armó otra casa y el hijo tardío quería probar que la isla era de su propia pertenencia. Nunca supe si los encontró.

En la ciudad de La Serena remataban a los esclavos al quién da más de pie sobre una gran piedra, enlucidos con aceite de coco o de palma como si fuéramos una palta o una naranja de Sevilla. Nos aceitaban el cuerpo y quedábamos lustrosos como un botín de charol, qué me voy a olvidar, los más macizos daban mucha ganancia y los que tenían todos sus dientes eran muy considerados; las niñas bellas eran pagadas hasta en polvo de oro. Nos mostraban como si fuéramos caballos, nos hacían abrir la boca y nos revisaban como a animales, abriéndonos las piernas, tocándonos todo el cuerpo, las mujeres lo pasábamos peor.

Cuando nos cogían en las playas o la selva, nos amarraban con cadenas, nos echaban al fondo de esa casa que flota, ya sé que se llaman barcos, pero entonces, a los nueve años ¿qué iba a saber? No sé cómo aguantamos los que aguantamos: cruzamos tanto mar encerrados sin ver la luz del sol, comiendo una pulpa harinosa, un engrudo nos daban una vez al día. Había que echárselo a la boca con la mano, el agua agarraba un olor a podrido, se llenaba de bichos, ya no queríamos ni beberla en ese viaje interminable, ahogándonos en la fetidez de nuestros orines y deposiciones, nuestros cuerpos criaban una costra espesa, íbamos pegados unos a otros, de costado, sujetos por el tobillo con una gruesa cadena, qué lastimosos éramos esos pobres negros a la deriva. Habíamos perdido para siempre nuestro mundo, nuestras familias, nuestras alegrías… Así llegamos los negros desde el África, contaba la Dominga cuando se decidía a hablar.

Y ahora que vienen los españoles y nos traen a los carceleros y a los reos, continuaba de un solo refilón, mal lo vamos a pasar. Hablaba con una voz sin esperanza, pero los sorprendió una vez más, porque en llegando la primera carga de presos revolucionarios, así los llamaban, revolucionarios, con los alguaciles y el capitán encargado de la ley, se presentó solícita a las puertas de la cárcel ofreciéndose para cocinar y lavar, y ahí encontré al hombre que me salvó la vida, remataba. Pero se fue igual que todos.

Abuela, lo que pasa es que las mujeres se enamoran más luego que los hombres, dijo un día la Lucinda, siempre llena de risa, tan viva que salió esta criatura y se murió tan jovencita, de amor se murió, dijo

Estrella del Sur, qué nombre se le ocurrió a su madre.

No lo sabré yo, murmuró la abuela un día al oírla mencionar, y las nietas juraron que se había vuelto joven por un instante, que le relumbraron los ojos como si hubieran contenido lágrimas de hielo congeladas detrás de los párpados y se le hubieran derretido todas juntas.

Y no hablo más; ya, mocosas intrusas, me sacan palabras que ni yo misma recordaba, ni sé de dónde me salen, y las nietas, que ya eran sus bisnietas, corrían y se desparramaban como conejos entre los árboles y ella se sentaba a pensar en lo único que recordaba de su tierra: una palmera larga y delgada, ondulante, y a su hermano trepando por su corteza como un mono, un qué, abuela, un mono, unos animales del África, de allá vengo y siempre creí que me iba a morir allá, pero ya está visto que aquí se van a quedar mis huesos.

Eran otros tiempos. Ahora, con la cárcel, la isla estaba maldita. El odio se olía, y ella se escondió en el bosque más alto, entre las matas construyó una casa con la ayuda de Tomás, que vivió con ella en esos años. Bajaba a trabajar de amanecida, guardaba silencio y le pagaban unos pocos patacones. Escondida en lo alto de esa montaña se salvó del incendio que consumió la aldea una noche. Y del maremoto que arrasó con las casuchas cercanas a la playa. Ahí estaban todos apiñados, venía el viento, venía el mar, venía el fuego. Y a veces el famoso Trincado, el peor de los alguaciles, el más cruel, entraba en una manía asesina y fusilaba a los presos en la misma playa. Ahí quedaban tendidos hasta podrirse si no se los llevaba la marea. Cuando no había luna era fácil arrastrarlos y hacerles una sepultura aunque fuera en la arena detrás de las rocas. Eran malos tiempos los de la cárcel en la isla, cuando los españoles reconquistaron Chile, convencidos de que los criollos ya no se atreverían a alzarse. Mansa sorpresa que se llevaron…

Muchos años después llegaron los balleneros. Cazaban cientos de ballenas en la temporada. A la blanca no la alcanzaron nunca. Navegaba por los mares y de pronto aparecía circulando cerca de la playa, se va a llevar a alguno, advertía la Dominga, anda en odios de nuevo. Y así no más fue que se llevó al Tomás.

¿Es inmortal la Mocha, Dominga?

Para mí, es la sobreviviente de una especie soberbia. Se me hace que es anterior a la Biblia, bueno, quizás no a la Biblia pero vivió mucho antes que el rey Salomón y esa descaminada que lo fue a tentar cruzando el desierto arriba de un camello, llevándole colmillos de marfil, alabastro y mármoles extraños, joyas y sedas que parecían tejidas del aire y una piedra azul brillante, el lapislázuli, que se da en pocos lugares y en su país mejor que en ninguno. ¿Que qué reina? La de Saba, pues, la que vino de África como yo, claro que a conocer al

más sabio de los reyes de la Antigüedad. A la Dominga le daba por contar las cosas de la Biblia que le había leído Tomás. Se enojaba con los nietos de los nietos: no has leído el Cantar de los Cantares, niño ignorante, eres puro músculo, como que no tuvieras seso, es la mollera la que nos debe mandar para sobrevivir en esta isla, ¡la reina de Saba, niño!, la más hermosa mujer que jamás existió.

Un día, la reina regresó a su país y dejó a Salomón perdido de amor en su ciudad, rodeado de mujeres que querían amarlo y de hombres que querían matarlo. Pero él no pudo olvidarla, el amor es una languidez parecida a la muerte, un desinterés por todo lo que no sea la amada o el amado. Así vivió el rey Salomón los años de su vejez, soñando con la exótica mujer que solo con clavarle sus ojos lo dejó bueno para nada.

Por eso te digo que nunca debes mirar a una mujer o a una ballena a los ojos, ambas te matarán, cada una a su manera. Y los despachó con viento fresco, a sus casas se ha dicho. ¡Basta por hoy!

Una esclava negra solo tiene su cuerpo, sus ansias y sus memorias desteñidas, se dijo una vez más. No hay nada qué hacer con los hombres, salen del mar crueles, risueños, borrachos y más encima enamorados. Nos dan hijos y se van a la mar. Y siguió lavando la ropa en la batea que había instalado junto a la vertiente. Esta isla desventurada donde vine a parar, hasta los perros mastines españoles se olvidaron de ladrar cuando los abandonaron los soldados del rey. Ese fue el tiempo del presidio español, no se la pudieron con la maldad. Los asesinos, los ladrones, los revolucionarios, los castigados con pena de extrañamiento por el gobernador de turno, terminaban aliándose con sus guardianes. De a poco comenzaban a entrar en confianza, echaban de menos la tierra firme, las ciudades de donde venían, sus familias, sus cosas, sus quehaceres. Aburridos de la soledad, hacían dados con huesos de lobo. Las cartas no faltaban. Se lo pasaban sentados en la arena jugando y conversando y el gringo fue el primero en armar una rebelión. Se llevó una chalupa robada a la guarnición, unos arcabuces y unas dagas y asaltaron Copiapó. Los agarraron, pero costó mucho y algunos escaparon por los boquetes de la cordillera a la Argentina.

Entonces Juan se llevó a su mujer al continente y los indios abandonaron el pueblo. Los había traído desde Talcahuano y cuando él regresó a su antigua profesión de piloto, los indios perdieron interés en las cosechas, los pescados, la isla. Total, venían de otra isla de donde fueron desalojados, Juan los trajo en su goleta para agrandar el negocio y en cuanto se fue los agarró el miedo a los piratas, a las tormentas, no le gustaba que nadie lo mandara, pero se sintieron perdidos sin Juan diciéndoles qué hacer. Era mucha responsabilidad mandarse solo, equivocarse solo, ¿a quién se odia o culpa si no tiene

uno a nadie a quién cargarle su destino? Sin goleta, ¿cómo iban a salir de ahí? Al primer barco que atracó le pidieron que los llevara a tierra firme y le llenaron las sentinas con verduras, frutas, toneles de agua fresca, lo surtieron de pescados ahumados y langostas en tinajas de agua salada, así duraban hasta diez días vivas, explicaron. Y salieron a escape en busca de una vida mejor y de otra isla.

Los hombres llegan por el azar de una tormenta, un naufragio o el escarmiento de algún capitán sanguinario y cruel que los abandona en la playa, pero en cuanto ven un barco en el horizonte, encienden fuegos inmensos con huiros y trapos viejos y regresan rápido a sus vidas antiguas.

Me las arreglé como pude, pensaba, dándole a la escobilla y al restriegue, salvé a algunos de las miserias de los naufragios y a otros de las miserias del matrimonio. Los alimenté por dentro y por fuera, y hoy invadían su casa las nietas y las bisnietas, hasta los nietos llegaban a escuchar sus historias y ella les contaba la vida de la isla, sus pormenores y desdichas, menos el secreto que se llevó a la tumba.

Para que sepan qué es la vida, chiquillas saltarinas y salvajes, las dejan correr por las playas, meterse a nadar como Dios las echó al mundo, las dejan hacerse las lindas y cualquiera se las lleva en su barco, en su goleta, hasta en algún bote con algún miserable han salido a escape… Y entonces clavaba sus ojos en la más saltarina, la de la risa de campana, la de la voz pastosa, esa de la que decían tiene el diablo metido en el cuerpo, hay que buscarle marido pero encontrar un hombre que se quedara quieto en una tierra aislada, por hermosa que fuera. Para que lo sepan bien sabido: ¡los hombres se roban a las mujeres o las abandonan! Y las ballenas se roban a los hombres, pensaba. Pero eso no lo contaría nunca y las mandaba cerro abajo, ¡corran a hacerse útiles, mocosas de moledera, váyanse que tengo mucho en qué pensar!

Casi un siglo desde que llegó a la isla. Ya no era de allá, de donde la trajeron. Ahora era isleña y vieja, una anciana a la que corrían a ver los hijos de los hijos de los hijos, mirándola con curiosidad y temor, como todos los niños han mirado siempre a los ancianos. Eso no lo olvidaba, aunque estaba siempre ocupada en fabricar emplastos para las quebraduras, infusiones para los retortijones de tripas; caldos y caldillos para los náufragos desamparados que se llevaba a su choza entre los bosques hasta meterles de vuelta el ánima al cuerpo a friegas y restregones, con cantos que se trajo en la cabeza cuando se vino en el terrible barco. Pero de eso habían pasado tantos años...

Soy una negra vieja a la que los niños le tienen miedo, el mismo que me tenían antes las mujeres, el mismo que me tenían hasta los perros mudos. Ahora no me queda otra que seguir lavando con estas

manos torcidas por el reuma. No me queda otra que aguantar la vida esperando la muerte, murmuraba o rezongaba la Dominga, que mientras más envejecía más recordaba lo que creía haber olvidado, los ahogados por perseguir a la Gran Mocha o sacar los cangrejos gigantes del mar, los que llenaban sus redes de pescados de colores y sus botes eran viejos, desportillados, los presos que morían en sus celdas, los patriotas que entregaron el alma en esas cuevas plagadas de insectos y ratones, de lechuzas de ojos brillantes, las sin cuello, las ululantes lechuzas, y los hombres más avezados que se sumergían en lo más profundo de la bahía, donde se crían los calamares de ojos azules, se dice que son hijos de los alemanes que hundieron su buque en la rada del inglés después de la Gran Guerra, alemanes, calamares, alamares, algo hay en las palabras que me suena a verdad; de lo que sé, los cangrejos y las jaibas siempre se han alimentado de cadáveres, seguro se comieron los ojos de los marineros y les quedó adentro la semilla, tanto comer langostas y cangrejos, de vez en cuando calamares, por eso ha de ser que damos a luz tantos hijos de ojos azules.

La Dominga anda confundida, decía la Eduvigis, que estaba más confundida que ella y ninguna cejaba en su intención de contar lo que jamás ocurrió. Interpretaban como hechiceras lo vivido, es que están viejas, están muy viejas, decía Godofredo, al que la negra lo embaucó, como que le sorbió el seso, decían en el pueblo, pero él la defendió hasta el último día de su existencia, no era cuestión de amores, esas son leseras de niña, alegaba la abuela, era más que ese amor que como les viene se les va. Yo les hablo de las cosas que se incrustan, una idea, algo como las fotografías de Atanasio clavadas en la memoria o el corazón.

Era cuestión de ver a la Dominga no más, hablaban las mujeres entre sí, relucía en las noches de luna, volvía locos a los marineros, a los pescadores, a los hombres los volvió más locos que la fiebre de mar o la lepra marinera con que llegaron en el buque de lord Anson. Tenía la boca grande, los dientes blancos, unas manos de dedos largos y unos pies callosos, duros, como de animal los pies de la negra que nunca se puso zapatos en esos pies arqueados, de giganta los pies de esa mujer que vivió hasta más allá de los cien años y se quedó para siempre en la isla que en ese tiempo llamábamos peñón. Dio a luz tantos hijos y quizás quién sería el padre, eran hijos de todos, la verdad. Y ella cantando recogía mariscos y langostas en el mar que reventaba en olas espantosas de gran resaca sobre la costa, esa se atrevía en las peores tormentas.

La negra, cada vez menos, es cierto, se sentaba en la peña de lo alto del mirador y contemplaba el horizonte un día y una noche completa cuando había luna llena. Para mí que se acordaba de su

tierra. Una vez se echó a nadar como una loca, como una foca, dijo tu abuelo, estaba gorda para esas andanzas, y en un santiamén Godofredo me contó que su padre sacó el bote que estaba amarrado a la boya esperando el amanecer y cuando vio que se lanzaba al mar, a esa negra le bajó la melancolía, me gritó, es la locura de los errabundos, se echan a nadar porque quieren regresar a sus hogares, a sus padres, a su tierra, y es que todas las tierras huelen diferente, y aparejó la lancha y echó las velas a la lluvia y al viento y salió a perseguirla, pero eso ya lo contaste, Malvina, entonces váyanse de una vez por todas y no me frieguen la paciencia con tantas preguntas tontas, reclamó, y sacando una varilla de mimbre con que espantaba a las gallinas comenzó a blandirla en el aire, a fustigar el aire, y los nietos corrieron cerro abajo, ¡no sea mala, abuela Dominga, nos vamos, nos vamos! Y corrían entre los helechos hasta perderse en las quebradas.

¡A ver si aguantan lo que yo he aguantado!, rezongaba la Dominga, de pie frente a su casa, somos pocos los que aguantamos el viento, la soledad, las lluvias interminables. ¡No saben lo que les espera!, les gritaba, no saben que cuando el brujo descubrió el camino de la isla, desentrañando el enredo de las corrientes marinas fregó la isla y ahora la llaman Juan Fernández por el chozno de todos ustedes, él la inventó al descubrirla en medio de ese mar que ni nombre tenía y la convirtieron en cárcel, en fortín, la desalojaron, de nuevo es una cárcel y antes pasó dos siglos deshabitada. A ver si aguantan, les gritaba, y se detuvo cuando sintió una lágrima que se escurría por su mejilla. Más encima me hacen llorar, pensó rabiosa pero risueña a la vez, los sentimientos son raros, se diría que pelean entre ellos, una nunca aprende a conocerse, concluyó.

Todas estaban celosas de mí, la negra, qué le hace el agua al pescado, decía la Carmen Aillao, esa mujer vivió hartos años en la isla, se fue de vieja, ya estaba sola y volvió a su tierra. Qué sería de ella… Y la negra Dominga, curca y apoyada en una rama de roble, entró en la casa porque ya no tenía otra cosa que hacer que recordar.

Y morirme, concluyó.

Capítulo 5

Anoche, un barco enorme se me apareció en el sueño, venía atestado de hombres rabiosos de hambre y de sed. Bajaban del barco en chalupas crujientes y desteñidas en busca del agua de las vertientes, venían a llevarse los chivos y las frutas, la harina y el pescado. La advertencia me vino cuando estaba traspuesta, medio dormida, en el amanecer me vino. Conozco los avisos. Es necesario llevar las cabras lechonas al otro lado de la bahía, más allá de los cerros, al galpón escondido entre los matorrales. Y guardar en sitio seguro el chuño de liuto que me trajo el comodoro ese, no recuerdo su nombre, el gringo con un brazo chopo, de Concepción me lo trajo, solo se da en la zona esa. Y se lo llevarán todo si no lo hacemos desaparecer y pasaremos hambre cuando lleguen los vientos y ni un barco atraque en la isla por más de cuatro meses.
Godofredo se encaramaba a la peña del solitario, la cumbre más alta, a escuchar el canto de las ballenas. Nadie sabe qué dicen, pero tu abuelo sí sabía. Escuchaba el sonido y murmuraba es verdad lo que soñaste, eres medio bruja, mujer, ya están de nuevo las ballenas anunciando calamidades.

Y gritaba cerro abajo:

¡Guarden las cabras y los chivos, escondan los quesos en las cenizas, que las niñas se vayan a las cuevas del cerro grande, ya vienen los piratas!

Era sabio tu abuelo Godofredo. No sabía leer ni menos escribir. Pero entendía muchas cosas y desentrañó el canto lamento de las ballenas. Era más sabio que sus hijos y sus esposas, yo fui la tercera, se le iban muriendo las mujeres dando a luz a sus hijos. Tuvo muchos hijos. Yo no salí paridora. Por eso estoy aquí. No hubo caso, la pura Merceditas le di, la que se llevó el Draco. Aún la espero. Sé que regresará a la isla. Era tan bonita. De ahí para adelante quedé huera y

Godofredo creyó que era una maldición, un daño que nos hicieron. Yo crié a ocho de sus hijos, eran chicos cuando murió la Emelina, su segunda esposa. A esos los crié. Y a la Mercedes, que era mía y relucía al sol como el ala de una mariposa, la que me robó el Draco, así le decían a Francisco Drake. Si un día volviera, lo mataría yo misma de un tiro. Eso haría. Te lo juro por la virgen de las Mercedes. ¡Lo mataría!

Qué desgracia, niño, llegarán los piratas a llevarse lo que pillen, a las niñas hay que ocultarlas detrás del cerro grande, ahí no llegan ni en una semana porque no hay huella y es empinado. Con tal que no se asome por la puerta y se ponga a saltar y a cantar como la tonta de tu madre. Quizás dónde fue a dar cuando se la llevó el Draco. Era bonita, demasiado coqueta, eso sí. Se la llevó el desgraciado y dicen que ahora es conde o marqués… bueno, mejor olvidar, tengo mucho que hacer.

Hay que ocultar las pocas pilchas que tenemos, el pan que amasé ayer no más para la quincena, los huevos y los dos quesos grandes. Y tengo que ponerme a cocinar un caldo marinero con langostas y cholgas y hasta medio cabrito le voy a echar, hay que hartarlos de comida, que vean y huelan los ollones hirviendo, que todo esté como al alcance de sus manos ávidas. Igual robarán algo, no se irán hasta encontrar el botín que todo pirata roba porque solo eso hacen estos salvajes del mar.

Vete ya, no te dilates, afanes no nos faltan. ¡Vete, vete! Gracias a Dios tenemos chicha de manzana. Les gusta la chicha, la llaman mudai como los indios del sur, a los que conquistaron con engaños. Hay que hartarlos de chicha y de caldillo hasta atosigarlos, hay que emborracharlos de perdición a pura chicha. Hasta la próxima vez. Siempre regresan, los piratas. O llegan otros de rostro rojizo y pelo colorado, más codiciosos esos hombres de piel alba y mejillas rojizas que hablan quizás qué lengua de las que Jehová dejó en la tierra para que los hombres no pudieran nunca ponerse de acuerdo. ¡Vete ya! Y trae buen pescado. Esta noche habrá que alimentarlos a destajo y embolinarlos con chicha para que trepen a su barco de amanecida hechos unos odres, solo así nos dejarán tranquilos.

Pero nunca se sabe en esta isla…

¡Apúrate, chiquillo de mierda!, ya estamos atrasados, corre a la mar. No sea que el viento nos caiga encima con sus ramalazos de lluvia. Ese sería el último de los desastres, no podría subir a las niñas al bodegón ni proteger los animales ni cocinar a fuego abierto en la arena para encandilarlos y atocharlos de comida desde que pongan el pie en tierra. Esa sí que sería la maldición definitiva y mortal. ¡Vete ya!

Derrotero 5

A la abuela Carmen la había abandonado su memoria, se le perdió junto con el esposo muerto, llegó sola de regreso a su pueblo, sola en una carreta como una mendiga y con más de ochenta años encima. Nadie la conocía a esas alturas, un apiadado la llevó desde el puerto a su casa, eso le dijo al hombre al que miró a los ojos y lo halló de buena índole, señor, disculpe la molestia, a mi casa voy, donde los mochanos, de allá soy. El vendedor de cochayuyo recorría los pueblos con sus atados de algas marinas y vendía a buen precio lo que botaba el mar, conocía ese pueblo perdido de unos isleños antiguos, ya, señora, voluntad no me falta, encarámese aquí conmigo, nos vamos a bartolear por el camino, es harto duro, venga que yo la ayudo y la subió con las pocas pilchas que llevaba, y la vieja muy seria en su altivez dificultosa, no era fácil ser vieja, pensaba la Carmen, te sobran huesos crujidores y te faltan el pelo, los dientes y hasta los ojos ya no son los mismos, y apretó entre sus manos el viejo bolso ajetreado donde guardaba las cosas que le impedían olvidar.

Tiene miedo pero no lo esconde, pensó Huenchilao, el carretero. Un pañolón negro le envolvía la cabeza, una manta de lana sobre los hombros y un par de botas toscas de cuero de cabra, eso era la abuela Carmen cuando regresó a su casa. Pero no había casa, no había familia y no reconoció el pueblo.

Se bajó en la plaza y caminó por las calles como una sonámbula, contaba la Hermenegilda Zárate, que la encontró en la vereda justo frente a la puerta de su casa, entrada ya la noche, sentada en una piedra.

Vengo de la isla, dijo la abuela Carmen, he regresado. Y la señora Hermenegilda no iba a dejarla ahí medio congelada, pase y cuénteme de qué isla, a quién busca, le conversaba mientras la ayudaba a caminar por el sendero, y a subir las dos gradas de la puerta. Luego le sirvió un plato de sopa que tenía sobre el fogón. La abuela Carmen comió un par de cucharadas y en eso habló el viejo que emergió tras la lumbre de la cocina, meciéndose todo el rato en una silla a punto de derrumbarse, ¡pero si es la Carmen Ordóñez!, exclamó.

Y usted es Zárate, el ladrón de caballos, respondió la abuela, éramos vecinos, ¿se casó al final con la Dolores?, y el viejo, meciéndose y meciéndose, hizo una mueca y se encogió de hombros, es la Carmencita, la Carmen Ordóñez, tan suelta de lengua como a los quince, ¡pero ya no hay ni un Ordóñez en el pueblo!, su padre de usted arrió con toda la familia a una isla, los vino a buscar un marino curtido que tenía goleta en Talcahuano y los Ordóñez se fueron en

dos carretas cargadas con sus bártulos, hasta el gato se llevaron. Su papá no trabajaba para huinca ni español, no soy esclavo, decía, y la mar es lo mío. Miren que aparecer setenta años después a la hora en que merodean los puros murciélagos y tan campante, para mí que está muerta, masculló, mirándola de soslayo. No le gustaba ver gente a la que había olvidado, más que seguro estaba hablando con su ánima. ¿Y ahora qué hacemos con ella?, rezongaba, no hay un alma de esa familia viva. Los que no se fueron están todos en el cementerio del pueblo, allá en las lomas.

Pero a la Hermenegilda no le venían con esas, aquí se queda hasta desenredar el asunto, padre. No la irá a tirar a la calle y más encima conocida de familia, no es una cualquiera; donde comen dos comen tres, y el viejo meciéndose y meciéndose: pero la familia es harto grande, ya somos doce que alimentar y la Carmen, porque es la Carmen, no lo voy a saber yo, como que está extraviada, qué vamos a hacer ahora, ladrón de caballos, se dijo, y en un chasquido se fueron los años acumulados y lo aturdió el recuerdo, yo tenía quince igual que ella, a veces nos pelábamos un caballo con mis hermanos, una yegua preñada, una vaca. A veces hacíamos eso, y en el desconcierto se encontró en medio del potrero, huyendo en la noche sin luna, el garañón cogido con una cuerda, al galope entre el trigo maduro y la niña mirándolo con sus ojos como dos estrellas de mar, llenos de luz los ojos de la Carmen, pero se halló sentado junto al fogón de la cocina, mirando a la vieja que sorbía su sopa con la solemnidad de los desamparados, en verdad era la misma mismísima, tenía razón la Hermenegilda, cómo habían pasado los años.

Qué vieja estás, Carmen, dijo como para sí, y ella, echándose el pañolón atrás, y tú ¿acaso crees que estás mejor?, ni un diente te va quedando, a mí, al menos, me quedan cinco.

El veterano ladrón de caballos soltó una carcajada de río que arrastra piedras. La abuela se reía con él mientras sorbía la sopa, acompañada de un pan amasado y de pronto recordó el potrero, era una niña pero soy una vieja y aunque me duelen los huesos y estoy calada de frío y me temblequean los dientes de sueltos que los tengo, me cayó encima la memoria, el tiempo, la isla, los muertos amados y los otros, soy la Carmen, mejor sigo sorbiendo la sopa de pan con ajo y merkén y este sería ladrón pero al menos lo reconozco y él a mí y ya no estoy vagando por los caminos, Dios es bueno, concluyó, porque después de tantas andanzas y olvidos, había regresado a su pueblo.

Ya pues, Zárate, fumemos y mejor que se le quite esa cara de estar viendo un fantasma, ¿acaso no ve que estoy viva y me gustaría fumarme un pucho? Suelte un cigarrito que no traigo ni uno conmigo. Y Zárate encendió con un tizón el cigarro y se lo pasó en la mano que extendía la Carmen y fumaron en el silencio y la noche cada vez más

oscura.

La abuela Carmen había entrado en confianza y comenzó a contar su vida, esa vida tan larga que vivió en la isla entre presos y guardianes, todos revueltos en el mismo merengue, pegados por el odio y el amor, pegados por la justicia que mandó una tracalada de presos de estado al destierro, pero también de asesinos y maleantes, contaba echando humo sin cesar. Ladrones y gendarmes, esos eran los peores, comentaba fumando y fumando, te has vuelto muy fumadora, Carmen Aillao, y tú te has vuelto viejo y enclenque más encima, y Zárate cimbreando y cimbreando la silla atrás adelante, adelante atrás, te escucho, Carmen, a ver qué cosas te han pasado en tanta vida, y ella, te contaré de donde vengo, es una larga historia, vamos contando.

El día más fatídico de todos, en medio de las miserias que llegaron a la isla con los reos, fue el jueves de Pentecostés en que el Yunque desprendió fuego. La tierra temblaba mientras el volcán soltaba nubes que olían al demonio y empalidecían al mismísimo sol, dejando caer una ceniza alba y liviana que al poco rato se endurecía como piedra y alguien dijo jodimos, el volcán nos va a echar a todos al mar. A la mierda será, dijo un gendarme hincado en medio del diluvio ceniciento, arrepintiéndose de sus pecados y pidiendo perdón entre Padre nuestros y detentes a sollozo limpio.

Ese fue el día del terremoto, Zárate. Y era igual a como dice el evangelio cuando murió Jesucristo: se hizo noche a mediodía, se abrió un boquete encima de las montañas y se desparramó una negrura espesa sobre nosotros en medio de un ruido de cañonazos que se despeñaban por los valles, entre las montañas, parecía llegado el fin del mundo.

Ay qué terror sentía en medio de la barahúnda de esa tierra que nos dijeron era de pan llevar, solitaria y libre a cualquier hombre, cuestión de sembrar o echar las cabras y crecían robustas y de buena carne. Nadie sabía, más que seguro nadie sabía o no nos quisieron decir que la isla era un presidio y sus habitantes fueron siempre llevados a la fuerza o la descubrieron por su mala estrella. Pasaron tantas cosas que es imposible que las cuente todas. Pero los presidiarios de Juan Fernández fueron los más malos de sus habitantes, decía una negra candombe que se apelaba Dominga y vivía ya muchos años en la isla. Ayudaba en la prisión en los menesteres de la cocina, que no era poca cosa alimentar a esa tropa de desvergonzados y gendarmes y señoritos políticos que había mandado O’Higgins al destierro.

¿Don O’Higgins, el Director Supremo?

El mismo, Zárate, que eso era en ese tiempo, nombrado por San Martín y medio lío que fue la Independencia. Mandaba el país y el país

no andaba, las revueltas y los espías y los ladrones abundaban en líos y crímenes y robos, los criollos no dependían de España después de Chacabuco, aunque en verdad fue la batalla de Maipo la que cambió las cosas, ahí fue cuando Chile se dio una vuelta de carnero pero quiso el destino, fue el destino no más, que ocurriera lo mismo que hizo Osorio engañando a los marqueses, a los condes, a los hacendados que habían huido a sus tierras después del desastre de Rancagua, cuando entró el ejército de Lima en Santiago, enviado por el virrey a terminar con los alzados. Ese Osorio les instó a volver a la capital del reyno, como decía: que no habría represalias, que volvieran en paz a gozar de sus bienes pero en cuanto regresaron a sus casonas, tomó presos a todos los miembros de la junta de gobierno de 1810 y los metió como carneros en la Sebastiana, una goleta mal calafateada, y los mandó desterrados a la isla.

Pero la segunda vez no fue así, el Ejército Libertador cruzó Los Andes, se hizo de la capital, huyó Marcó del Pont pero lo pillaron, lo apresaron, y ahora teníamos patria, éramos libres. Pero nunca tanto. El sur estaba en reyerta permanente, las platas del horario, del erario sería, pues, Carmen, ése que usted nombra será. El asunto es que los patriotas armaron el Ejército Libertador que salió rumbo al Perú; pero en el sur los bandoleros asaltaban los fundos, se robaban a las mujeres y los niños, lo que pillaban, a los hombres no les daban cuartel y nosotros, escondidos en la tierra donde habían llegado los abuelos, nos hacíamos los cuchos, los ciegos y sordos. Igual salían tropas de Concepción a buscar alimento, ropa, soldados. Nos despojaron los españoles, los indios, los patriotas y muchos huyeron a las montañas. Los más listos se hicieron montoneros con Benavides y los Pincheira, y por eso nos fuimos a la isla y en llegando comenzaron los desastres y las premoniciones. Un día hasta una estrella con una mansa cola que corría por el cielo. Eso es un cometa, Carmen, dale con corregirme, qué tanto le mete palabras, eso fue lo que vimos. Era el anuncio de tantas calamidades y derrotas en esas tierras indómitas, la región al otro lado del Bío-Bío que abandonó el señor O'Higgins para ir a pelear otra guerra que nada que ver en el virreinato del Perú. Pero a nosotros los sureños que antiguamente llamaban los de abajo, nos abandonó a las carnicerías, a las guerrillas, al hambre. De ahí, de esa hambre y esa contienda sin término entre indios y españoles y criollos y vecinos y negros y pardos y zambos y revolucionarios como los hermanos Carrera, que odiaban al bayo guacho, así apodó misia Javiera Carrera al que tantas miserias les causó y causaría, bayo por su cabello rojizo y huacho por ser hijo natural de un virrey de Lima de origen irlandés, servidor leal del rey de España. Don Bernardo, ese es de quien le hablo, fue reconocido y legitimado a la muerte por don Ambrosio que le dejó tierras y bienes, pero había estudiado en

Inglaterra, era el único que entendía lo que era un parlamento, y comprendía muy bien eso de la democracia que la llaman, donde todos los habitantes elegían al presidente, aunque no todos, los propietarios no más. Y aunque era algo más que lo que conocíamos, eso no lo iban a entender los marqueses, los condes, los curas, menos los partidarios del rey. Al final a don Bernardo no le quedó otra, así decían los carrrerinos en el Peñón, tuvo que nombrarse dictador porque no le daba para presidente, decían. Era un buen soldado, aunque la firme es que perdió algunas batallas, la cosa es que se odiaron con los Carrera, esos eran harto listos, con el favor de Dios, señoritos de alcurnia y, por lo mismo, altaneros. No se la pudo don O'Higgins con ese desconcierto y esa pobreza que se le vinieron encima con la Independencia. De tantas guerras y guerrillas, de tanta pobreza, saltó la semilla de la disolución y la muerte. De ese enredo salió Benavides, el bandido, a sus infamias y traiciones. Yo conocí a Teresa, su mujer. Lo agarraron finalmente y el tal Benavides murió por garrote vil en la Plaza de Armas de Santiago. Fue el último de los ajusticiados en la plaza. Ensartaron su cabeza en una pica y la tuvieron al desgaire y se la comieron a picotones los jotes hasta que rodó por el suelo y el resto se lo despacharon los perros vagos que pululaban por la ciudad. Vicente Benavides fue caudillo y traidor, chileno y español y lo que fuera. Era un truhán. Y de esos abundaba la patria en las tierras olvidadas.

Tengo para mí que mi padre nos llevó a la isla para salvarnos de los asaltos de los indios y los soldados. Igual hacían el mal, no sabíamos a cuál creerle. Y esa es la historia. Muertos los míos de allá, he vuelto a los muertos de acá. He regresado, Zárate. Hizo bien mi padre en sacarnos de esta tierra perdida, el sur estaba desenfrenado en esos tiempos. Por muchos años el país no supo quiénes eran los buenos y quiénes, los malos. Yo no me hago la idea si O'Higgins actuó por venganza o necesidad de parar el enredo de las revoluciones y los ladrones y la pobreza, éramos harto pobres y éramos hartos, ¿se acuerda, Zárate? Mejor déme otro cigarro y lárguese un trago de vino pipeño, esa botija que tiene escondida entre las piernas, no sea tacaño, amigo. En sirviéndose un vaso se lo echó de un trago al gaznate y arrimándose al fuego estuvo recordando los días de su juventud, abusos de bandidos, las malocas, esos asaltos feroces en que robaban niñas y mujeres jóvenes para esconderlas en las lagunas de la cordillera donde habían armado sus campamentos los bandidos, encerrados por altísimos cerros entre los bosques más tupidos y más encima entreverados de quila, crece tanto la quila y da las varas con que los mapuches se armaban de lanzas de hasta seis metros, tan tupida crece que nadie penetra en esos bosques si no conoce bien el camino. Y no eran caminos, apenas unos rastros que

tapaban con ramas para no dejar huella. Vivieron años defendidos por la naturaleza misma de la tierra que les querían quitar. Costó mucho ganar esa guerra. La guerra a muerte, la llamaron. Y es que eso era. Los mapuches son guerreros terribles, fueron invencibles hasta que el cañón los derrotó.

Pero a los habitantes del Peñón que habíamos llegado a labrar la tierra y lechar las cabras, a hacer los quesos, a nosotros, muchos eran pescadores sabidos y vivíamos en gran contentamiento, nos mandaron a los presos políticos y a los viles. Ahí llegaron carrerinos, demasiado fieros por las desgracias que causaron y les causaron, no eran traidores, el hombre vale poco por sus ideas en tiempos de revolución. Se les clava la brújula, decía Olivares, no ven sino lo que quieren ver y cuando fusilaron a los dos hermanos menores, a don José Miguel le entró la ferocidad de la sangre herida de muerte, y ayudaron a su furia los consejos de su hermana Javiera, que sin ser la monja Alférez, era mujer de ideas libertarias y odios fuertes. En fin, dicen que O'Higgins dio la orden de fusilar a don José Miguel en Mendoza y ya el gobierno no daba para más y súmele el asesinato de Manuel Rodríguez, la cosa se cortaría por algún lado en forma violenta. Caímos de la sartén al fuego, decían los conjurados. Era necesario sacar a O'Higgins del sillón y mandarlo al exilio. Y así no más fue.

Y nosotros, entreverados con los más perros de los hombres, que los hay, Zárate, los hay. El peor era Palacios, oriundo de San Fernando, se las daba de teniente coronel por haber acarreado a los prisioneros españoles a las Casamatas de Callao, dicen que era empleado del tal Monteagudo, uno aprende tantos nombres y enjuagues cuando convive con los desterrados, los escucha y hasta los compadece al final.

El tal Palacios fue destinado para instalar la colonia penal otra vez en la isla el 1 de mayo de 1821, se llevó seis fanegas de cal, diez quintales de hierro, diez libras de polvos rabiantes que se me hace que es lo que llaman pólvora, y una guarnición de treinta y cinco soldados. En sus temores de no poder cumplir lo encomendado escribía al ministro Zenteno: «si en tiempo de los tiranos, la guarnición era de cien hombres y no bastaba, ¿qué podría hacer con treinta y cinco reclutas, hoy que en lugar de hombres llevo fieras?» Como Ovalle era letrado y le pegaba a la leyenda, le escribía las cartas al tal Palacios, que lo nombró su secretario. De ahí sacábamos noticias, nos informábamos. Fieras, así nombraba a los carrerinos. También llevaba presos comunes, muchos formaban parte de la montonera de Benavides y su captura y muerte hacía ya dos meses le dejó al gobierno entre las manos una caterva de malvados que rebalsaron la cárcel de Santiago. El peor era un tal Vázquez, del que se decía era

capellán de Benavides. ¡Un cura, Zárate, un cura que mataba con corvo y arremetía contra las mujeres y odiaba a los criollos, a los españoles y a Dios!, gritaba cuando le venía la furia.

Se repitió lo mismo que habían hecho antes con los patriotas, los arrastraron encadenados al puerto, Zenteno autorizó asesinarlos si intentaban huir, las instrucciones del tal Zenteno, que más parecía carnicero que general, eran bárbaras y eso que se le tenía por cristiano y hombre de ley. Pero yo no me la creo…

Y ahora les contaré lo malvado que era Ovalle, uno de los carrerinos más rabiosos: Nicolás Carrera fue tomado preso mientras dormía en su villa de Viña del Mar, era un mozo forzudo y furioso, aficionado al alcohol. También iba don Luis Ovalle, nacido en Quillota, carrerino frenético, mentaba Olivares, un gendarme con el que hice amistad. Decía que Ovalle era hombre de hígados hinchados, enconado, tenía sus palabras Olivares. Ovalle era arrogante, harto arrojado. Los subieron apretados como ratas en la corbeta Chacabuco y Palacios embarcó días después en otra y en llegando a la isla se dio a la tarea de fatigar a la guarnición, tanta prisa tenía por reconstruir el antiguo redil. Olivares contaba en los días posteriores a la revuelta que los soldados de infantería, a los que había ofendido convirtiéndolos en cabreros y obligándolos a rodear el ganado disperso por las inaccesibles montañas, se tomaron con la ayuda del jefe de artillería el lugar y lanzaron una bala de cañón por encima de la casa donde dormía el perla con su familia. Y se armó la grande. Qué más querían los carrerinos que armar trifulca y regresar a Chile a seguir revolviéndola. Nombraron gobernador a Muñoz Urzúa, el mejor de los carrerinos, y este puso guardia permanente ante la celda de Palacios, temeroso de que lo mataran y él debiera responder al gobierno de Santiago. El asunto es que Juan Nicolás Carrera era nieto político de Muñoz y embriagado con el licor que repartieron esa noche se fue, puñal en mano, a la celda del villano a matarlo. El cabo de guardia, casi desarmado por el mozo forzudo, a último momento le disparó un tiro en la sien. Murió en su sitio y en su rabia. Se comentaba que el mismo Muñóz Urzúa ordenó al cabo que le disparara, lo prefiero muerto que ebrio y loco de venganza por nieto político que sea, decía.

Después fue mucho el lío. Llegó un barco americano y enviaron a un oficial a averiguar si Lima estaba en manos de patriotas. Los conjurados lo tomaron preso y enviaron a bordo a don Bernardo Luco a parlamentar, pero en escuchando el capitán la alevosía de la colonia penal, levó anclas y partió a dar cuenta a Valparaíso. No lo recuerdo todo, era un desorden patagüino. Olivares huyó conmigo y me llevó a los cerros, viví con él muchos años, nunca tuvimos hijos. Se escondió en la quebrada del Rabanal, conocía la isla al dedillo y se amistó con

unos pescadores, mi padre lo terminó aceptando, qué le iba a hacer remilgos si no había un alma que más valiera.

Solo recuerdo que el penal duró varios años, que el nombrado Ovalle y un español de apellido Mate se tomaron la lancha del gobernador, le metieron una tripulación de ocho soldados armados y unos remeros cautivos de una ballenera prófuga que escapó a mar abierto al ver el berenjenal en que se había metido. El asunto es que los fugados iban dispuestos a la piratería, cogerían un barco y se harían a la mar a matar cristianos y hacerse del botín. Una mañana avistaron una fragata, el quillotano los instó a abordarla, pero el capitán de la Washington, Rubén no sé cuánto se llamaba, era tan arrojado como Ovalle y con su gente logró apresarlos a todos en un descuido cuando enfilaban rumbo a Juan Fernández para sacarlos a todos del presidio. El gringo no solo mató a Ovalle sino a Mate. Murieron como lo que eran: caudillos o caciques más valientes que sabios. Olivares me hizo entrar en razón. Al principio yo era rebelde y los admiraba. Pero Olivares me decía, negra, cuidado. Un rebelde no es así por las puras, siempre se rebelará contra algo. No hay fin a la furia de esta gente que se siente nacida para mandar. Súmale la injusticia que domina hoy día en el país y verás, negra, que lo mejor es quedarse en tierra chica, rodeada de mar, comiendo lo que nos da la isla. Y así fue. Fusilaron a don José Miguel en Mendoza, doña Javiera capaz que siga viva en su caserón del Monte, Chile es una república, los odios todavía no colman los corazones que siguen hinchados de rencores, yo ya estoy vieja y se murió Olivares ya va para seis meses. Así es que me volví a mi tierra y venga lo que venga aquí me quedo. Porque ya sé que Chile será por años tierra de montoneros, de políticos furiosos, y por mucha plata y oro que salga y hasta esa sal de la tierra que han descubierto a más de una mina de pura plata allá por el norte, aquí no va a haber paz, Zárate, porque no somos pacíficos. Y echándose el último trago de vino a la garganta, dejó caer la cabeza sobre un hombro, se arrebujó en su mantón negro y se durmió como bendita porque ya había regresado a su tierra.

Capítulo 6

El día de su desaparición Bella Aurora del Carmen se despertó al alba. Echó las sábanas atrás con el vigor de sus dieciocho años y saltó a las tablas del piso con esa energía demoledora que asustó a pretendientes, parientes y profesores desde que tenía siete años, cuando su abuela Malvina dictaminó que andaba en carnes turbulentas, que había nacido igual al padre y ojalá Dios tuviera misericordia de ella porque siendo mujer como era, los hombres la iban a perseguir sin darle tregua.

Esa noche se había acostado temprano, pues al día siguiente empezaría su trabajo en el restorán más elegante del litoral. Era un buen trabajo. Su primer menester al despertarse de amanecida fue esa mata de pelo acaramelado que le crecía cuarta por noche. Y es que domarlo no era fácil. Se enredaba al menor intento de entrarle una peineta, había que lavarlo en agua de quillay, secarlo al sol para que no perdiera el brillo, enjuagarlo en vinagre de manzana diluido en agua fría para finalmente enroscarlo en las cintas de papel, únicos adminículos capaces de controlar ese pelo de cordero con que naciste, rezongaba su madre. Bella Aurora aprendió a domeñarlo por sí misma y nunca más permitió que persona alguna le tocara el pelo. Fue su rasgo característico, no hubo mozo ni muchacho ni madre ni padre que jamás pudieran pasarle la mano por el cabello, atraídos por la abrasadora luminosidad que le hacía un halo como a una santa, dijo siempre su madrina, doña Zarina Armendáriz viuda de Oñate, que le vislumbró una belleza peligrosa desde la pila bautismal, le van a dar problema esos ojazos, dijo, y a medida que crecía siguió colgándole atributos peligrosos, ahora que se te afinó el talle, niña, no menees el traste como una mona y, después, cuando el cuerpo comenzó a redondearse y le surgieron unos pequeños botones que anunciaban los pechos, que no anduviera tan derecha, que amenazaba con sus tú

sabes, le reprochó, pero los pezones siguieron alzándose movedizos bajo la blusa veraniega, anda niña, usa ropa suelta, animas a los hombres, ya eres una mujer, ¡baja los ojos, Bella Aurora, quién te dijo que era de señorita mirar directo al fondo del ojo! Pero Bella Aurora no parecía consciente del mundo ni los hombres y andaba entrada en sí misma, ensimismada, decía el maestro Muñoz, especialista en palabras enrevesadas, solían comentar las madres el día de la distribución de premios en el único liceo del pueblo. Y es que Bella Aurora andaba como dentro de un nubarrón.

El día que partió al colegio de la mano de su madre justo a los siete años, porque antes no hay para qué joderle la vida a una niña, aquí en la casa conmigo aprenderá las primeras letras, ya se persigna como Dios manda y reza hasta el Señor Mío Jesucristo, declaró la madre al padre Adriano, que no porque el papá le haya salido estrambótico, van a colgarle a la niña como un pecado ese color mate y esos ojos tremendos, esa boca sonriente aunque le duela el alma, ese pelo rizado y crespo que le viene por él, a mí que me registren, en mi familia no hay un negro ni por asomo; esta me salió así por fuera, pero por dentro es otra cosa, dijo con exagerada firmeza. Don Adriano, el cura párroco, aceptó rápido las excusas porque la niña, si uno reflexionaba, salió calcada a su padre, pero no por eso iban a cargarle los pecados paternales, un tema que mejor ni tocarlo si la verdad ha de ser dicha. Y no debía ser dicha ni contada ni sospechada jamás. El padre Adriano fijó la mirada en el Cristo pidiéndole ayuda con carácter de urgente: sáqueme a la iñora de encima, señor Jesucristo, hágala callar y a lo mejor hasta confesarse, rogó. Pero además quería evitar a toda costa otra discusión con la lengua más afilada del pueblo. In nomine Patris, murmuró cuando Malvina con su cola de caballo más tiesa que nunca, salió por la puerta como un vendaval.

Bella Aurora corrió a la cocina apenas despertó en busca de su vaso de leche matinal. Se asombró de haberle ganado a las gallinas. El sol apenas comenzaba a aparecer detrás de las montañas como una flor de la maravilla. Se iría desmadejando a lo largo del día por los techos y las calles hasta llegar al mar. Madrugué, se sorprendió, y en la soledad de la cocina se hizo un pan tostado con mantequilla, mordisqueó una manzana, pero estaba rancia y la dejó tirada en el mesón, quebró dos huevos en un bolo y los batió sobre el fuego de la cocina para comérselos revueltos con un pan fresco, y en eso apareció su madre, aún ofuscada por el sueño, restregándose los ojos y bostezando un buenos días pastoso y lento.

Bella Aurora le comunicó en ese instante que partía en la noche a trabajar al restorán francés y que el trabajo era con alojamiento, que vendría los lunes que tenía libres. Eso sí que no, dijo la madre. No se discute, replicó ella. Y además, estoy juntando plata para irme a

Santiago. Seguro, respondió la madre, tendrías que matarme primero. Anda muy suelta esa palabra por aquí, dijo Bella Aurora. Cuéntame qué pasó con mi padre, qué es eso de su desaparición tan rara. ¡Cuéntame de una vez por todas! Tu padre se murió en el mar y ya lo sabes. Con que cállate y déjame tomar mi desayuno en paz.

Para tu información, declaró Bella Aurora, a partir de hoy día me mando sola. ¿Y a qué viene ese atrevimiento?, preguntó su madre. A que cumplí dieciocho años, madre, y soy mayor de edad. Y eso a mí qué, dijo la madre, echando una cucharada de café en polvo a su taza y rellenándola con agua. Ya lo verás, respondió ella y corrió a su dormitorio a lavarse el pelo, a planchar el vestido negro, a lustrar sus zapatos. Sin almorzar se escurrió por la ventana. Quería despedirse del mar, del cerro con sus azucenas rosadas y de todo el pueblo. Salió caminando por las calles plácidas, entrando y saliendo de las tiendas, los supermercados, el correo y la paquetería. Hasta a la farmacia entró. Y siguió bajando a la caleta por las escaleras.

Rigoberto salió de pronto detrás del restorán de César. Ven, Bella Aurora, ven que te quiero contar un secreto. Y ella pensó, estuvo segura, que él sabía el secreto, que se lo iba a contar, y lo siguió sin dudar por la rambla hacia a la caleta.

Subamos el cerro, propuso Rigoberto. Subamos, dijo Bella Aurora. Treparon entre las flores y los cardos y de pronto estuvieron en la punta, junto al árbol que se veía desde todo el pueblo. Ahora te voy a mostrar los caletones, sígueme.

Y ella lo siguió a pesar del extraño presentimiento de que algo, quizás qué, estaba a punto de ocurrirle.

De pronto, Rigoberto se paró en seco y dándose vuelta la abrazó, déjame quererte, Bella Aurora, déjame que te muestre que eres una mujer hecha y derecha. Eso ya lo sé, dijo ella, tratando de zafarse.

No sabes nada, dijo él, y un día te enseñaré. Siguieron caminando entre las rocas y de pronto Bella Aurora se encontró al borde de un precipicio a plomo que daba al mar. El cerro se dividía en dos y una gran zanja lo separaba de las últimas rocas. Miró al fondo y el mar entraba y salía con estruendosos remolinos, la espuma parecía crecer pero el mar regresaba con una fuerza incontenible, es como un animal voraz, al que se cae se lo traga, pensó Bella Aurora.

Estos son los caletones, dijo él. Si te caes adentro nunca nadie te encuentra, aquí no se salva nadie, y ella sintió la mala intención. ¿Me estás amenazando?, preguntó intimidada, pero él qué cosas se te ocurren, Bella Aurora, solo quiero que me quieras, que te dejes de huir y no le hagas caso a tantas cosas que dicen en el pueblo. ¿Y entonces no conoces a las Mandiola?, preguntó. Claro que sí, mocosa tonta, hasta tú sabes quienes son.

Claro que sé, pero apuesto que vas a su disco y hasta te quedas la

noche entera, dijo Bella Aurora.

Esas son cosas de hombre, dijo él.

A mí no me interesan los hombres como tú, dijo ella, cuéntame qué pasó con mi padre, cómo se murió, cuéntame qué saben todos que yo no sé. Rigoberto se rió un poco a la fuerza y la abrazó por la cintura, son peleas antiguas. Dítimo se agarró conmigo en una riña, Bella Aurora.

Ella se escurrió rápida, ¿y por eso no más se fue, por una pelea?

Es que no se fue, el griego era mañoso, salimos a pelear… y eso.

Cómo que eso. ¿Qué pasó?

¡Córtala con tus preguntas!, le gritó Rigoberto, deja el pasado donde está, muerto igual que él y acércate, niña. La tomó con fuerza por los brazos pero ella se soltó, trastabilló, y tuvo que agarrarse de él para no caer al fondo del desaguadero que rugía a sus pies.

Cuéntame qué pasó y te dejo besarme, dijo rápida.

¿Me lo juras por tu abuela Malvina?

Te lo juro, dijo ella, pero por si acaso no metió a la abuela en ese juramento forzado.

Lo maté, dijo Rigoberto. Fue en la disco, era aficionado a las Mandiola y era medio curado.

¡Mi padre no tomaba un trago!, mintió.

En su casa sería, lo que es en el pueblo era capaz de tomar hasta caerse al suelo. Se pasaba la noche entera cantando, bailando, tomando y peleando. Le gustaba la trifulca y un día le saqué la cresta.

Pero no lo mataste, dijo ella.

No, fue un accidente.

¿O sea que lo mataste, Rigoberto?

Era cuestión de él o de mí.

¡No quiero verte nunca más!, le gritó. Pero antes sé bien hombre y cuéntame cual es el secreto, qué sabe mi abuela, un secreto que mi mamá hace como que no supiera, pero lo sabe. Ya pues, sé macho como dices que eres, ¡cuéntame qué pasó en mi familia!

Dítimo era rosquero, niña, cállate mejor. La abrazó y ella se defendió, la besó y ella trató de huir. Y le plantó el grito: ¡Córtala, Bella Aurora, tu padre no es Dítimo!

¿Y quién es mi padre, Rigoberto?

Se murmuran cosas, dijo él, pero yo no las creo.

¿Qué dicen, qué?

Que mi padre es tu padre, dijo él, pero es mentira.

Bella Aurora supo de inmediato que era verdad. Sus ojos esta vez no mentían. De pronto la abrazó y comenzó a bajarle el cierre de los pantalones y ella comprendió que de esa no se salvaba.

¡Déjame, desgraciado! ¡No puedes ni tocarme!

Sí puedo, dijo él, porque es mentira. No fue el único que persiguió a

tu madre antes que le bajara esa amargura que la consume. Era bien buena para salir a bailar y coqueteaba de lo lindo tu santa madre que se hace la cucha, para que lo sepas. No todo es como dicen, Bella.

Ella lo miró a los ojos y en el fondo, detrás de las pupilas y la furia, del deseo, vio la verdad y se lanzó a correr desaforada. Tropezó, hizo un trompo, y de pronto sintió como caía.

Rigoberto se asomó al borde del precipicio. La espuma se estrellaba contra las rocas negras. Se echó a correr cerro abajo como un desesperado sin saber si corría a buscar ayuda o huía de esa muerte que le cargarían de todas maneras en el pueblo.

Muchos años después doña Zarina explicaría el asunto. El destino hace las cosas a su manera, diría. Y es que la Rosa había ido a recoger azucenas al cerro a la misma hora, escuchó los gritos y a Bella Aurora desapareciendo en el abismo. Se lanzó cerro abajo gritándole a los pescadores ¡saquen los botes, saquen los botes!, ¡Bella Aurora se cayó en los caletones!

Los pescadores se hicieron a la mar en pocos minutos y fueron acercándose al cerro con cuidado, alejándose de esa grieta que partía el cerro en dos. Sabían que la ola salía furiosa por la grieta angosta. Eludían con su vieja sabiduría las corrientes traicioneras y los remolinos, pero aún así buscaron en los lugares peligrosos, como la hondonada donde había caído el avión de don Estanislao años atrás y solo habían recogido un pedazo de ala de lona y la bitácora. Se atrevieron contra las condenadas olas que reventaban contra el murallón, se enredaron en los huiros espesos y lucharon contra el viento sur que armaba crestas blancas en la mar embravecida, luchando por acercarse al caletón. Y aunque buscaron dos horas, no dieron con rastro alguno. Es hora de regresar, hay que ir a avisar en el pueblo, dijo Antolín Rubio, el viejo patriarca pescador. En cuanto atracaron, corrieron a dar la noticia: A Bella Aurora se la tragó el mar, declararon en el retén al cabo de guardia. Pero la Rosa ya lo había contado con precisión y los carabineros tuvieron que subir con ella a dar la noticia a la madre y a la abuela.

Rosa se puso a gritar desde que divisó la casa, ¡Bella Aurora se cayó en los caletones!, decía sollozando desde la primera vuelta del camino a las tres de la tarde; hablaba entrecortadamente y se pasaba la manga por la nariz mientras subía y contaba que iba con el Rigo y él le dijo no sé qué y ahí fue cuando echó a correr y tropezó. Yo la vi caer, sollozaba, yo la vi caer.

Está muerta, dijo la abuela Malvina.

Él la empujó, dijo la madre, y cayó sentada sobre un piso de madera.

Llegó Valdebenito, los vecinos comenzaron a juntarse, llegó don Adriano el cura, y los bomberos hicieron sonar la sirena larga que

anunciaba desgracias. El pueblo fue aglomerándose poco a poco en la puerta y las dos mujeres seguían repitiendo ese desgraciado la mató. La tarde avanzaba espesa y malévola a pesar del olor a madreselvas y heliotropos, a floripondios maduros. Llegó la señora de don Matías con flores. Don Adriano dijo que habría una misa a las siete por el descanso de su alma y para que el mar devolviera su cuerpo. Ya caía la tarde y nadie se movía.

De pronto, a lo lejos, vieron avanzar una figura.

¡Es Bella Aurora!, gritaron. Y ella seguía caminando rumbo a su casa lentamente.

Es su ánima, dijo Malvina.

Es ella, dijo la madre. Yo sabía que a esa no la mata ni el diablo.

Bella Aurora entró en su casa empapada y pálida. En el pueblo comentarían por años que ya traía puesta esa cara de perdida en la inadvertencia con que quedó para siempre. Está viva pero lunática, dictaminó su madrina, anda con el puro cuerpo, quizás dónde se le quedó la cabeza.

Me caí en los caletones, dijo Bella Aurora.

Nadie sale vivo, mentirosa, murmuró por lo bajo doña Zarina.

Explíquese mejor, dijo la madre.

Deje tranquila a la niña, se metió la abuela Malvina desde su silla de paja junto a la cocina, de la que no se había movido en toda la tarde, ay madre, alegó su hija, ya va a comenzar alguna de sus historias interminables.

Cuenta, Bella, ¿qué te pasó?

Que me caí en los caletones, abuela.

Mentirosa, dijo su madre, la bestia de Rigoberto te empujó, seguro que te llevó a la poza de Las Perdices, en los caletones no se salva nadie y la Rosa miente igual que tú.

No miente, dijo la abuela. Escúchame y no te enfurruñes. Cuando llegamos con Godofredo a la caleta, ese mismo año se cayó Emeterio Lisperguer, el de los ojos azules, ese que dicen que es descendiente directo de la Quintrala, y lo dieron por muerto. El lindo se salvó gracias a las ballenas, decía Godofredo, que metía a las ballenas en cualquier asunto, pero el Eme, así le decían, el Eme, contó hasta el día de su muerte que se cayó en los caletones del cerro de la Cruz y una ola profunda, era como un colchón de lana pura de oveja, argumentaba, lo sacó a mar abierto, y siguió nadando bajo la superficie y salió de las corrientes y los remolinos que se arman contra el cerro al doblar el Mar Bravo; que aguantó la respiración hasta que casi se le reventaron los pulmones. Recién cuando sintió el mar calmado sacó la cabeza afuera a punto de reventar y nadó a la caleta igual que Bella Aurora.

Son cuentos de Maricastaña, dijo la madre.

¡Cállate, Malvina, de una vez por todas, es como si quisieras que

se hubiera muerto, le gritó la abuela!

Yo me acuerdo del caso de Emeterio, es la pura verdad, saltó don Matías, que hablaba sólo cuando era inevitable.

Me tomaría una taza de café caliente, dijo Bella Aurora.

No le vayamos a creer no más, farfulló doña Zarina, que había gastado un dineral en una corona de azucenas trenzadas que tendría que llevarle a su esposo al cementerio, no iba a perder la plata.

Ya, pues, misia Zarina, no le eche más leña al fuego le susurró Valdebenito; es que esta niña inventa, apuesto que le oyó la historia a su abuela y la repite como un loro; mejor cállese, Zarinita, no arme enredos, logró silenciarla Valdebenito.

El padre Adriano dijo que se suspendía la misa de la tarde pero en la del domingo daría gracias a Dios por el milagro.

El grupo comenzó a disolverse, se hace tarde ya, nos retiramos, señora Malvina, y comenzaron a bajar el cerro murmurando manso milagro, falta que la nombren santa ahora.

Valdebenito recomendó friegas de alcanfor y a la cama temprano, niña, y los vecinos fueron despareciendo uno a uno en el último recodo del camino.

Madre, dijo de pronto Bella Aurora, acercando la boca a su oído, ya lo sé todo. No tenías para qué mentirme; si no fuera por la abuela capaz que hasta me hubiera enamorado de mi hermano.

¡Cállate, no es verdad!

Es verdad, madre, ya no tienes para qué mentir.

Así será, dijo Malvina de la cola de caballo y le sirvió un tazón de café recién hecho.

En cuanto a Rigoberto, solo se supo que había partido a escape hacia Los Vilos, donde se embarcó en una goleta rumbo a Ecuador.

Abuela, dijo Bella Aurora esa noche, ahora podrás contar la historia de mi desaparición y aparición.

Capaz, dijo Malvina, pero primero contaré el milagro de la ola hospitalaria, esa que te salvó la vida y me impidió tener bisnietos de seis dedos y boca de liebre.

Último derrotero

Me eché a caminar rumbo a la caleta mañosa de temblores de vieja que me puse, de amarilla que me puse, de aburrida que estoy sin encontrarme con nadie que me conozca, explicando todo el tiempo quién soy, cómo me llamo. Es que los muertos son muchos ya, se fueron instalando sin orden dentro de mí, uno a uno comenzaron a desmigajarse en su mortal inaugurada ausencia para mostrarme, comprendí, el puerto de llegada. Se irían acumulando y no cejarían hasta llevarme con ellos en sus correrías entre el cielo y el mar. Piratas. Eso eran. O balleneros. Pescadores también, como mi padre. Gente de mar y tierra, pero más de mar y de islas.

¿Cómo me llamo? Abuela me dicen. Pero yo sé que tengo un nombre y lo he olvidado, tuve una casa en una isla donde los picaflores chupaban las manzanillas silvestres y huyeron a perderse en las islas más escarpadas, en las inalcanzables hicieron sus nidos, en los acantilados; los turistas los espantaron con sus sombreros y máquinas fotográficas, con sus risas insaciables y esas carnes blancas asoleándose, aireándose; a los dos días estaban rojos de sol y sal marina, llegaron los langostas, decían los isleños, desdeñosos, aunque los alojaban en sus casas y les cobraban un ojo de la cara a esos gringos con talante de soy dueño de todo; se les pelaba la nariz de vivir al aire y al sol desde el alba al atardecer buscando el tesoro del pirata, no lo fueran a encontrar no más.

Los turistas jodieron la isla, más encima los caballos se comieron la hierba, la arrasaron, nadie recuerda el valle y las manzanas, de los míos ni uno queda; desde que aprendí que la soledad se me había incrustado me escurro, retrocedo, me guardo como una fotografía de Atanasio para no desteñirme y seguir olvidando y olvidándome. Comparezco en la caleta para impedir que me releguen, la vieja que se lo pasa hablando con sus aparecidos decían y seguro dirán, pero yo las emprendí rumbo al pasado, vuelvo al rincón donde una tras otra las dos Malvinas tuvieron su hora del recogimiento, yo no heredé ese nombre, mi padre me dio otro en la pila bautismal, miren lo que le hizo a la niña, decía mi madrina, la fregó con el nombre de hostería que le puso, ese griego no tenía remedio, era fachendoso, no lo niego, con sus ojos azules y ese aire mal disimulado de tunante.

Entre ballenas y pescadores pasé la vida, entre hombres que me quisieron y otros no tanto. Por familia salimos andariegos, viví en muchos lugares y regreso inequívoca a la caleta donde tuve madre y abuela, un padre tuve, el del acordeón, muy veleidoso. De un repente se esfumó en febrero, ese mes de las brumas en que el mar se pone

color petróleo me regaló el más aciago de mis retazos, pedazos, abrazos, coletazos.

Regresé porque correspondía. Vuelvo inconcusa: aquí correspondo aunque ya no recuerde quienes vivieron conmigo en carne y hueso, en apariciones y desapariciones. Tejiendo la vida entre silencios y camándulas mi madre y mi abuela levantaron su tienda en ese desierto en que nos convertimos cuando viejos. Los hombres odian, aman, envejecen de otra manera; meten en la bodega del olvido los amores, los sueños, los empeños. Pero vivir entre puras mujeres es temible. Avivan sus odios y disimulos como avivan el rescoldo del brasero y la cocina, no dejan nunca que se apague el fuego del rencor y se mueren sin decirte nunca la verdad.

El mar de febrero es tibio en día nublado, amanece dormido, mudo amanece, y los recién llegados creen que hace mucho frío y no se meten al mar ni por si acaso, temerosos de los calambres y la parálisis, si hasta a la cardiaca le tienen miedo, harto fregados son, con el favor de Dios. Se quejan de la plata perdida en los arriendos a causa de los días nublados.

Eso les pasa por entrometidos, decía mi madre, no son pescadores, son veraneantes no más, qué se han creído; vienen y se van rápido, recorren el pueblo mirando aquí y allá como si fuéramos un pájaro raro, compran un chal de La Ligua en el doble del precio, almuerzan en el Chiringuito los domingos y se hartan de congrio frito y de caldillo. Pero nunca aprenden que el mar de febrero es tibio, suave como una ostra contra el cuerpo, salado y resbaloso, quieto, los niños nadábamos como peces en ese mar hecho laguna, sin corrientes submarinas ni resaca; es que las olas se ponen mecedoras cuando están bailando su baile de febrero. Los pescadores entienden la circunstancia del mar, a los intrusos no les contamos nunca que es tibio y dulce, salado y dulce el mar de febrero cuando se hace el dormido.

Qué les vamos a contar, decía Malvina, capaz que vuelvan el próximo verano y se hagan habitués.

¿Que se hagan qué, abuela?, habitués, los que vienen siempre y lo hacen costumbre, decía misia Ofelia, a ella si que no le gustaban los siúticos, y mucho menos los recién llegados.

Tampoco hablamos de las ballenas. Más bien de la blanca y gigante, la que se lleva a los muertos sobre el lomo a la isla Mocha para que traspongan el sol, de qué sol hablarían las abuelas, de qué ballena. De la que amansó Juan, decía la Dominga, una negra hechicera que tanto hacía el bien como el mal según se le antojaba allá en la isla.

Pareces una azucena rosada de esas que crecen en los cerros, me decía mi abuela a los diez años, si no fuera por tu pelo crespo, por tus

ojos y tus entresijos que confunden hasta al señor cura, serías harto más fácil, una azucena no es misteriosa como tú sino traslúcida, el sol la atraviesa de parte a parte, pero a ti, niña, el sol se te mete por los ojos y se esconde, te tragas el sol, yo que tú iba donde el cura a pedirle que te eche una bendición con el agua bendita que trajo el obispo desde la misma Europa, eso no más recuerdo y que salí mestiza y ahí se le agraviaba la voz como si un gran mal me hubiera caído encima.

Hace calor, mucho calor en el camino, esta tierra es seca y se hace polvo en el verano, aquí comienza el desierto explican los trashumantes que vienen a puro curiosear. A lo lejos trota el burro del correo, tengo que alcanzarlo antes que caiga la noche. Avelito corre junto a él, no lo monta nunca desde que lo lanzó al suelo y se cayó de cabeza entre las rocas, quedó colgando de un pedazo de tierra donde lo encontraron al día siguiente. El burro llegó solo esa noche. Salieron a buscarlo de madrugada y lo encontraron vivo pero lelo. Avelito se quedó mudo, nunca más habló palabra aunque igual siguió llevando y trayendo el correo por muchos años.

Un día me escapé a la isla. Cualquier día. Quería trabajar, pero sobre todo quería salir de la caleta y aunque me da vergüenza hasta pensarlo, ansiaba arrancarme de mi madre. Había comenzado el otoño y los árboles botaban hojas con ese descuido que tienen para desordenar los bosques. Yo pensaba cómo lo harán los árboles para amanecer un día enfundados en color tan fulminante, es cobre, insistía el maestro de la escuela, y le creíamos. Sabía las cosas que ignorábamos, era instruido, el maestro.

Ese fue el otoño en que me arranqué. Tomé el tren en Papudo y me fui a La Calera y por ahí, en un camión, en un bus, llegué al puerto de Valparaíso. ¿Dónde está el muelle, caballero?, pregunté. Y echando un dedo al aire el vendedor de mariscos respondió siga derecho no más, no hay dónde perderse.

Y seguí. Y lo encontré. Pero nadie parecía saber dónde embarcarse a la isla hasta que un muchacho joven, bien parado, me dijo no, pues, señorita, anda mal encaminada. Tiene que llegar al muelle no sé cuánto, siempre he sido mala para los números. Y viéndome perdida me habló con suavidad: no se asuste, yo mismo la llevo a la goleta de don Ricardo, él hace el viaje y es en mar cruzado, se mueven y zangolotean, suben y bajan sumidos o encaramados en las tremendas olas de mar adentro. Pero es un buen piloto, no se aflija. Y tomándome de la mano me llevó y me embarcó y yo no tuve miedo. Qué iba a sentir miedo en ese tiempo en que iba por los caminos trasquilada porque mi padre había muerto y mi madre no me quería. Así fue como llegué a la isla.

Las abuelas permanecen. Se mueren a su debida hora pero regresan

en voces emboscadas, traen las vidas de hombres arriesgados y las muertes injustas, los amores secretos y las guerras; de prisioneros hablan, de revoluciones que nunca terminamos de entender; cuentan de la Gran Mocha, la ballena blanca visible invisible luchando por el hijo destazado o lanzando un chorro de vapor alto como la torre de la iglesia antes de hundirse en esa agitación de espuma en la que desaparece sin dejar rastro. Pero regresa siempre a cumplir con su deber, nos cuentan. La Mocha nos lleva a la isla donde espera el barquero, esa es su verdadera misión.

Cuando me aburrí de servir mesas, de dormir en una cama dura y estrecha, de atender a tantos risueños comilones que daban propinas miserables, de acostarme cuando salía el sol y despertarme cuando se ponía, ahí fue cuando me escapé. Volví a la casa flaca, pareces un gato de tejado, dijo Malvina de la cola de caballo, mi madre. Cierto que andaba aún pulverizada por la muerte, la enfermedad no es tan malévola como la desaparición y el secreto, al menos anuncia lo que se nos viene encima. A los dieciocho años no sabía qué hacer con esa inquietud que me mordía el corazón hasta que una noche, como un manotazo, me cayó encima el entendimiento, me agarró y me remeció hasta los huesos, si hasta creí que era un terremoto. Pero no. Soy la muerte, me dijo, y algún día vendré a buscarte. De un chopazo me vi tendida bajo tierra en el puro esqueleto y me entró la urgencia de vivir la vida con amor o sin amor, sin ataduras ni mentiras ni engaños, ya no podía seguir en esa casa de puras mujeres. Había mucho embrollo y disimulo en los argumentos de mi madre. Ahora regreso. Hice mi vida como la que soy, a mano limpia y trabajando en lo que fuera. Ahí descubrí que la vida es redonda, como la luna, y que igualito se llena sola. Viviendo se aprende a vivir, descubrí. Y arranqué a perderme de la caleta. Iba buscar mi vida, la que fuera.

Cuando Dios nos echó del paraíso al parirás a tus hijos con dolor, comenzamos la vida que nos hacemos día a día. Castigados salimos, comiste del árbol del mal, dijo Dios, y en la caleta los hombres se juntan en El Caimán a beber cerveza, en el almacén del Boni venden alpargatas, venden velas y volantines, champú venden y hasta perfumes, tengo que comprar velas para la novena, antes había puras lámparas de carburo, apuesto que María y José no usaban lámparas de carburo, las de mi casa echaban un humo espeso que hacía lagrimear los ojos, la Mocha se llevó a Tomás, por qué lo elegiría a él, un niño apenas, ahora venden ampolletas pero mi hermano se incendió como un farol chino, se cayó al brasero y ardió rápido porque tenía rizos, dice la Zarina. Que lo envolvieron en una manta y no hubo caso, se hizo ceniza y carbón el angelito, ni velarlo pudimos…

Dónde iré, a qué altura del largo y recovequeado camino a la caleta estoy, ando perdida en la neblina que me embrolla el juicio, ya no sé

los días ni los meses, las voces siempre saben que hoy no es ayer pero que ayer es hoy, ayudan al desconcierto las marrulleras, no han dejado de hablarme una sola hora de mi existencia; nunca las escucho como se escucha el mar o el trueno, esa voz gira alrededor de las mujeres enmarañándolas, recordándoles cosas olvidadas, inventando se me hace de repente, y de pronto se ponen prácticas y nos recuerdan que el tren llegaba a Papudo y era lejos; nos veníamos a la caleta en burro, cruzando los cerros por un camino angosto junto al mar, debe haber sido el mar de Galilea, a veces los burros agarraban un trote rápido, pero si se empacaban ni Cristo los movía; se me hace que se acabó el maíz para las gallinas, tengo que ir al almacén de don Matías a pedirle que me fíe un saco o no van a poner más las molederas, tan comilonas que salieron estas aves castellanas; las gallinas de Chiloé son más prudentes, conocen la pobreza, no le temen a la escasez, buscan su alimento en el mar, comen algas, lombrices, pulgas de mar, ponen huevos azules las frescolinas y dan la yema más amarilla que se ha visto, si parecen un sol de grandes y luminosas las yemas, pero aquí no hay de esas y algo hay que tener para alimentar a los pescadores cuando regresan envarados por el relente y la brisa del mar que los entume. Qué será de la Carmen, esa mujer llegó a la isla junto con los presos carrerinos, a los que metió O'Higgins igualito que un tal Osorio engañó a los criollos y mandó al destierro a los patriotas; no hay vuelta que darle con los hombres, tan vengativos y orgullosos cuando no salen buenos para nada. Qué me iba a imaginar que terminaríamos en una caleta por culpa de la insidia que entró en la isla como una planta venenosa, a todos se les iba pegando el arrebato; de la isla a la caleta hay harto trecho y divergencia. Este es un pueblo de pescadores, algunos santiaguinos veranean aquí cuando el primero descubrió la playa blanca, es chica pero de arena suave, encerrada, protegida del viento por los cerros. Últimamente han agarrado de venir muchos argentinos, permanecen quince días tirados en la playa al sol, llegan como jibias y se van como jaibas, se reía Melitón, el de las carpas, las señoras y señoritas se untan de aceites y cremas hasta terminar de chocolate, dan ganas de pasarles la lengua, decía el viejo lascivo, en balde se echan potingues y hasta aceite de oliva del más caro, las madamas y las damitas se pasan el día piluchas, cómo no se van a quemar, sombreros y anteojos de sol es lo único que se ponen, ¡miren que mostrar los senos y el traste con ese descaro!, eso es lo que yo llamo andar a calzón quitado, se reía Melitón.

No en balde pasan los años, le respondía mi madrina, que le tenía paciencia porque era viejo y medio pariente, si hasta la caleta ha cambiado, tiene supermercados, los dueños de almacenes salieron buenos para el negocio. Yo pensaba en la isla. Esperábamos la goleta

que traía el azúcar, la harina, la misma que muchas veces llegó cargada de presos y soldados, se me hace que así llegó la Carmen, con los presidiarios llegó, y también el alguacil, hombre más malo no he conocido. Fue por la crueldad del presidio que Godofredo arrancó en cuanto no más pudo y fuimos a dar a Valparaíso, y harta hambre que pasamos hasta que se hizo ballenero en Quintay. Es una empresa grande, aquí hay riqueza, me comentó un día, y ya se veía hasta con camioneta y casa propia. El pobre ignoraba en la que se metía.

Recuerdo como si fuera hoy el día de Pentecostés en que entró zapateando a la casa, ¡nos vamos de aquí, no aguanto más!, me dijo por toda explicación. Yo comprendí que huía de ese matadero de ballenas, de la sangre de las ballenas arrancamos, sin palabras me lo dijo, nos vinimos porque las asesinaban a cañonazos desde los barcos balleneros que atracaban hasta cinco por día en Quintay repletos de trozos de ballenas cuarteadas, los bodegas repletas de toneles de aceite y el olor a muerte descomponiendo el aire.

¡Nos vamos a la caleta!, me gritó con desesperación.

A puro remo nos vinimos, más de cinco días navegamos siempre con rumbo norte, atracando de noche, amarrándonos donde había un árbol, una roca, con suerte la noche que anunciaba tormenta con unas olas de espanto llegamos a Horcón. Y al día siguiente seguimos remando, Godofredo buscaba una caleta más al norte, de la que le habían contado en Quintay, fíjate, mujer, en un islote lleno de pingüinos pegado a la costa junto a una playa muy larga, luego viene un trecho de rocas grandes y de pronto verás un cerro con un árbol en la punta. Ahí hay que entrar, es chica la ensenada pero hay trabajo y tranquilidad.

Llegamos a este pueblo mucho antes que la luz eléctrica y el agua potable, eran de ver los castillos que aparecieron embutidos entre los cerros. Ahora es muy moderna, decía mi madre años después, los veraneantes nuevos se hicieron casas con piscina y hasta con tres baños, puro lujo. Pero los primeros eran medio sabios, profesores, pintores, pianistas, cazaban mariposas, hacían herbarios, niña, juntaban hierbas y flores silvestres, las metían entre dos papeles en un libro, ahí se secaban y de milagro conservaban su olor y su color; años después se veían frescas como una lechuga. Eran deportistas y leyenderos, siempre con un libro en la mano y la nariz metida entre las páginas, qué tanto le buscan a las letras, decía Melitón, que se lo pasaba colocando las velas en la playa y, años después, las carpas. Nunca le gustaron las carpas. Decía, con perdón de la expresión, que todas olían a pipí. Y así no más era. Es que los jóvenes de la ciudad hacen hartas barbaridades, si me perdona la opinión, le decía yo a misia Olivia, muy distinguida misia Olivia, siempre con guantes

blancos y un quitasol de mano bajaba a la playa como la dama que era; claro que nunca se metió al mar, demás está decirlo. Pero la juventud no cambia de temperamento, solo de cosas. Hoy día, en vez de correr a caballo por las calles de tierra amarilla y meterse al galope a los salones de las viejas casas, como hacían muchos jóvenes de prosapia, andan en bicicleta, en moto; en esos tiempos no había ni tablas ni pelotas ni gualetas, menos esas tablas con ruedas para tirarse calle abajo, los elementos gringos, los llamaba Godofredo. En los tiempos de don Javier, en la playa jugaban a la peteca, los Erlwein eran los únicos que tenían una lancha, crifcraf la llamaban; eran valientes esos jóvenes, caminaban encima del mar como Jesucristo sobre las aguas. Pero no era milagro, explicó el cura un día domingo en vista de los comentarios y las confesiones, agravadas por una docena de velas que amanecieron un día encendidas alrededor de la lancha flotando como boyas arriba de unas tablas. Este es pecado grave y les va a dar con que es milagrosa, seguro pensó el cura. En vista de lo cual un domingo en misa de doce explicó que esa era una a lancha a motor y por la velocidad con que arrastraba a los esquiadores se desplazaban sobre el agua. Qué íbamos a entender asunto tan enrevesado. No es un milagro, terminó la prédica harto severa, y dándonos el ite misa est se hincó a rezarle a san Miguel Arcángel por la conversión de Rusia, pero como no era obligación quedarse, siempre nos íbamos apurados, no íbamos a rezar por las rucias que los chiquillos llaman pelolais, y más encima había que estarse hincadas diez minutos más por las perlas.

Los alemanes hacían largas excursiones a la quebrada del tigre con canasto de picnic y muchos caballeros, don Miguel y don Pancho, don Juan, eran aficionados a subir los cerros más empinados hasta llegar a la quebrada. Las damas se privaban, preferían bajar a la playa a mediodía con quitasoles de mano y sentarse bajo las velas para cobijarse del sol, velas de barcos, eso eran, las colocaba Melitón tempranito en la mañana, clavadas en la arena, bien amarradas, y se iban cambiando de posición según corría el sol.

Esta era una caleta artística, niña. Venían músicos, escritores y un pintor muy famoso que pintaba puro el mar no más, una dama francesa tenía un Gran Hotel muy elegante donde se bailaba en las tardes al compás de un violín, un piano y otro instrumento de cuyo nombre no tengo recordación; siempre hubo un club de tenis, los veraneantes son secos para el tenis, muchos nadaban mar adentro sin miedo. Don Mañungo, que andaría por los noventa, hacía gimnasia sueca que la llamaban, de pie en la arena y después se metía al mar aunque las olas fueran grandes, nadaba al estilo antiguo, flotaba ladeado, haciéndole el quite a las olas en la cara, moviendo las piernas como rana, dónde se han visto ranas en el mar, así era la

caleta en esos tiempos.
Se me hace largo el camino, qué será de la Salvadorina, me habría gustado verla antes de morirme, bailaba bailes chinos para la fiesta de san Pedro pescador, metían su estatua en un bote adornado con flores y ramas de olivo y daba vueltas por la bahía rodeado por todos los botes de los pescadores repletos con la familia y los niños, Salvadorina era la mejor, Malvina desconfiaba de esa hija alegre y movediza, llena de ritmo y enamorada de un caporal de Arica. Se fue con él y nunca más supimos nada, ni sabe mi madre que la echo de menos.

La caleta no es la misma, los hombres andan metidos en el presente, los chiquillos se hacen su buena plata en las tardes de verano; colocan sus burros en el Mar Bravo y sacan a los niños a dar vueltas por el pueblo; hicieron una cancha de fútbol, hay un liceo y una compañía de bomberos, hasta un retén de carabineros hay y yo vagando en esta niebla que me enmaraña, las abuelas ni me hablan, solo cuando están propicias vigilan el mañana y el pasado mañana; de pronto me dicen que recordando el ayer se vive el hoy, trabajamos contra el olvido me susurran las voces diluidas en la lluvia de agosto, en la luz de septiembre, cuando brillan al sol los pinos cobrizos; yo trabajé en Chuquicamata, se ufana Washington Ordóñez, es la mina de cobre más grande del mundo, igual me cansé, no era vida, ni una miserable hierba crece a esa altura, si hasta respirar duele, el mar quizás dónde viene a quedar, por eso regresé, no es vida reventar la tierra con dinamita explosión tras explosión, decía Washington, que había rehusado su nombre y se hacía llamar Leo Dan, ese nombre me gusta porque canta en la radio, explicaba.

Mira al tonto del pelícano, me decía Godofredo en plena mar, se vino de pie en la chumacera y no hay caso que levante el vuelo. Se quedó de puro porfiado y se multiplicaron en las rocas del muelle. Ahí dormimos el primer día con Godofredo y el pelícano. Cuando llegué era joven y nos bañábamos en la playa de los chanchitos, ahora le metieron un restaurante, nos robaron la playa donde recogíamos conchas y nos bañábamos de asiento, tomadas de la mano con las vecinas y las comadres. Si hasta hay una farmacia y pensar que ni agua teníamos, era harto escasa. Los jardines se regaban con agua traída en toneles desde una vertiente lejana en una carreta arrastrada por dos bueyes, los picaneaban firme para que subieran los cerros. Se daban unos jardines como ya no se ven, ahora traen paisajistas que les digan qué plantas poner; Julio sí que sabía de jardines, les ponía la manguerita en las noches sin luna, cuestión de enchufarla al pozo y corría la materia, lo llamaba el método. Crecían madreselvas y cardenales, juncos y margaritas, las malvas pasaban del metro y las calas florecían apretadas y gigantes, hasta floripondios se daban en

algunos jardines con enanos. Las más agradecidas son las petunias, se reía, agregando con una carcajada de sinvergüenza, pensar que es mierda pura. Con perdón de la expresión, la verdad es que el olor a caca cubría la caleta hasta por dos días y todos callado el loro, nadie decía nada, era una costumbre muy socorrida, guardaban el secreto bien sabido, si hasta en la municipalidad se hacían los cuchos. Ahora siembran pasto en los jardines, césped lo llaman, se olvidaron de los maitenes y los quillayes, del monte lleno de boldos y cedrones donde corrían liebres que muchos cazaban para comerlas guisadas, en las tardes nos deslizábamos sobre las agujas de los pinos, eso era divertido. Ni pinos quedan en el cerro de atrás, todos hachados para levantar casas de material, y con citófonos.

El olvido se come a la memoria, no hay vuelta que darle. Ya nadie recuerda a César y su restaurante en la playa, con techo rojo y un mesón alto donde armaba sándwiches especiales, churrascos de filete con tomate y ají verde en marraqueta, barros jarpa y el rápido de queso, ¡y eso que le faltaban tres dedos! Me baja una como tristeza cuando veo las casas abandonadas o cambiadas: el castillo Aldunate es la municipalidad, al del pintor le quitaron la pila del ganso, da pena ver cómo pierde su cara la caleta, si hasta edificios hay y de hartos pisos.

Un año nuevo Godofredo me llevó a la playa solitaria, en esos años decían que vivía un caballero solo arriba de un árbol, nunca supe si era verdad o un embuste; esa playa no quedaba muy cerca ni tan lejos; al frente, bien cerca de la orilla, quedaba la isla de los pingüinos, dicen que no son pingüinos sino pájaros niños, vaya a saber una la diferencia; llegamos con Godofredo a esa tremenda soledad y el cielo tapizado de estrellas. Bien entrada la noche elevamos una pera de papel amarillo tan grande como un árbol y encendida por dentro. Se elevó muy despacio hasta que se perdió en el cielo, te regalo esa estrella, me dijo Godofredo, desde ahí voy a mirarte el día que me vaya al otro lado. Eso me dijo Godofredo y cuando una estrella se mueve o pasa fugaz yo sé que es él que me vigila.

Ando varada en la memoria. Las voces urden, urgen, hurgan sin misericordia, me obligan al recuerdo estableciendo en mi cabeza la gatuperio de la recordación, nunca sé cuándo ocurrió lo que ocurrió, no importan los días, las semanas, los meses; menos, los años. No sé si las cosas ocurrieron como me salen, se pasan de entrometidas las fastidiosas, llevo adentro tantas abuelas, bisabuelas además de la Gran, esa fue la primera, y ni en la tumba se les agota el afán de enderezar entuertos, nos meten tantos cuentos que una no tiene tiempo para vivir su vida, las cosas no son lo que aparentan, es cierto, pero a veces es mejor ni tocarlas, digo yo.

Como el tremendo desamparo que le cayó encima a mi comadre

Eduvigis. Lo sabemos pero no lo decimos, a los ahogados a veces se les antoja llevarse a sus mujeres con ellos, el puro cuerpo se queda entre la casa y las cosas. Esas son las aleladas. La Eduvigis Espinoza vivió veinte años sin comer más que pan y tragar unos sorbos de agua, se quedó en su casa huraña y huidiza hasta su muerte; siguió cocinando para el marido y los hijos, ponía la mesa y se sentaba a esperar, ya llegarán, decía, salieron de pesca en noche oscura y seguro que encontraron un tremendo banco de erizos, van a llegar cansados y se harán millonarios con la carga. Pero nunca llegaron y se pasó la vida esperándolos. Los chiquillos le decían doña estafermo, se pasaba los días mirando el mar, ni pestañaba… Cuando se las llevan ocurre así, quedan huecas, secas por dentro. En esos años no había hospital ni consultorio, nos arreglábamos con recetas de hierbas, y la Eduvigis…

¡Pero, abuela, esa señora era más loca que una cabra!

¡Qué iba a estar loca, no digas tonterías de hospital!, estaba traspuesta, o sea alelada, que es bien diferente, a nadie hacía daño, claro que hoy día, con tanta modernidad, Valdebenito la hubiera mandado a Putaendo, a ese hospital donde juntan locos y asesinos y drogados, la Fresia me contó que era una miseria verlos paseando como ánimas por los pasillos, medio desnudos, hablando solos y otros hablando con los profetas cuando no se creían Abraham o Isaías; muchos andan espirituados, con la boca abierta y chorreando baba, ahí fue a dar su hijo, el Leo, por drogadicto que le dicen, ¿cómo se llama esa hierba que fuman?, marihuana, abuela, el Leo era raro desde chico, no fue solo por la marihuana.

Mira, niña, el Leo sería raro, pero en la isla habría crecido igual que todos; aquí le quitaron el saludo, le hacían la vida imposible, el cura le negó la entrada a la escuela parroquial y no había otra, ese niño era un desventurado, no digas leseras, ya veo en tu cara que piensas que estoy desvariando.

No abuela, nada que ver...

¡Nada que ver, nada que ver! Tanta frase que les sale por la boca sin pasar antes por la mollera. Te falla el filtro, niña. Todo que ver no más. Tú entenderás las cosas de hoy, pero yo me sé el ayer. Y con los dos se hace la masa.

¿Qué masa, abuela?

La de la vida, niña, la de la vida, y no te fíes de mí, las voces te ayudarán aunque te dejen turulata. No te armes líos con mis historias, cuando me baja el habla surtida son las abuelas enredándome; sin ellas estaríamos perdidas y con ellas también, a las viejas se nos enturbia la recordación: yo me hacía caminando a tranco largo por el camino de Papudo rumbo a la caleta y en vez me encuentro metida en mi cama, entumida por dentro y por fuera, medio acalambrada, y tú

con esa cara de esperando que se me apague la ampolleta. Cerró los ojos. Ya casi nunca los abría.

A la pobre se le confunden el presente y el pasado, las vidas y los sueños, nunca sabré qué es verdad o qué es mentira, pensó la nieta, deseando escapar de esa abuela moribunda demasiado llena de abuelas, de secretos que mejor no saber; se había puesto tan olvidadiza que a veces la conocía y la abrazaba y a veces gritaba ¡sáquenme a esta desconocida de aquí!

La anciana pareció dormirse agitada, murmurando palabras sin sentido. De pronto abrió sus ojos estrechos, dos puntos intentando quebrar la veladura que le empañaba la vista, y tomándole una mano, se la apretó en su mano fría: los recuerdos son mañosos, niña, escucha las voces, déjalas que merodeen por tu memoria, debilucha la memoria, le entra la omisión, ahí es cuando se nos va todo, déjalas entrar, niña, y clavándole sus ojos de mar en retirada se golpeó la cabeza con unos golpecitos de niño, aquí, aquí se guarda la vida que nos inventamos. Y los inventos a veces resultan, a veces no, pero esos también se cuentan, murmuró.

Se le apaga la voz, pensó su nieta. Pero la abuela volvió a sentarse como empujada por una fuerza ajena a sí misma. Te contaré una historia de amor, acércate, ya casi no te veo: cuando murió mi abuela Malvina vine al velorio y a buscar el canasto donde guardaba sus tesoros, este es tuyo, me había dicho, eso sí que cuando yo esté del otro lado. Vine y de regreso del cementerio mi madre me lanzó una de sus frases de lija, mejor te vas como te fuiste, ya me acostumbré a tu ausencia. Y todo el pueblo escuchando y yo sola entre esas mujeres llorosas, correosas de puro ajadas, dispuestas a seguirle el amén cuando lo vi de pie, el último de todos, medio escondido. Rigoberto había vuelto a la caleta. Me miró y lo miré y ya tenía a alguien, lo supe de inmediato. Nos fuimos a vivir juntos, no se puede contra el destino. Cuando nació tu madre nos casamos y dos años después huyó de nuevo. No regresó esa vez. Así tenía que ser para que me dejara a tu madre y a ti, Dios lo bendiga por eso, aunque quizás en qué pecado nos metimos. Y cerrando los ojos cayó hacia atrás en su catre de bronce, tiesa como un maniquí.

A las doce del día y a sus noventa y cinco años murió Bella Aurora sin otro alarde que un suspiro muy largo. La pieza se impregnó del olor a ámbar que enviaba la Mocha hasta el cuarto donde la abuela había entrado en el sigilo del tránsito postrero.

Sumida en el enigma de la muerte, su nieta comprendió que ya nadie rescataría el olor de las azucenas ni el ruido de las olas golpeando las rocas ni las peras de la quebrada ni las historias de amores desgraciados ni los asesinatos nunca esclarecidos ni la procesión de la Virgen ni el arroz con leche de la Mandarina ni el

castillo donde se paseaba el fantasma del pintor Casanova a medianoche para pintar escenas de la vida de san Francisco de Asís en las paredes del salón y en las dos torres. Nadie recordaría la culebrina que anunciaba el mediodía, cuando don Jorge disparaba un cañonazo desde la terraza almenada, esperando, cronómetro en mano, el que se disparaba desde el cerro Santa Lucía en la capital, que trasmitía la radio Minería. Se olvidarían las casas colgando de los cerros, la playa hormigueada de veraneantes, el pan de huevo y a la Juanita sentada en las gradas con su canasto de lana de alpaca que ovillaba con huso, el grito de los pavos reales y el miedo a los murciélagos. Hasta a su abuela olvidarían, de la que se contaba que desapareció y apareció en un solo día, regresando del mar como si nada.

Agachándose, sacó de debajo de la cama el canasto de los tesoros, hurgó buscando las tres piedras azules y las colocó encima del cuerpo aún tibio, para que le pagara al barquero después de cruzar el mar sobre la gran ballena hasta la isla donde esperaba el viejo del bote. Ahí recién emprendería el viaje interminable hasta cruzar el sol. Bella Aurora, hija y nieta de Malvinas, inmutada de azahar y madreperla, envuelta en el olor a azabache que le enviaba la Mocha desde el mar, había muerto.

La última Bella Aurora de la caleta comprendió que estaba sola en el mundo, esperando a las furtivas que un día le hablarían de sus antepasados, de hombres buenos y de hombres malos, de revoluciones y odios, de la ballena blanca, de islas y pescadores, de hijos y cuchillos, de asesinatos y desapariciones, del amor, ese invento que a veces resulta y a veces no, pero que siempre se cuenta.

Del Inca, abril de 2009